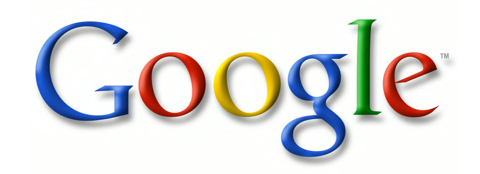


SESIÒN SOLEMNE

QUE EL

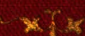
Colegio de Médicos

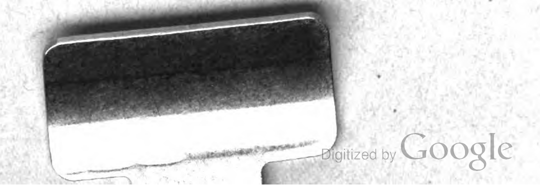
DE LA

PROVINCIA DE MADRID

DEDICA AL ÍNMORTAL

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA





SESIÓN SOLEMNE

QUE EL

Colegio de Médicos

DE LA

PROVINCIA DE MADRID

DEDICA AL INMORTAL

Miguel de Cervantes Saavedra.



MADRID
Imprenta Hijos de J. A. García,
Campomanes, 6.
1905

MINISTERIO DE LA GOBERNACIÓN

REAL ORDEN

Considerando de gran interés científico y social la divulgación de los notables trabajos leídos en la fiesta académica organizada por el Colegio de Médicos de esta Corte y celebrada en el día de la fecha, para conmemorar el tercer centenario de la publicación de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*;

S. M. el Rey (Q. D. G.) se ha servido ordenar la publicación de dichos trabajos, con cargo al capítulo correspondiente del presupuesto de este Ministerio, y que se den las gracias en su Real Nombre al Presidente de dicha Corporación y á cuantas personas tomaron parte en el mencionado certamen.

De Real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y satisfacción. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 9 de Mayo de 1905.—*Besada.*—Sr. Presidente del Colegio provincial de Médicos de esta Corte.

NOTICIA DE LA SESIÓN

En el día 9 de Mayo de 1905, en el Anfiteatro grande de la Facultad de Medicina de Madrid, á las once de su mañana, se abrió la sesión, se leyeron los discursos con arreglo al programa que se inserta á continuación, y después de dar cuenta de las Memorias, que serán publicadas con los discursos, se dió por terminado el acto á las dos menos cuarto de la tarde.

Presidió el Excmo. Sr. D. Augusto González Besada, Ministro de la Gobernación, acompañado en la Presidencia del Excmo. Sr. Don Carlos María Cortezo, Ministro de Instrucción pública; del Excmo. Sr. D. Rafael Conde y Luque, Rector de la Universidad Central; del Ilmo. Sr. D. Mariano Viscasillas, Decano de la Facultad de Letras de la misma Universidad, y del Excmo. Sr. D. Julián Calleja, Presidente del Colegio de Médicos.

La concurrencia fué muy numerosa y escogida, pudiéndose apreciar en más de 2.000 personas, entre las cuales se contaban individuos de las clases más distinguidas de la sociedad intelectual.

PROGRAMA

1.° La Estudiantina escolar ejecutó una pieza escogida de música del siglo XVII.

2.° Discurso del Presidente del Colegio, D. Julián Calleja, sobre el objeto y fines de esta sesión.

3.° Idem de D. Rafael Salillas, sobre «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha y el Examen de Ingenios», del Doctor Juan Huarte.

4.° Idem de D. Ramón Santiago Cajal, sobre «La Psicología de Don Quijote de la Mancha y el quijotismo».

5.° Idem de D. Federico Olóriz, sobre «Los caracteres físicos del Quijote».

6.° El Orfeón escolar cantó á voces solas una pieza musical, y después, acompañado de orquesta, un himno á Cervantes.

7.° Discurso de D. José Gómez Ocaña, sobre «El trato higiénico del español en el siglo XVII».

8.° Idem de D. Blas Lázaro Ibiza, sobre «Nociones histórico-naturales, especialmente botánicas, en tiempo de Cervantes».

9.° Idem de D. Ángel Pulido, que fué leído por el Doctor D. Manuel Tolosa y Latour, sobre «La expulsión de los moriscos en la época del Quijote».

10.° Idem del Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación, D. Augusto González Besada, sobre «Aptitudes de Sancho para gobernar la ínsula Barataria».

11.° La Estudiantina escolar tocó como despedida aires nacionales.

Discurso del Doctor Calleja.

SEÑORES:

«Dichosa edad y siglo dichoso, como aquellos á los que pusieron el nombre de dorados», y á los que el ingenioso hidalgo, «con un puño de bellotas en la mano, ensalzaba y celebraba delante de los cabreros, embobados y suspensos». Dichosa edad y siglo dichoso, repito, son ésta y éste que alcanzamos y permiten á los españoles presenciar casi á la vez la glorificación de una celebridad contemporánea y del Genio que pasó. Actos son uno y otro que producen en nuestros pechos iguales emociones de admiración y de entusiasmo; pues en ellos con la misma alegría consagramos homenaje de veneración, y el laurel sagrado de la fama y de la inmortalidad, á quien entre nosotros vive honrando y enalteciendo la patria amada y á quien sólo podemos venerar de memoria, por el mérito perdurable de sus novelas, que han sido, son y serán justificada vanidad y engreimiento de la gran familia española.

Después de estas espléndidas y populares solemnidades de la inteligencia, nadie tendrá derecho á negarnos la espontaneidad y el entusiasmo de los

pueblos fuertes para alabar, engrandecer y exaltar á los hijos predilectos de España; ni podrá desconocer que nuestra conciencia individual, merced al impulso de tan fecundos hechos, pugna eficazmente por desterrar todo sentimiento egoísta y miserable; y que la muchedumbre social ha visto claramente y penetrado con alegría y entereza en el camino de la regeneración intelectual, que es el basamento único de solidez suficiente é inquebrantable para dar firmeza y seguridad al trabajo, como instrumento inexcusable que es de toda defensa contra la ignorancia y de toda causa de progreso.

Nadie que ame la verdad podrá ya atribuir á nuestro gran pueblo la existencia de aquel pobre sentimiento, peor que la torpe emulación; que va siempre unido á la perversidad; que, como purgatorio de la gloria, jamás se junta con el placer; que sólo puede engendrar la disensión y el desorden; que hace la infelicidad de quien le siente porque pretende en vano destruir la felicidad ajena, y que, á manera de viento tempestuoso, intenta azotar las cumbres más altas, persiguiendo, con tenacidad tan cruel como estéril, á la buena fama, cual la sombra al cuerpo.

Derecho tenemos á creer que pasaron, afortunadamente para nosotros, los tiempos de mezquinos individualismos, que siempre fueron y serán tristes y fecundas fuentes de aquellos egoistas, secos de co-

razón y perversos de conciencia, de quienes decía Bacon: «son capaces de pegar fuego á la casa de su vecino para hacer freir un huevo». Ya no es posible gobernar la sociedad española por la fuerza bruta, ni por dinero, ni por el derecho divino, ni aun por la ciencia exclusiva. La crítica sincera alcanza á todo y á todos. Crece el sentimiento inteligente de igualdad y la colectividad comienza su imperio.

Y la colectividad nunca es egoista, pues forma la verdadera opinión. Siente con verdad y con pureza en su recta conciencia el trabajo, el honor, el deber, la ciencia, el arte y todos los sentimientos nobles. Respeta, sin doblarse ni humillarse, las tradiciones más humildes; por esto en nuestra patria recuerda con gran regocijo la fiesta de toros, quizás menos cruel que otras fiestas populares de los más cultos pueblos, y nunca olvida los barrios de Triana en Sevilla, Percheles de Málaga, Lavapiés y Maravillas de Madrid, Campillo de Granada, San Pablo de Zaragoza, la Viña de Cádiz, Santa Marina de Córdoba, Rochapea de Pamplona, Murallas de Cartagena y Mercadillo de Ronda; pero, al mismo tiempo, aspira á entrar en el concierto universal de las naciones más adelantadas, empujada con fuerza irresistible por su cultura; por la necesidad de independencia intelectual; por demanda de nuestra industria; por el amor al trabajo, cada día mayor; por el ejemplo de nuestros grandes hombres, enaltecidos con premios ex-

tranjeros; y porque, al cabo, debemos pensar que ha sonado la hora feliz en que los españoles podamos presentar, ante el mundo entero, patente irrecusable de cultura propia, bien probada y garantizada por los Genios propios, pasados y contemporáneos, por los éxitos obtenidos repetidamente en los grandes Concursos internacionales, y por la magnificencia de estos actos colectivos, especialmente por este que ahora celebramos y que están celebrando todas las naciones cultas del mundo para glorificar á nuestro Cervantes.

No extrañaréis que el Colegio de Médicos de la provincia de Madrid, interpretando los sentimientos de sus compañeros y de la clase entera, se apreste á festejar con alegría y entusiasmo al autor de la novela que ha conseguido mayores alabanzas y mayor número de ediciones, escrita á trozos con la inspiración de profeta y á trozos con la cordura y reflexión del sabio. Al autor que, ya aparece arrebatado y fogoso, como poeta ú orador excelso; ya reposado, sencillo y candoroso, como doncella honesta ó aldeano medroso y encogido; ora como estadista prudente y previsor, práctico en negocios de Estado y conocedor de la urdimbre enmarañada de la política; ora como pícaro astuto y taimado que retrata en rasgos más exactos que la misma fotografía al bufón chocarrero, sólo útil para hacer reir, y al truhán sin vergüenza, vividor impenitente de estafas y de engaños. Al autor

sublime, en quien Dios infundió el soplo de pensador y de artista, para que pintando con vivos colores la realidad de todas las capas sociales de su tiempo, lograra corregir vicios que á todos amenazaban y mejorar costumbres extraviadas, si no corrompidas, sin olvidar un solo momento los nobles sentimientos del espíritu y de la razón; con todo lo que vino á demostrarse su grandeza, pues en efecto, grande es el hombre que, inspirado siempre en la verdad, sabe oponerse y corregir á la opinión pública equivocada, que quien de otra manera lo intentase, sería un loco y no grande hombre; y con todo lo que ganó en los tres últimos siglos no sólo el homenaje de las escuelas realistas, que por suyo le cuentan con acierto, sino de los idealistas todos, teólogos y metafísicos, poetas y filósofos, políticos y moralistas, autócratas y burgueses, religiosos y sabios. Al autor, en fin, del modelo eterno incomparable del buen habla castellana; de esta hermosa lengua, cuya riqueza, flexibilidad y nervio no tienen rival; cuya valentía en los giros y variedad en la frase causan la admiración de propios y extraños; y cuya combinación de fuerza y precisión, de energía y dulzura en los sonidos, sólo llega á comprenderse leyendo á Cervantes, que, á mi parecer, ha igualado por lo menos, si no ha superado á los insignes prosistas Fr. Antonio de Guevara, Luis de Ávila, Diego Hurtado de Mendoza, Fr. Luis de Granada, Santa Teresa de Jesús, el P. Juan de Mariana,

Bartolomé de Argensola, el P. Feijoó, Gaspar de Sevillanos, Jaime Balmes, Cayetano Rosell, Valera y muchos otros inolvidables; y asimismo á los escritores en verso Fr. Luis de León, Baltasar de Alcázar, Quevedo, Samaniego, Moratín, Martínez de la Rosa, Bretón de los Herreros, Hartzenbusch, Campoamor, Selgas y otros que seguramente ocupan privilegiado sitio en el Parnaso, al lado de las Musas inspiradoras del bien hablar.

Además, la clase médica, por derecho propio, debe festejar y conmemorar la obra inmortal de Cervantes, porque á justo título coloca á aquélla entre sus libros y al autor en sus filas, casi al lado de Pinel; pues si de este médico eminente es su mayor gloria la aplicación del tratamiento moral á las enajenaciones del alma, bien merece tal colocación Cervantes, que aplicó aquel procedimiento curativo con tan incomparable maestría, con tan singular destreza y habilidad tan rara y primor tan exquisito, que hoy mismo los alienistas de mayor celebridad le tributan su aplauso y gratitud.

Bien sabe la clase médica cuán poco valen y en cuán poco son tenidas las vanidades del mundo por los espíritus superiores; y sabe, á la vez, que se honra á los muertos célebres continuando sus obras con ardor y perseverancia, aún mejor que elevando estatuas y fastuosas tumbas. Pero sabe igualmente que estas fiestas conmemorativas y de recuerdo son

la fuerza más eficaz, el excitante más provocativo y la palanca más potente para mantener el fervor y aumentar el entusiasmo hacia cualquier idea, para realizarla como fué concebida y para mejorarla y purificarla.

¡Bien hayan los pueblos que recuerdan á sus hijos predilectos, y que, á la par que les rinden pleito homenaje en fríos mármoles, se reúnen, congregan y conciertan para aplaudir y revivir sus pensamientos, para reproducir sus obras, para analizar y escudriñar sus intenciones, para cotejar sus merecimientos, para justipreciar sus éxitos, para conjeturar el porvenir que el tiempo les reserva, y para decidir y fallar en definitiva! Porque tales aplauso, resurrección, reproducción, análisis, indagatoria, cotejo, tasación y fallo, constituyen la expresión más culminante de la vida social, realizando sus dos funciones más sublimes, consciente una, quizás inconsciente la otra; aquélla como lauro y veneración al que fué, ésta como aliciente y esperanza al que es y al que será.

¡Sí; bien hayan estas solemnidades conmemorativas para patentizar la sumisión que todos debemos á la superioridad intelectual de los que dejaron ó dejarán estela luminosa por donde el progreso avanzó y avanzará con seguridad; y también para que en la generación presente y en las futuras los privilegiados vigoricen su espíritu y redoblen el trabajo,

ya que cuentan con el auxilio y la gratitud de sus conciudadanos!

Acudamos todos á luchar contra la ignorancia: los grandes talentos, como faros y fuerzas directrices; los modestos y aun mínimos, como auxiliares, para aumentar el vigor, la robustez y la capacidad de aquéllos; y cuando los últimos ni aun esto podamos alcanzar, siempre serviremos todos para excitar al poderoso, aplaudir al inteligente, enaltecer al bienhechor y expresarles nuestra gratitud; pudiendo y debiendo quedar tranquilos y satisfechos con partiticipación tan modesta, pues ésta basta para alentar á los escogidos y hacer eficaces sus esfuerzos: ¡es la ignorancia como inmenso bloque de piedra y plomo, que reclama ayuda de todos para moverla, destruirla y aniquilarla!

Congratúlense, pues, los médicos cumpliendo hoy este deber sagrado en loor y gloria del inmortal Cervantes; á ello estamos obligados por amor patrio y por gratitud de clase.

Sean los literatos quienes se encarguen de cantar las maravillas de locución y poesía que guardan sus incomparables novelas; queden las responsabilidades de severos críticos para el gran Lope de Vega, cuando, con inspiración más mezquina que justa y generosa, dijo «que en estas novelas no falta gracia y estilo», y para el menos grande poeta Villegas que motejó á Cervantes llamándole «mal poeta y quixo-

tista»; ¡también sabemos los médicos que nuestro gran Vesalio fué calificado por su maestro Sylvio de orgulloso, calumniador y tránsfuga! Sean también los literatos quienes discutan y definan la influencia que en las escuelas literarias, naturalistas é idealistas ha tenido aquel gran genio; aunque siempre resultará tan claro como luz del medio día, según ha dicho Cánovas del Castillo, que respecto del realismo, ningún país, ni aun los franceses con su Rabelais, pueden sostener la competencia con Cervantes, Quevedo y otros escritores de nuestro siglo de oro.

Y déjese á la clase médica afirmar, sin faltar una mínima á la verdad, que en esta lucha doctrinal sobre la realidad humana la victoria completa es de Cervantes, como lo demuestran su portentosa, sarcástica y gigantesca ironía, y, sobre todo, su admirable concepto de la Medicina, expresado con un realismo abrumador en las memorables palabras puestas en boca de Sancho, «todo encendido en cólera», y dirigidas al Doctor Pedro Recio de Agüero, en esta forma: «quíteseme luego de delante, si no, voto al sol, que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula, á lo menos de aquellos que yo entienda que son ignorantes, que á los médicos sabios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza, y los honraré como á personas divinas».

He dicho.

Discurso de D. Rafael Salillas.

El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha y el Examen de Ingenios, del Doctor Juan Huarte.

Con la gran autoridad del insigne maestro y orientador de nuestra crítica literaria, D. Marcelino Menéndez y Pelayo, puede afirmarse que en el transcurso de tres siglos, y con el considerable material acumulado por la diligencia de la celosa y entusiasta falange cervantista, no se ha logrado inaugurar «la era científica y positiva en el conocimiento é interpretación de la obra de Cervantes».

Ningún lugar más á propósito para emprender ese nuevo rumbo que este Anfiteatro, donde no se rinde culto á la verdad imaginada en hipótesis sino comprobada en hechos evidentes.

Y es asunto médico, no de la medicina individual, sino de la social, el que tiene inmediata relación con el proceso formativo de la inmortal obra y de la inmortal figura que conmemoramos, y en él, por su misma naturaleza médica, se señalan dos procesos

degenerativos, testimoniados con los comprobantes de nuestros dos mayores monumentos literarios.

El primero se refiere á la degeneración de la epopeya.

Nuestra poesía épica, en el período de su genuina manifestación, corresponde al vigor corporal y á la sanidad espiritual del pueblo. «Es—como dice Ménendez y Pelayo—la poesía de la voluntad enérgica y libre, y compensa en fuerza lo que le falta en gracia» (1). La conceptúa «limpia de toda aspiración quimérica, sumamente parca en el empleo de lo maravilloso, ingenua y ruda en los afectos» (2). No incurre en exageraciones ponderativas, ni adula á sus héroes exagerando la grandeza de sus hechos. «Las hazañas que la musa popular les atribuye son poco mas ó menos las mismas que ejecutaron en el mundo» (3). Vive en la realidad histórica, únicamente para señalarla, porque «en Castilla la poesía épica es una forma de la historia y la historia una prolongación de la epopeya» (4). Por este carácter y esta manera de exteriorización «era, en verdad, la poesía del pueblo, porque era la poesía de todos, y no había quien dejase de colaborar en ella como autor, como

(1) Marcelino Menéndez y Pelayo. *Biblioteca clásica*, tomo CCXIII. *Antología de Poetas líricos castellanos* (tomo XI). *Tratado de los Romances viejos*, tomo I, pág. 78. Madrid, 1903.

(2) Ibid.

(3) Ibid, pág. 77.

(4) Ibid, pág. 78.

oyente ó como recitante» (1); y de un pueblo digno de esa poesía, como Menéndez y Pelayo lo refrenda cuando dice que á la mayor parte de los poemas heroicos los «supera el *Mio Cid* en humanidad de sentimiento y de costumbres, en dignidad moral y hasta en cierta delicadeza afectuosa que se siente más bien que se explica con palabras y que suele ser patrimonio de los hombres fuertes y de las razas sanas» (2).

Del siglo XII, que es el siglo de oro de nuestra poesía histórica (3), y que en ella ha dejado su patente de sanidad, puede decirse «que estaba dotado de un buen sentido admirable» (4), que cantó la «realidad contemporánea» (5) sin valerse de ningún «artificio y combinación arbitraria de la fantasía» (6) y que desconoció «la bárbara hipérbole, que es característica de las epopeyas decadentes» (7).

Pero la degeneración literaria sobrevino ya en el siglo XIV y continuó después de diferentes modos, hasta alcanzar un máximo, y así como en la época anterior la sanidad del pueblo se conoce en el vigor de sus poemas, el proceso degenerativo nacional se corresponde con el proceso degenerativo literario,

(1) Ibid. pág. 17.
(2) Ibid. pág. 316.
(3) Ibid, pág. 201.
(4) Ibid, pág. 140.
(5) Ibid, pág. 45.
(6) Ibid, pág. 312.
(7) Ibid, pág. 209.

siendo absolutamente cierto que «la decadencia del sentido moral acompaña á la del sentido estético» (1). Lo verdaderamente nacional empezó á disgregarse á influjo del agotamiento que permitió ingerencias extrañas y adulteradoras. Primeramente «los trovadores provenzales infundieron en la poesía lírica de España sus discreteos, su metafísica de amor, su escolasticismo cortesano y su *sensiblería* ergotista» (2). Más tarde, «con atraso, respecto al movimiento general del mundo» (3), nos invade la «desacreditada familia de los libros de caballerías» (4), no contentándose el ingenio español con reproducir bajo otra forma la belleza de aquellas fábulas, sino proponiéndose superarlas (5), y de esta manera, copiándose unos á otros los autores, se suceden las imitaciones más ó menos degeneradas del ciclo bretón (6) y los héroes falsos, cuya «actividad se ejercita ó más bien se consume y disipa entre las quimeras de un sueño» (7), «se atrevieron á competir con los héroes nacionales y tal vez á eclipsarlos» (8), con aquellos héroes que, «sin dejar de ser extraordinarios

---

(1) Ibid, pág. 158.
(2) Valera, loc. cit , pág. 30.
(3) Ibid.
(4) Menéndez y Pelayo, loc. cit., pág. 170.
(5) Valera, ibid
(6) Menéndez y Pelayo, *Interpretaciones del Quijote,* loc. cit., página 36.
(7) Ibid. pág. 37
(8) Valera, loc. cit., pág. 25.

é ideales, tienen por raíz exacta la verdad», habiendo «en ellos algo de macizo, de verdaderamente humano, de real, que no hay en los héroes de las leyendas del resto de Europa» (1).

He aquí señalada la gran fase degenerativa. España había sido grande realizando la epopeya nacional en la integración del territorio. España había sido grande extendiéndose y realizando la hegemonía política en Europa. España había sido grande rebasando los límites del *Non plus ultra*, dilatando la geografía y abriendo á la colonización, á la civilización y al comercio mundos ignorados. En esta serie de magnificaciones lo real toca, por lo desmedido de la empresa, en lo fabuloso (2), y en tal situación, el país consumido, agotado por la magnitud del esfuerzo, pero grande, inmensamente grande por sus me-

---

(1) Ibid, pág. 28

(2) Este sentido se manifiesta evidentemente en Espinel en algunas declaraciones hechas en el prólogo de *El Escudero*, bastando con referirse á las siguientes: ....«digo que yo he alcanzado la monarquía de España tan llena y abundante de gallardos espíritus en armas y letras, que no creo que la Romana los tuvo mayores, y me arrojo á decir que ni tantos ni tan grandes. Y no quiero tratar de las cosas que los españoles han hecho en Flandes tan superiores á las antiguas, como escribió Luis de Cabrera en su *Perfecto Príncipe*, sino de lo que nuestros ojos han visto cada día, y nuestras manos han tocado, como los que hizo D. Pedro Enríquez, conde de Fuentes, con tan increíble ánimo; la toma y saco de Amiens, que escribió en sus *Comentarios* don Diego de Villalobos, donde fué valeroso capitán de lanzas é infantería, que con un carro de heno y un costal de nueces, seis capitanes tomaron una ciudad tan grande, plataforma y amparo de toda Francia.»

(Vicente Espinel: *Vida del Escudero Marcos de Obregón*. Prólogo 3.°, Biblioteca *Arte y Letras*, Barcelona, 1881.)

morias, por sus intenciones y también por lo poseído, cuando empieza á desfallecer, todo su vigor muscular y volitivo se transporta á la fantasía y admite los sueños más desatentados y las más descabelladas hipérboles como realidades, se apasiona con pasión popular por los libros de caballerías y se vuelve loco con un género de locura muy semejante, idéntico, al de la caracterizada en Don Quijote; pudiéndose decir que de igual manera que el autor del *Lazarillo de Tormes* vió la miseria nacional y los humos de hidalguía y le sirvió de asunto para su novela, y el autor de *Guzmán de Alfarache* vió también todas las prácticas del engaño en nuestras costumbres y en algo de las costumbres europeas, y las reveló y las consideró filosóficamente, Cervantes, el tercero y el más genial de esta serie de contempladores, impresionados vivamente por el medio en que vivían, vió primeramente á Don Quijote de la Mancha, no en una individualidad, sino en un todo, en la locura colectiva del pueblo español, que quería hacer aún más de lo que hizo, pero que ya lo hacía delirando.

La segunda forma de degeneración es la picaresca.

La epopeya no degenera solamente en la lírica discreteadora, sensiblera y cortesana; acusa también una degeneración de más bajo vuelo, pero grandemente útil, ya que por su influjo nos aproximamos

á la contemplación y al estudio de la realidad que en la novela picaresca se produce. Al dejar el puro y fortalecedor escenario del pueblo, la epopeya decadente penetra en los palacios; pero con el pueblo se quedan sus juglares que lo solazan, lo cautivan é influyen en el mantenimiento de sus tradiciones y quimeras y en la renovación de sus héroes y personajes preferidos. El *Mío Cid* del pueblo, se transformó en el siglo XVIII en el guapo Francisco Esteban, un contrabandista, y en el XIX en el Tempranillo, el bandido generoso y popular. Todavía existen preferencias más ruinês, porque esos dos héroes populares tienen su significación caracterizada en los tránsitos y desenvolvimientos del estado social de Andalucía, en las reacciones y protestas contra el fisco y en las reacciones y satisfacciones del miserable contra el pudiente. Los héroes de la jácara, que seguramente tuvieron su primer incentivo en la juglaría provenzal (1), eran de la estirpe de aquel rey Arlot, del burdel valenciano, cuyo innoble oficio fué revocado por Don Pedro IV de Aragón en 6 de Marzo de 1337 (2). En el rufián lo característico es la inver-

(1) «El juglar provenzal, si era poeta, solía serlo de especie inferior y algo tabernaria, como aquel Guillem Figuera, de quien dice su biógrafo que *no fo homs que saubés caber entrels barons ni la bona gen;* mas mont *ser grazir als arlots. ... et als hostes taverniers*» (Menéndez y Pelayo), *Romances viejos*, loc. cit., pág. 21).

(2) Manuel Carboneres: *Picaronas y alcahuetes ó la mancebía en Valencia*, pág 134, Valencia, 1876. El rey Arlot «no era otra cosa que

sión del honor caballeresco, conservando la idea del honor para hacerla acomodaticia á sus fines y manera de ser (1), y esto lo utilizó la jácara para dar estilo á un género literario que es á su tiempo la afectación más soez y donosísima de la literatura caballeresca y la parodia más afrentosa de lo épico al resbalar á lo más hondo y enlodado de su degeneración. En muchas jácaras, en muchos romances de Germania, es precisable la afectación caballeresca, pero sobre todo en *La Venganza de Cantarote* (2), con motivaciones, fines y donaires suficientes para que el apasionado por el sentimiento caballeresco vea en la crisis del ridículo su ideal. Y Cervantes lo vió, no en la jácara conocida por él y sonada muchas veces en su oído y reflejada de diferentes modos en algunas de sus obras (3), sinó en dos de los grandes escenarios de la caballería hampesca, centro de los bravucones

---

una especie de jefe, caporal ó director, que las presidía (á las prostitutas) y las acompañaba cuando en comunidad salían, bien fueran á las iglesias á ver procesiones ó á funciones públicas», pág. 19. En una palabra, era el rufián mayor del burdel y representación encumbrada de la clase rufianesca.

(1) En mi libro *Hampa*, pág. 348, puede verse el estudio de la inversión de los sentimientos como característica y propia de la asociación delincuente, atenida á sus fines, como la sociedad honrada á los suyos.

(2) Juan Hidalgo: *Romances de Germania*, pág. 73, Madrid, Antonio de Sancha, M.D.CC.LXXIX.

(3) Hay dos obras escénicas de Cervantes que deben su inspiración á la jácara: *Pedro de Urdemalas* y *El rufián dichoso*. El primero cuenta su historia á la manera de un romance de Germania. El tipo del rufián es un desprendimiento de la jácara y á este influjo obedece. Es

y valientes: el Corral de los Olmos (1) y la famosa cárcel de Sevilla (2). En ésta los *valientes*, no solamente gozaban de preeminencia y jurisdicción, sino que se distinguían por su traje, por sus distintivos—entre ellos un tatuaje que puede ser equivalente al

---

también una obra de origen jácaro con todas sus reminiscencias Hay en él una alusión y una manifestación de la jácara:

«Es un romance jacaro,
Que le igualo y le comparo
Al mejor que se ha compuesto,
Echa de la hampa el resto
En estilo jaco y raro.»

(Biblioteca clásica, tomo II, pág. 230, Madrid, 1896.)

«Á la jácara toquen »—(Ibid, 242.)

También hay reminiscencias en *La Gran Sultana:*

«Con letras como de estampa
Una materia le haré,
A donde á entender le dé
La famosa de la hampa.»—(Ibid, pág. 373.)

(1) Lo cita en *El rufián dichoso:*

«Del gran corral de los Olmos
Do está la jacarandina »— Ibid, 231.)

«El corral de los Olmos le da parias »—(Ibid, 241)

(2) El tipo matonesco, tal y como se manifiesta en este nuestro país, propenso á los «humos de hidalguía», es una afectación caballeresca, con sentimientos invertidos

En la cárcel de Sevilla este tipo tiene su jurisdicción ostentosa y es mencionado en la *Relación de la cárcel de Sevilla* de Cristóbal de Chaves (*Ensayo de una Biblioteca de libros raros y curiosos*, de Gallardo, Zarco del Valle y Rayón, t I pág. 1342, y siguientes) con el calificativo de *valiente* Es un rufián; domina á la mujer, dándole el nombre de *tributo*; la ampara en el comercio de la prostitución; tiene su escudero que se llama *trainel*.

He aquí el retrato que hace Chaves: «Son conocidos los *valientes* de

tatuaje heráldico de que nos hablan las Partidas (1)—por sus maneras, por los modos de matarse y también por los de morir (2), y por un conjunto de singulari-

---

la cárcel en el calzón y media gualdada ó de otro color, con liga de lo propio, jubón acuchillado, abierto el cuello, rodeado con un rosario grueso y tocador en la cabeza; y siempre tiene punzado un corazón de cardenillo en la mano ó en el brazo, como letras de esclavo herrado, ó numero de fardo ú otra mercadería, en que se echa de ver que es hacienda de Satanás; y un cuchillo de cabos amarillos en la calza, y unas cuentas de ámbar en los pulsos ó en la garganta.» (1356.)

(1) En mi estudio *El corazón en el tatuaje (La nueva Ciencia Jurídica*, t. I, pág. 165 y siguientes Madrid, 1892), se diferencia el corazón lacerado con flechas ó espadas y el no lacerado, perteneciendo aquél al simbolismo amatorio y éste á la valentía «En la época en que el Licenciado Chaves escribió, es de suponer que no existía otra forma de tatuaje, porque éste va íntimamente unido á una cualidad tan dominadora y autoritar a en la vida de las cárceles como la valentía Este tatuaje es una manifestación de *heráldica criminal* con todas las excepciones, privilegios é inmunidades de un título.» (Pág. 167.)

Puede tener una cierta analogía con el tatuaje caballeresco de que hablan las Partidas, Ley XXI Tit. XXI de la Partida II, que trata de *Qué cosas son tenudos los caualleros de guardar*, y después de enumerar estas cosas, añade: «E porque fuessen tenudos de guardar esto, e non errar en ello en ninguna manera, fazianles antiguamente dos cosas. La vna, que los señalauan en los braços diestros con fierros calientes de señal, *que ningund otro ome non lo auia de traer si non ellos*.»

Otra afectación caballeresca mencionada por Chaves es la siguiente: «Y ha habido hombre de éstos que ha hecho blanquear su rancho y pintar un Cristo en él, y él de rodillas á los pies con la memoria de que él lo hace pintar.» (1356.)

(2) «Es mucho de ver—dice Chaves—cuando ha de morir algún valiente, que cada uno de los valientes envía á la ropería por lutos alquilados, y vienen en procesión cantando las letanías con su música y cera.» (1346.)

Añade en otro sitio, que «cuando van á morir les parece que van de boda: porque con este modo de hablar tan sin pesadumbre, sacan los abanicos hechos, otros se ponen los bigotes, otros se componen y enderezan mucho de cuerpo haciendo de la gentileza. Otros, como dicen, haciendo de las tripas corazón muestran llevar buen ánimo; y hacen demostraciones y visajes de bravos, casi dando á entender que no sienten la muerte y que la tienen en poco.» (1362.)

dades que constituían en la realidad palpitante la manifestación en personas y hechos de la degeneración caballeresca; á lo que únicamente puede obedecer que el *Quijote* se engendrara en una cárcel, en la cárcel en que tuvo franca y escandalosa exteriorización ese hecho literario é histórico, porque no se puede señalar ningún otro género de cópula que justifique un cambio radical en el sentir, en el proceder y en el manifestarse de un autor, cuyos sentimientos y cuyas propensiones literarias se habían señalado antes con firmeza y acentuación de un modo muy distinto.

Con ser muy señalado en la caracterización del *Quijote* el progreso degenerativo que del estado de realidad, sanidad y vigor de la epopeya conduce al pueblo á la megalomanía más desapoderada en su apasionamiento por la literatura de la caballeresca fantástica, y con serlo también y concurrentemente la otra forma de degeneración que á los sentimientos caballerescos les da personalizaciones, tendencias y formas degradantes; y con haber estado una y otra cosa muy á la contemplación del príncipe de los ingenios, y en condiciones tales que lo tuvieron que impresionar persistentemente, no se explicaría con estos dos factores, absolutamente imprescindibles, el proceso de la creación genial que tiene como núcleo un loco y una forma de locura, consistiendo en esto para la moderna psiquiatria la mayor clarividencia del genio de Cervantes.

Cierto que los genios literarios en algunos casos se anticipan á los nuevos investigadores y se han señalado en este orden algunas singularidades antropológicas y psiquiátricas, en Shakespeare sobre todo. En Otelo y Yago, se caracteriza la sugestión; en el Rey Lear, la demencia senil; en Hamlet, la abulia neurasténica; en Ofelia, la manía aguda de tinte erótico; en Lady Macbeth, la melancolía con alucinaciones visuales.

Cervantes también acierta, no sólo en el *Quijote* y en *El Licenciado Vidriera*, los dos de una familia, sino con más exclusiva originalidad en el caso de auto-sugestión de la Camacha, en *El coloquio de los perros*, y en el de sugestión colectiva de *El retablo de Maravillas*.

Pero acierta á partir de un momento en su evolución literaria y no anteriormente. En la manera fundamental y primitiva de Cervantes no hay ninguna orientación psicológica. Es mucho más objetivo que subjetivo: es preferentemente objetivo; todo lo expresa aparatosamente y por exterioridades; se vale de analogías y comparaciones; es muy hiperbólico; no se preocupa grandemente de justificar las cosas, sino es á lo efectivista; no busca los desenvolvimientos naturales, sino los convencionales; acude con frecuencia á los contrastes y á los pareados de semejanza; no trata más que un asunto: el amor, los contrastes del amor y las placideces, recelos, contrarieda-

des, mortificaciones, locuras y tragedias amorosas.

Lo que lo llevó á singularizarse sobre todos, lo adquiere influyéndole en mucho su relación con la novela picaresca, que es esencialmente psicológica, y que lo hizo novelador de esa manera; pero nuestra gran novela, la que halló la verdadera forma de la epopeya de la vida humana, con ser tan grande no podía dar lo que no tenía, porque si en el proceso formativo del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, libro que «está animado del espíritu caballeresco», se concentró «en un foco luminoso la materia poética difusa», y se concentró también, logrando el más singular de los contrastes, el espíritu ingenioso de la picaresca, la bi-partición de una obra entre lo ideal y lo real y de una mentalidad entre lo razonado y lo imaginado, sin cuyos caracteres la obra carecería de su maravillosa fórmula de expresión, eso no provino ni de la caballeresca, ni de la picaresca, ni de ningún otro influjo, aunque existiera el precedente episódico del *Orlando furioso*.

¿De dónde provino? En mi concepto, de las doctrinas y enseñanzas de un libro singular, el *Examen de ingenios* del Doctor Juan Huarte.

¿Conocía Cervantes ese libro? Lo he demostrado en una investigación que anticipadamente publiqué, por dos razones. La primera, porque no la podía exponer aquí con la limitación de los minutos de que dispongo. La segunda, porque quería decir lo que

me incumbe recurriendo á la justificación de la cosa probada.

Con textos comparados de inequívoca precisión, se demuestra en el pequeño libro á que acabo de aludir, que las ideas, y aun las palabras, del insigne autor del *Examen de ingenios* están en la *Galatea*, la primera obra que Cervantes escribió, y en el *Pérsiles*, la última, y en una de las novelas ejemplares, *El Licenciado Vidriera.*

Me condujo á la investigación el presumir que el calificativo *ingenioso* sólo podía ser trasunto de la doctrina de las destemplanzas del Doctor Juan Huarte, y así parece resultar, y también que en esa doctrina, y hasta en un caso concreto, se halla la fórmula del tipo mental de Don Quijote.

No lo afirmo en vago, sino con la seriedad y respeto á que obliga esta cátedra, recinto de la ciencia, que pide solidez en la construcción de la verdad.

Por esa razón, vengo á pediros que renovéis la memoria de aquella excelsa personalidad de la Medicina española, el Doctor Juan Huarte, que, como Cajal, visitó las aulas de la Universidad de Huesca; que ejerció la Medicina en Granada en 1566; que combatió la peste en Baeza, por cuyos meritísimos servicios le concedió aquella municipalidad una pensión vitalicia; que escribió el *Examen de ingenios*, «un libro capital en la historia de la ciencia del hom-

bre» (1); que «es una gran figura entre los filósofos naturalistas á causa de la atrevida novedad de sus puntos de vista originales y de la excelencia de su método»; que «ha tenido por admiradores á jueces competentes como Bayle, Bordeu, Lessing»; que «dos siglos antes que Cabanís hizo un tratado de las relaciones entre lo físico y lo moral» que testimonia todavía la bondad de sus principios; que «filosofa sin fanatismo, sin estrechez de espíritu, con ese punto de escepticismo que conviene á los amigos de la verdad y á los discípulos de la sabiduría»; que fué un reformador resuelto y un revolucionario pacífico; que fué una de esas raras cabezas que piensan para hacer pensar á quien sea capaz de este ejercicio de la mente; que fundó una doctrina que ha resistido el desgaste de los siglos, y que «no tuvo las enfermedades epidémicas de su tiempo: el misticismo, el casuísmo, el fanatismo y el pedantismo escolástico».

Vengo á pediros, á la vez, que le paguéis una deuda que desde el extranjero hace mucho que se nos echó en cara: que acordéis hacer una edición crítica de su famoso libro (2).

---

(1) J. M. Guardia. *Philosophes Espagnols. J. Huarte.* En la *Revue Philosophique,* tomo XXX, páginas 249 y siguientes. París, 1890.

(2) Al corregir las pruebas, llega á mis manos la carta con que me favorece la gran autoridad en lengua española de D. R. J. Cuervo. Entre otras cosas me dice lo siguiente: «Fuera del valor científico de Huarte, que todos han reconocido, me parece que este escritor es modelo acabado de estilo y lenguaje didáctico, claro, preciso, sencilla-

Vengo á pediros autorizadamente que llenéis de firmas la solicitud redactada por el Doctor Avilés, pidiendo que, como recuerdo de este Centenario, se erija un Manicomio, que sea también Instituto docente, para que la enseñanza de la Psiquiatría sea un hecho, y que ese Manicomio enlace en su titular dos gloriosos nombres: Cervantes-Huarte.

Y vengo, en fin, á hacer un señalamiento: el de la fecundidad de enlace de la literatura con la ciencia, con nuestra ciencia médica, que con Huarte se hace partícipe en la concepción literaria más genial que se conoce.

Sirva esto de enseñanza á los que quieran seguir en la vida fecundas orientaciones; y para no ponderarlo con mis palabras, pobres de expresión y carentes de autoridad, acudiré á un artículo que acabo de leer del insigne fisiólogo italiano, el Profesor Angelo Mosso.

«Los primeros grandes filósofos de Grecia—dice—fueron Médicos, y los filósofos griegos aventajaron á los demás por la penetración de su mirada en la

---

mente elegante. Ojalá que además del objeto que usted se propuso y tan felizmente ha logrado, produjese el trabajo de usted el que se hiciera una edición *decente* del *Examen*, por persona que sepa el castellano del siglo XVI y entienda medianamente el latín. Las dos modernas que conozco son desaliñadísimas». Este nuevo aviso me permite insistir en mi demanda, porque la obra de Huarte es, además de un monumento científico, un monumento literario que interesa conservar en toda su pureza.

contemplación del mundo externo. Debemos volver á lo antiguo y hacer que nuestros filósofos sean un poco más naturalistas.»

Y esto se puede repetir volviendo la mirada á aquel insigne filósofo natural, el Doctor Juan Huarte.

He dicho.

Discurso del Doctor Cajal.

PSICOLOGÍA DEL QUIJOTE Y EL QUIJOTISMO

Universalmente admirada es la soberbia figura moral del hidalgo manchego. Don Alonso Quijano el bueno, convertido en andante caballero por la sugestión de los disparatados libros de caballería, representa, según se ha dicho mil veces, el más perfecto símbolo del honor y del altruísmo. Jamás el genio anglo-sajón, tan dado á imaginar caracteres enérgicos y originales, creó personificación mas exquisita del individualismo indómito y de la abnegación sublime.

Pero puntualicemos brevemente los rasgos psicológicos sobresalientes del protagonista de la novela inmortal. Como nos refiere su creador, Don Quijote se entrega ansiosamente á la lectura de novelas caballerescas, hasta el punto «de olvidar la administración de su hacienda». Y del poco dormir y del mucho leer y cavilar, se le seca el cerebro y se le perturba el juicio. En medio de su exaltación intelectual y

afectiva, cae en la cuenta de que, por culpa del egoísmo humano, gime el mundo en la iniquidad y el deshonor; y así, pasando de la idea á la acción, abandona las dulcedumbres y blanduras del hogar y sale á campaña resuelto á «enderezar entuertos, amparar doncellas y pupilos y castigar agravios».

Siente hacia la especie esa pasión generosa y desbordante de los grandes iniciadores religiosos, y quiere demostrarla «poniéndose en ocasión de peligros donde acabándolos cobre eterno nombre y fama». Todo lo da por bien empleado con tal de «atender al aumento de su honra y al servicio de la república», sin codiciar más galardón que el recuerdo agradecido de la posteridad y la mirada amorosa y pía de la señora de sus pensamientos. Cuando en sus dolorosas desaventuras cae vencido por aciago destino, no siente el dolor en la piel, sino en el ideal. Pero las derrotas no entibian su fe; créese perseguido por envidiosos y malignos encantadores, y espera ablandarlos á fuerza de constancia y heroísmo, ó recibir la ayuda de genios propicios y generosos con el valor desgraciado. En vano los equilibrados y sesudos Carrascos y Mirandas, defensores de los fueros del sentido común, le advierten del peligro y le llaman á la realidad prosáica y amarga: Don Quijote no los oye, y si á veces discute con ellos, es solamente cediendo á las inexcusables leyes de la cortesía y de la buena crianza. ¿Qué pueden decirle que supere al

excelso ideal que lleva en el cerebro? En comparación del grandioso y mirífico ensueño, donde los hombres son héroes de leyenda, la naturaleza, áurea trama tejida por hadas, las mujeres, arquetipos de belleza y de soberana euritmia, ¿qué vale el pálido y mezquino mundo real? ¡Una vida interior, intensa, exclusiva y arisca le absorbe; vida recogida y ensimismada de larva ocupada en hilar impasible, entre los bramidos del trueno y los furores del viento, el áureo capullo de la gloria!....

Todos los grandes soñadores aspiran á realizar sus ensueños, á vestir sus quimeras de carne y sangre, lanzando al mundo un tipo humano diferente y superior al actual, creador de una corriente de vida poderosa y arrolladora de las barreras levantadas por el sentimiento, el interés y la tradición. Diríase que es la idea que aspira á cuajarse en materia; que, surgida en el cerebro como eco lejano de la realidad, pugna por remontarse á su fuente y erigirse en tirana y maestra de la naturaleza misma.

Esta importante ley psicológica, bien conocida de Cervantes, cúmplese en Don Quijote. También éste acaricia un ensueño luminoso y quiere vivirlo y hacerlo vivir á los demás, hermoseando y ennobleciendo la tierra con sus mágicos destellos. Durante su ardiente apostolado, no recurrirá á la sugestión y al milagro. recursos dialécticos del manso propagandista religioso, sino á las violencias de la contradic-

ción y á los rigores de la espada. Nada de cobardes componendas con las insidias é iniquidades de los fuertes. De dura roca son las conciencias y á botes de lanza deben esculpirse. Y él las esculpirá con arreglo al modelo ideal del honor aprendido en las heroicas historias. Porque Don Quijote, á más de poseer un *yo* hipertrófico, desbordante de voluntad y de energía, se siente fortalecido por esa fe ciega en la fortuna característica de los grandes conquistadores de almas y tierras.

Si á tan admirable encarnación de la religión del deber y del altruísmo no hubiera añadido Cervantes algunos rasgos patológicos, el tipo de Don Quijote, con ser de contextura ciclópea, habría quedado reducido á las modestas proporciones de un filósofo práctico, un tanto exaltado é imbuído de arrogante confianza en su buena estrella y en la excelsitud de su misión. Pero Cervantes—no hay que olvidarlo—se propuso ante todo una obra de polémica literaria. Queriendo esgrimir el arma poderosa del ridículo contra los libros de caballería, juzgó al efecto indispensable desconceptuar y achicar un tanto, con el estigma de la locura, la simpática figura del ingenioso hidalgo, cuyo entendimiento agudísimo y genial fué presa y juguete de ilusiones, alucinaciones, obsesiones é ideas delirantes.

Más de una vez me he preguntado: ¿por qué Cervantes no hizo cuerdo á su héroe? La defensa briosa y

elocuente del realismo en la esfera del arte, no exigía necesariamente la insania del caballero del ideal. Convengamos, empero, en que un Quijote meramente filántropo, aunque apasionado y vehemente, no habría abandonado de buen grado las blanduras y regalos de la vida burguesa para lanzarse á las arriesgadas y temerarias aventuras. Y aun dado caso que la codicia de gloria y el ansia de justicia fueran poderosas á sacarle de sus casillas, llevándole á militar denodadamente contra el egoismo y la perfidia del mundo, ¿habrían dado pie sus gestas, en tanto que materia de labor artística, para forjar los épicos, maravillosos y sorprendentes episodios que todos admiramos en el libro inmortal y que tan alto hablan del soberano ingenio y vena creadora del príncipe de nuestros prosistas?

Sin duda, á causa de esta obligada anormalidad mental de Don Quijote, que le llevaba á provocar las más descomunales é imposibles aventuras, el tono general de la novela es de honda melancolía y desconsolador pesimismo. En vano el lector, emocionado, pretende serenarse haciéndose cuentas de que Cervantes no personificó en el Caballero de la Triste figura sino las desvariadas, inconsistentes é inverosímiles composiciones caballerescas. Arrastrados, á nuestro pesar, por la tendencia generalizadora de la razón, nos asalta el temor de que el anatema que en la obra de Cervantes pesa sobre el arte romántico, se

extienda á dominios ajenos al designio del soberano artista. Y nos preguntamos, con inquietud en el alma y lágrimas en los ojos: ¿Cómo? ¿Estarán también condenados á perecer irremisiblemente todos los altos idealismos de la ciencia, de la filosofía y de la política? ¿Reservado queda no más á la demencia afrontar los grandes heroismos y las magnas empresas humanitarias?

Y esta emoción melancólica y deprimente llega á la agudeza al ver cómo, á la hora de muerte, el loco sublime, convertido ya en *Alonso Quijano el bueno*, recobra bruscamente la razón para proclamar la triste y enervadora doctrina de la resignación ante las iniquidades del mundo. *En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño*, nos dice con voz desfallecida, en que parecen vibrar extertores de agonía. ¡Arranque de infinita desilusión, que nos anuncia cómo el paraíso de paz y de ventura y la ensoñada edad de oro que la humanidad anhela para el presente ó para no muy alejado porvenir, representa un remotísimo pasado que ya no volverá!.....

Necio fuera desconocer que, no obstante la nota general hondamente patética, campea y retoza en la epopeya cervantina un humorismo sano y de buena ley. ¿Qué otra cosa representa el donairoso y regocijado tipo de Sancho sino el artístico contrapeso emocional del quejumbroso y asendereado *Caballero de la Triste figura?*

Reflejo fiel de la vida, sucédense en la inmortal novela, como en el cinematógrafo de la conciencia humana, estas dos emociones antípodas y alternantes: el placer y el dolor. Pero, al modo de esos frutos de dulce corteza y amargo hueso, en la creación cervantina la acritud es interna y el dulzor externo. Cierto que hay peripecias y coloquios de una *vis* cómica incomparable, mas, á despecho de la intención piadosa del autor, bajo la ingenua y blanca careta del gracioso, corren calladas las lágrimas, cual silencioso arroyuelo que bajo la soleada nieve se desliza.

¿Cómo se forjó, allá en la caldeada imaginación cervantina, tan felicísimo y artístico contraste? ¿En virtud de qué condiciones psicológicas escritor tan sereno, quijotil y optimista puso en su obra ese dejo de tristeza y de amargo pesimismo? Cuestiones arduas y dificilísimas, para cuya solución fuera imprescindible conocer todos los repliegues y recovecos de la complicada mente de Miguel, amén de los choques, episodios é incidentes emocionales que la conmovieron y adoctrinaron durante los tristes años precursores de la genial concepción.

Con todo eso, no faltan valiosos materiales que permitan, si no resolver el problema, formular al menos alguna posibilidad más ó menos plausible. Estos datos, acarreados por los penetrantes análisis de nuestro primer crítico Menéndez Pelayo, por la

diligencia y saber de Revilla y Valera, por la reciente labor tan copiosa, artística y evocadora de Navarro Ledesma, por los atisbos felices de Unamuno, Salillas y otros muchos expertísimos y devotos cervantistas, nos enseñan que Cervantes, salvo el paréntesis realista durante el cual planeó y escribió el libro inmortal, fué siempre Quijote incorregible en la acción y poeta romántico en el sentir y pensar.

¿Qué ocurrió, pues, para que el manco de Lepanto abandonara el culto de sus ideales artísticos? Fácil es adivinarlo, y, por otra parte, consignado está en no pocos estudios críticos.

Nació y se crió Cervantes con altas y nobilísimas ambiciones. Héroe en Lepanto, soñó con la gloria de los grandes caudillos; escritor sentimental y amatorio, ansió ceñir la corona del poeta; íntegro y diligente funcionario, aspiró á la prosperidad económica, ó cuando menos, al *aurea mediocritas;* enamorado en Esquivias, pensó convertir su vida en perdurable idilio. Mas ¡ay!, el destino implacable trocó sus ilusiones en desengaños, y al doblar de la cumbre de la vida se vió olvidado, solitario, pobre, cautivo y deshonrado.....

Los grandes desencantos desimantan las voluntades mejor orientadas y deforman hasta los caracteres más enteros. Tal le ocurrió á Cervantes. De aquel caos tenebroso de la sevillana cárcel, donde se dieron cita para acabar de cincelar al genio cuantas

lacerías, angustias y miserias atormentan y degradan á la criatura humana, surgieron un libro nuevo y un hombre renovado, el único capaz de escribir este libro. ¡Obra sin par, amasada con lágrimas y carne del genio, donde se vació por entero una alma afligida y desencantada del vivir!

Sus páginas son símbolo perfecto de la vida. Como en el corte de un bosque, abajo vemos las negruras del *humus* vegetal formado con detritus de ilusiones y despojos de esperanzas (propio alimento del genio literario); sobre la tierra, erguidos y mirando al cielo los robustos tallos de las ideas levantadas, de los propósitos nobles, de las aspiraciones sublimes; y arriba, bañadas en la atmósfera azul, las frondas del lenguaje natural, castizo y colorista, la delicada flor de la poesía y el acre fruto de la experiencia.

Se ha dicho por muchos que la suprema creación cervantina es el más perfecto, el último, el insuperable libro de caballerías. Mas en juicio semejante, á primera vista paradójico, y en pugna con la finalidad confesada de la obra, y las explícitas declaraciones del mismo Cervantes, yo sólo acierto á ver la tácita afirmación de que la figura del protagonista está tan soberana, tan amorosamente sentida y dibujada, que por fuerza el autor debió tener algo y aun mucho de Quijote. No salen de la pluma tan perfectos y vivos los retratos humanos si el pintor

no se miró muchas veces al espejo y enfocó los escondrijos de la propia conciencia. Pero después de reconocer este parentesco espiritual entre Don Quijote y su autor, es forzoso convenir también en que en la incomparable novela, á vueltas de algún *ritornello* á las antiguas caballerescas andanzas, campean y se exteriorizan, con elocuentes acentos, el desaliento del apasionado del ideal, el doloroso abandono de una ilusión tenazmente acariciada, el *mea culpa*, un poco irónico quizá, del altruísmo desengañado y vencido.

Para conservar serena la mente y viva y plástica la fantasía, menester es que el poeta desgraciado evoque de cuando en cuando imágenes risueñas capaces de ocultar y engalanar el fondo tenebroso de la conciencia, al modo como la irisada espuma disimula el oscuro é insondable piélago. Compensación emocional de este género, representa, en mi sentir, el humorismo de Sancho Panza. En tan felicísima encarnación de la serenidad y de la bondad de alma, halló Cide Hamete el sosiego y la fuerza indispensables para proseguir su labor creadora y descartar visiones sombrías y punzantes remembranzas.

¡Yo te saludo, pues, *Sancho el pacífico*, *Sancho el bueno*, *Sancho el jovial!* En las páginas de la imperecedera epopeya no simbolizas tan sólo la estéril meseta del sentido común, el saber humilde del pueblo acuñado en refranes, el lastre, sin el cual el hin-

chado globo del ideal estallara en las nubes. Tú eres algo más y mejor que todo eso. Con tus gracias, socarronerías y donaires solazaste el espíritu de Cervantes, haciéndole llevadera la carga abrumadora de angustias y desventuras. Por tí amó la vida y el trabajo, y pudo, tiempos adelante, y curado de enervadores pesimismos, retornar á los románticos amores de la juventud, componiendo el *Pérsiles*, verdadero libro de caballerías, y el *Viaje al Parnaso*, admirable y definitivo testamento literario. ¡Beleño suave de su sensibilidad sobrexcitada, tú salvaste al genio, y, con él, su gloria y nuestra gloria!

Más de una vez, deplorando la amargura que destilan las páginas del libro cervantino, he exclamado para mis adentros: ¡Ah! Si el infortunado soldado de Lepanto, caído y mutilado al primer encuentro, no hubiera devorado desdenes y persecuciones injustas; si no llorara toda una juventud perdida en triste y oscuro cautiverio; si, en fin, no hubiera escrito entre ayes, carcajadas y blasfemias de la hampa sevillana, en aquella infecta cárcel donde toda incomodidad tenía su asiento....., ¡cuán diferente, cuán vivificante y alentador *Quijote* hubiera compuesto! Acaso la novela imperecedera sería, no el poema de la resignación y de la desesperanza, sino el poema de la libertad y de la renovación. Y quién sabe si, en pos del *Caballero de los Leones*, otros Quijotes de carne y hueso, sugestionados por el héroe cervantino, no habrían

combatido también en defensa de la justicia y del honor, convirtiéndose al fin la algarada de locos en gloriosa campaña de cuerdos, en apostolado regenerador, consagrado por los homenajes de la historia y el eterno amor de Dulcinea....., de esa mujer ideal, cuyo nombre, suave y acariciador, evoca en el alma la sagrada imagen de la patria!.....

Pero en seguida, al dar de esta suerte rienda á mi desvariada fantasía, atajábame una duda inquietante. ¿Estás bien seguro—me decía—de que en un ambiente sereno y tibio, exento de pesadumbres y miserias, se habría escrito el *Quijote?*

Y de haber visto la luz en menos rigurosas condiciones de medio moral, ¿fuera, según es ahora, resumen y compendio de la vida humana, y visión histórica fidelísima, donde, simbolizadas en tipos universales y eternos, se agitan y claman todas las lacras, pobrezas y decadencias de la España vieja?

¡Oh! ¡Qué gran despertador de almas é instigador de energías es el dolor! Comparables á enjambre de marinos *noctilucos* cuya fosforescencia se exalta al choque de la hélice del navío, las perezosas células cerebrales sólo encienden su luz bajo el látigo de las emociones penosas. ¡Quizás el privilegiado cerebro de Cervantes necesitó asimismo, para llegar al tono y hervor de la inspiración sublime, de la punzante espuela del dolor y del espectáculo desolador de la miseria!

Hora es ya decir algo del *quijotismo.* Cuando un genio literario acierta á forjar una personificación vigorosa, universal, rebosante de vida y de grandeza, y generadora en la esfera social de grandes corrientes de pensamiento, la figura del personaje fantástico se agiganta, transciende los límites de la fábula, invade la vida real y marca con sello especial é indeleble á todas las gentes de la raza ó nacionalidad á que la estupenda criatura espiritual pertenece. Tal ha ocurrido con el héroe del libro de Cervantes.

Muchos extranjeros y no pocos españoles, creyendo descubrir cierto aire de familia entre el citado protagonista y el ambiente moral en que fué concebido, no han reparado en adjudicarnos, sin más averiguaciones, el desdeñoso dictado de *quijotes*, calificando asimismo de *quijotismos* cuantas empresas y aspiraciones españolas no fueron coronadas por la fortuna. Complácense en pintarnos cual legendarios *Caballeros de la Triste figura*, tenazmente enamorados de un pasado imposible, é incapaces de acomodación á la realidad y á sus útiles y salvadoras enseñanzas.

No seré yo, ciertamente, quien niegue la complicidad que, en tristes reveses y decadencias, tuvieron la incultura, así como la devoción y apegamiento excesivos á la tradición moral é intelectual de la raza; pero séame permitido dudar de que la ignorancia, el aturdimiento y la imprevisión constituyan la

esencia y fondo del quijotismo. Ó esta palabra carece de toda significación ética precisa, ó simboliza el culto ferviente á un alto ideal de conducta, la voluntad obstinadamente orientada hacia la luz y la felicidad de la humana colmena. Apóstoles abnegados de la paz y de la beatitud sociales, los verdaderos Quijotes siéntense abrasados por el amor á la justicia, para cuyo triunfo sacrifican sin vacilar la propia existencia, cuanto más los apetitos y fruiciones de la sensibilidad. En todos sus actos y tendencias ponen la finalidad, no dentro de sí, en las bajas regiones del alma concupiscente, sino en el espíritu de la persona colectiva, de que se reconocen células humildes y generosas.

Ahora bien: ¿quién, por mediano conocedor que sea de la historia moderna, hábitos y tendencias de la actual gente española, osará calificarnos de Quijotes? Los hubo y los hay, sin duda, entre nosotros; pero ¡ah! ¡cuán pocos, cuán obscurecidos y desdeñados!

Si tuviéramos espacio suficiente, fácil nos sería demostrar cuán raramente aparecieron en nuestra historia esos genios que Emerson designa *hombres representativos* (y que yo llamaría *hombres de la especie*, porque, limpios de bajos egoísmos, á la especie se dan y por ella perecen). Aunque nos duela en el alma el confesarlo, es fuerza reconocer y declarar que á España, si le sobraron los Sanchos, le faltaron á menudo los Quijotes.

¿Cómo?—se dirá—; los españoles que descubrieron y conquistaron la América; los que fueron generosos de su sangre combatiendo en pro del catolicismo en buena parte de Europa; los que dieron tan gallardas muestras de lealtad acrisolada á sus Reyes y de amor acendrado á su Patria, ¿no rindieron culto á la abnegación, ni aspiraron á un ideal de humanidad, de magnanimidad y de justicia?

Ciertamente, injusto y antipatriótico sería desconocer que hubo un tiempo en que la Iberia rindió copiosa cosecha de Quijotes en todas las direcciones de la humana actividad. Á esta casta pertenecieron señaladamente no pocos descubridores y conquistadores de América y Oceanía, en cuyas rudas é ingenuas naturalezas concurrían rasgos exquisitamente quijotiles: la sed devoradora de gloria, el desprecio á la vida, y la sana ambición de poder y de mando; pasiones que, templando y sublimando caracteres que parecen arrancados de las *Vidas* de Plutarco, obraron verdaderos prodigios. Abundaban, sin duda, entre aquellos férreos guerreros, aventureros crueles, codiciosos, antes dispuestos á acaparar riquezas é imponer tiranías, que á enaltecer y honrar el nombre de la Patria y de su Rey. Mas, por encima de tan disonantes y antisociales instintos, descollaban dos pasiones, muy bien avenidas con el quijotismo honrado, á saber: la energía de la voluntad indomable y el ansia de nombradía. Tan abundante fué en

aquellos felices tiempos el capital conquistado por el heroísmo, que sin ser después acrecentado, antes bien sufriendo importantes mermas, pudo España mantenerse respetada, próspera y gloriosa cerca de un siglo.

Por desgracia, aquellos hombres enamorados de la vida y de la acción, descubridores y debeladores de inmensos continentes, dejaron una prole despreciadora de la tierra y exclusivamente ambiciosa de celestiales y beatíficas ínsulas. Refugiados en las austeridades de la religión, huídos del mundo y de sus glorias, los Quijotes cruzaron pocas veces el Atlántico en busca de drámaticas y novelescas hazañas. De Sanchos se iban progresivamente poblando las Colonias, y, lo que fué peor, regidas por Panzas fueron, ó á lo sumo por sesudos, morigerados y egoistas *Caballeros del Verde Gabán*. Y cuando el rústico y bonachón escudero se encontró solo, huérfano y nostálgico de los sabios consejos y del esfuerzo heróico de D. Quijote, las baratarias ínsulas se perdieron, y el pobre y mustio pegujalero, vuelto al pardo y terroso lugar, reducido quedó, acaso para siempre, á los infecundos páramos manchegos.....

No son, con todo eso, el arte de la guerra y los empeños de la expansión geográfica, los órdenes de la actividad nacional donde más escasearon los grandes arranques del corazón y el espíritu idealista. Harto más huérfanos de alentadores y excelsos qui-

jotismos quedaron los dominios del arte, de la filosofía y de la ciencia.

Pese á los juicios poco compartidos de ciertos críticos, la verdad histórica obliga á reconocer que el arte español, en sus variadas manifestaciones, fué esencialmente humano y realista. Por lo que toca á la poesía, la musa nacional mostróse tan hostil al romanticismo y á la hipérbole, que, hasta en la gloriosa epopeya del *Romancero*, inspirada en las épicas hazañas de la reconquista, no traspasó nunca los discretos límites de la narración histórica. Como afirma la gran autoridad de Medéndez Pelayo, aludiendo al poema del *Cid*, «nuestra épica está limpia de toda aspiración quimérica y es sumamente parca en el empleo de lo maravilloso.....» «Las hazañas atribuídas á los héroes por la musa popular, son, poco más ó menos, las mismas que ejecutaron en el mundo» (1).

Notorio es, por otra parte, que las poesías pastoriles y los libros de caballerías fueron en su origen producciones exóticas, tardíamente inoculadas en el alma nacional, y extrañas de todo punto á nuestro peculiar genio literario, el cual, menos alejado del clasicismo que del idealismo, supo mantenerse fiel, salvo algunos coqueteos románticos y bucólicos, á su

(1) Salillas cita también estos juicios de Menéndez Pelayo, justificando la tesis de que el alma nacional, heróica, robusta y sana en nuestro siglo de oro, degeneró más adelante en los alardes é impotencias del matonismo y de la picaresca



íntima tendencia realista y utilitaria. Sólo el pueblo, doquier propenso á lo trágico, maravilloso é inverosímil, como perpetuo niño que es, se entregó con ardor á la lectura de los libros y romances caballerescos; y aun hoy sucede lo mismo y sucederá siempre, mientras nuevas organizaciones sociales no permitan que el *eterno infante* evolucione, llegando, para los efectos artísticos, á la mayor edad.

El mismo Don Quijote, con todo y ser la obra de un romántico impenitente, ¿qué representó en su tiempo, abstracción hecha de sus intrínsecos primores y soberanas armonías, sino la reacción poderosa y esencialmente conservadora del realismo nacional castizo contra los extraviados y forasteros idealismos?

Más yermo todavía de grandes abnegaciones y de levantados quijotismos se nos presenta el campo de la ciencia y de la filosofías españolas. Enamorados de libros viejos, y ajenos á la inmensa renovación espiritual que trajo el renacimiento á todas las esferas del saber, la mayoría de nuestros pensadores y científicos limitábanse, por lo común, á aplicar modestamente los teoremas matemáticos y los hechos físicos y biológicos descubiertos por extranjeros, á la geografía, al arte de la navegación, á la metalurgia, á la industria guerrera y al arte de curar. Exceptuados sabios como Azara, Servet, Gómez Pereira, Huarte, Vives, y algunos otros, en que fulguran, de cuando en cuando, relámpagos de fuego creador ó

intuiciones geniales, nuestros científicos hicieron siempre gala de desdeñar los temas de pura investigación, las verdades especulativas despojadas de aplicación útil; sin echar de ver, según les ocurre hoy mismo á muchos intelectuales, que la ciencia llamada *práctica* está indisolublemente unida á la abstracta ó idealista, como el arroyo á su manantial. ¡Extraña aberración, propagada por la rutina, y tan vituperable, como sería la del labrador que diera en la manía de arrancar las flores para acrecentar los frutos! ¡Cómo habría de medrar el jardín de nuestra cultura, si nos hemos pasado cuatro mortales siglos desdeñando ó arrancando la flor de las ideas! (1).

---

(1) Justo y patriótico es proclamar que la España científica del siglo XVI inició muchas investigaciones y entrevió luminosas y fecundas verdades; mas, por desdicha, acabó y perfeccionó pocas teorías, porque faltaron á sus hombres, con el ansia de gloria internacional, pasión eminentemente quijotil, el esfuerzo supraintensivo de la atención y la perseverancia infatigable. Doloroso es ver á filósofos tan esclarecidos como Gómez Pereira, Vives. Francisco Vallés, Fox Morcillo, etc., formular antes que nadie los principios del método experimental, pero sin demostrar con hechos su eficacia; al famoso Arias Montano explicar la ascensión del agua en los tubos por la presión atmosférica, sin llegar, empero, á las leyes de Torricelli y Pascal; á Pérez de Oliva, profesor de Luz y Magnetismo en Salamanca (1533), anunciar la posibilidad de servirse del magnetismo para la *comunicación entre personas ausentes g distantes*, sin llegar con todo á ningún descubrimiento importante en la materi ; á Pedro de Liria, adivinar la existencia de un polo magnético á pocos grados de distancia del geográfico, sin precisar, mediante observaciones suficientes, su posición; á Juan de Escribanos, traductor de Porta, contentarse con presagiar la importancia práctica de la fuerza elástica del vapor, etc.

Contribuyó, sin duda, á esta escasez de resultados, la manía enciclopédica, que si crea cimas en la razón para descubrir amplios horizontes, empequeñece también los objetos vistiéndolos de nieblas. En-

Igual deplorable ausencia de salvadores quijotismos se advierte con pena en esos dominios en donde el sentimiento romántico y el ansia de lances novelescos y extraordinarios se asocia felicísimamente á los más elevados intereses de la civilización y de la política. Adivináis, sin duda, que aludo á los viajes científicos y de exploración á que, en días mejores, se debió la prosperidad y renombre de la patria. Quisiera equivocarme, pero yo no conozco ninguna expedición geográfica al polo Norte ó Sur emprendida por españoles ó hispano-americanos; mientras que por docenas se cuentan las gloriosas empresas de este género intentadas ó realizadas por yanquis, ingleses, suecos, alemanes, rusos y hasta italianos. ¡Triste es confesarlo; pero ello es que el pálido *sol de media noche* no realzó jamás, con sus poéticos rayos, los pliegues de la española bandera! (1).

Á las puertas mismas de la patria álzase el África tenebrosa, solar de la hispana raza al decir de sabios antropólogos. Acostada sobre la ribera mediterránea, parece mirarnos amorosa cual inmensa y misteriosa

---

ciclopedistas, al par que grandes pedagogos y comentaristas, fueron el citado Arias Montano, el Brocense, Pedro Ciruelo, Nebrija, Santa Cruz, etc., y. precisamente por serlo, resultaron, en lo tocante á los frutos científicos conseguidos, inferiores á su genio.

(1) Aunque tales empresas, á primera vista baldías, no condujeran á la solución de interesantes problemas geográficos, meteorológicos y físicos, constituirían siempre una admirable *gimnasia del heroismo*, indispensable á los pueblos débiles para no caer en las ruindades del utilitarismo, é imponer respeto á los Quijotes de la gloria militar.

esfinge que invita á escrutar hondos arcanos y á meditar en épicas empresas. Pero ¡ah! en vano espera siglos hace la ingenua Dulcinea al Caballero de los Leones. ¿Cuándo arribarán á las africanas playas Quijotes geógrafos, naturalistas ó guerreros, capaces de aportar, con los trofeos de la observación científica ó los relatos de romancescas hazañas, los únicos títulos de propiedad que los pueblos cultos estiman hoy suficientemente justificativos del condominio colonial?

Y convirtiendo la atención á más vulgares empresas, ¿dónde están los Quijotes de nuestra industria y comercio? ¿No es doloroso y desconsolador espectáculo el ver cómo nuestros opulentos industriales desdeñan ó descartan de sus fábricas á la ciencia, poderosa palanca impulsora á la hora actual de inmensos progresos fabriles, y se concretan modestamente (sin asomos de esa previsión lejana característica de los prudentes egoísmos) á importar y á explotar sórdidamente las máquinas y procedimientos exóticos, viviendo al día, sin lucha y sin gloria, en la mezquina incubadora del arancel y de los cambios?

Labor de alta pedagogía y de verdadera regeneración es corregir en lo posible nuestros vicios y defectos mentales, entre los cuales, acaso el más fértil en funestas consecuencias sociales es la escasez de civismos nobles y desinteresados, de sanos y levan-

tados quijotismos en pro de la cultura, elevación moral y prosperidad duradera de la raza.

Admiremos el libro de Cervantes, pero no derivemos su moraleja hacia dominios á que no tendió en el ánimo del autor. El realismo en el arte, ni deja de admitir cierta discreta dosis de levadura romántica, á fin de excitar el interés y elevar los corazones, ni contradice el supremo y patriótico fin de imprimir á la filosofía, á la ciencia y á la industria rumbos resueltamente idealistas.

El quijotismo de buena ley, es decir, el depurado de las roñas de la ignorancia y de las sinrazones de la locura, tiene, pues, en España ancho campo en que ejercitarse. Rescatar las almas encantadas en la tenebrosa cueva del error; explorar y explotar con altas miras nacionales las inagotables riquezas del suelo y del subsuelo; descuajar y convertir en ameno y productivo frutar la impenetrable selva de la Naturaleza, donde se ocultan amenazadores los agentes vivos de la enfermedad y de la muerte; modelar y corregir, con el buril de la intensa cultura, nuestro propio cerebro. para que en todas las esferas de la humana actividad rinda copiosa mies de ideas nuevas y de invenciones provechosas al aumento y prosperidad de la vida: hé aquí las estupendas y gloriosas aventuras reservadas á nuestros quijotes del porvenir.

Consideradas desde el punto de vista moral, son

las naciones síntesis supremas de ensueños y aspiraciones comunes, sublime florecimiento de una planta cuyas múltiples raicillas se extienden y nutren por todos los corazones. De buena gana compararía yo también los grandes pueblos á esas poéticas islas de coral que emergen del mar en las augustas soledades oceánicas. Si, con soñadores ojos de artista, os embelesáis contemplando las rientes y apacibles costas festoneadas de blancas espumas, las flores peregrinas y fragantes, los colosales árboles cuyas copas semejan cimbreante coro de las aves del cielo, pensaréis que aquel paraíso surgió espontáneamente por extraño capricho de Amfítrite; pero examinad el subsuelo con el reposado análisis de la ciencia, descended al fondo del mar (lo que vale tanto como remontarse en la Historia), y al sorprender en los calcáreos colosales estribos la obra y las reliquias de miriadas de seres ínfimos y oscuros, comprenderéis que todo aquel grandioso florecimiento de lo alto representa la construcción secular y obstinada de innumerables y abnegadas existencias.

He dicho.

Discurso del Doctor Olóriz.

Caracteres físicos de los personajes del Quijote.

Es el libro inmortal cuyo tercer Centenario congrega á las clases médicas piedra preciosa de tan exquisita labra que aún no han logrado los críticos y comentaristas descubrir todas sus facetas, ni abrir los ojos del vulgo á todos sus destellos, y es su primera materia de tan admirable condición que, aun triturada por el análisis, conserva en todas sus partículas la virtud de recrear el ánimo y la propiedad de prestarse á la confección de nuevas joyas literarias, si hábiles manos las escogen, arreglan y trabajan.

No una joya, que á tanto no puede llegar mi presunción de artífice en literatura, ni aun operando con material tan excelente, sino un modesto juguete de circunstancias es el que me propongo hacer con las partículas anatómicas, ó sean los rasgos y caracteres corporales de los personajes del *Quijote*, esparcidos por los capítulos ó escondidos en los pasajes de la maravillosa fábula; y cuento con que si el juguete

habrá de ser por fuerza tosco y sin gracia, como de hechura mía, tendrá por lo menos oportunidad, por ser á Médicos á quien se dirige, por ser anatómico profesional el que lo ofrece y por la buena intención que á unos y á otro guía de concurrir también desde nuestro campo técnico al concierto universal de admiración y aplausos que hoy rinde la humanidad á uno de sus miembros más preclaros.

Aun prescindiendo de irracionales tan famosos como Rocín y Rocinante, y de los grupos y muchedumbres racionales que pueblan las páginas del *Quijote*, tales como los de cabreros y yangüeses; pastores y pastoras enlutados y sin luto, reales y fingidos; labradores, labradoras y ganaderos; arrieros y mercaderes; mozos de á pie y de á caballo; pescadores y molineros del Ebro; perailes de Segovia, agujeros del Potro de Córdoba y vecinos de la heria de Sevilla, que mantearon á Sancho; frailes benitos, encamisados, disciplinantes y peregrinos; galeotes y bandoleros; criados de todas condiciones; dueñas, doncellas, pajes y cazadores de los Duques; cuadrilleros de infantería y de caballería; soldados y marinos en Barcelona; comediantes de Angulo el Malo; comparsas en las bodas de Camacho; mascarada de Merlín para el desencanto de Dulcinea; escuadrón armado del pueblo de los rebuznadores y súbditos de la ínsula gobernada por Sancho, aún quedan más de cien personajes lo bastante indivi-

dualizados para que debieran ser objeto de este estudio.

Preciso es, sin embargo, renunciar al examen anatómico del mayor número de tales personajes, por constar de ellos solamente el nombre ó el calificativo que expresa su clase, condición ó particularidad más distintiva, ó porque la descripción que de algunos se hace es de orden moral ó es relativa á los vestidos, armas y apostura. Sólo de unos veinticinco da Cervantes algún dato pertinente á nuestro objeto.

Casi todas las mujeres de que habla son hermosas; pero el autor se limita las más veces á encarecer su hermosura en absoluto, ó comparando la de unas con la de otras ya calificadas, como hace con Zoraida y con D.ª Clara de Viedma respecto de Dorotea y de Luscinda, ó bien á enaltecerla con alguna imagen poética y alambicada cual la de «hermosa como mil perlas» (1), referente á la hija de D. Diego de la Llana, ó la de «aquella cara que del un cabo tenía el sol y del otro la luna», con que se recuerda la de la madre de Marcela, y que se aplica también á «las mejillas de leche y de carmín» de la Duquesa, mantenidas en su tersura por las dos fuentes de las piernas, cuyo descubrimiento costó á D.ª Rodríguez tan cruel azotaina (2).

Es frecuente que Cervantes pinte á sus personajes con una sola pincelada, como al decir de Grisóstomo que tenía «una cara como una bendición» (3); al

comparar el paje-correo de la Duquesa con «un pino de oro» (4); al afirmar del ventero andaluz «que por ser muy gordo era muy pacífico» (5); de su hija que «era doncella, muchacha y de muy buen parecer» (6), y al citar las blancas barbas y el rostro venerable del alcahuete condenado á galeras (7).

En otros casos alude el autor solamente al sistema piloso de sus personajes, según ocurre con las barbas y el bigote del cura (8), con «la barba negra y espesa, y los cabellos muchos y revueltos», de Cardenio cuando vagaba loco por Sierra Morena (9), y con los cabellos del mancebito hallado por Sancho al rondar en su ínsula, que parecían «sortijas de oro, según eran rubios y enrizados» (10).

Traza bocetos, ya pintorescos como el que Sancho hace de su hija diciendo: cuenta «quince años, dos más ó menos; pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de Abril, y tiene una fuerza de un ganapán» (11); ya vigorosos y concisos como el de Teresa Panza, que «no era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta; pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada» (12), y el del caballero del Verde Gabán, en el que «la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave» (13).

Pinta retratos, ora grotescos cual el de Belerma, vista en sueños por Don Quijote en la cueva de Montesinos, y descrita así: «era cejijunta, la nariz algo

chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubría, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras» (14); ora serios como el del capitán cautivo, que «era hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco más de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y con la barba muy bien puesta» (15); ora también poéticos como el de Dorotea vestida de mancebo, cuyos pies parecían «pedazos de blanco cristal dentro del agua; las piernas, desnudas, de alabastro; las manos, trozos de apretada nieve; los cabellos, rubios, que pudieran los del sol tenerlos envidia, tan luengos, que esparcidos le cubrieron las espaldas, y aun en torno la escondieron toda; y el rostro, de hermosura incomparable, que pareció divino á los que, ocultos, contemplaban á la entonces desdeñada labradora» (16).

Pero donde el arte descriptivo de Cervantes raya más alto es al modelar las figuras de Carrasco y de Maritornes. Del primero dice: «Era el bachiller, aunque llamado Sansón, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarrón, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: tendría hasta veinticuatro años, carirredondo, de nariz chata y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa y amigo de donaires y de burlas.....» (17); y á Maritornes la describe así: «Servía en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma,

del uno ojo tuerto, y del otro no muy sano: verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies á la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera» (6); retrato que más adelante se completa con algunos rasgos morales, y con los físicos de que «sus cabellos tiraban á crines» y de que le olía el aliento «á ensalada fiambre y trasnochada» (18). Aparte de la plasticidad que tiene este retrato, demuestra en su autor un espíritu de observación nada vulgar, pues lo de atribuir á Maritornes anchura de cara y aplastamiento de occipucio, es señalar los dos caracteres cefálicos más importantes de los asturianos occidentales y de los lucenses.

Dos retratos hay de Dulcinea: uno idealista, pintado con metáforas por el rendido caballero, que de su fantástica señora dice así: «su hermosura es sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son de oro, su frente campos elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, según yo pienso y entiendo, que sólo la discreta consideración puede encarecerlas y no com-

pararlas» (19). El otro retrato, realista y prosáico, es el construído con los pasajes referentes á Aldonza Lorenzo y completado con las noticias inventadas por la bellaquería de Sancho. Esta Dulcinea burlesca es «la rolliza de carnes (20), alta de pechos, rostro amondongado (21) y olorcillo hombruno» (22), la de voz tan fuerte que desde el campanario de su aldea se dejaba oir á media legua de distancia, la de brazo tan forzudo que competía con el más forzudo zagal en tirar la barra, (23) la aechadora de trigo y cargadora de costales (22), la reputada como de mejor mano para salar puercos (24), y la que en ocasión única y solemne apareció ante los turbados ojos de Don Quijote en forma de arisca aldeana, carirredonda y chata, á quien vió montar en su jumento de un salto y á horcajadas como si fuera hombre (25).

¡Admirable contraste con que el grande artista muestra, en el orden físico, la contradicción entre lo imaginado y lo efectivo!

No hay en toda la novela cervantina más que una descripción de Sancho Panza, y bien concisa por cierto, pues se reduce al *rétulo* puesto en la estampa que encabeza el supuesto cartapacio arábigo de Cide Hamete-Benengeli, del cual *rétulo* y de algún que otro pasaje, se deduce que Sancho Zancas ó Panza, que con estos dos sobrenombres fué llamado, tenía «chico el cuerpo (26), la barriga grande, el talle corto y las zancas largas (24), color moreno (27), con las

barbas espesas, aborrascadas y mal puestas», y tan lozanas que hubieran requerido ser rapadas «á navaja cada dos días por lo menos», para que no se descubriera por ellas á tiro de escopeta la condición del dueño (28); barbas no muy pulcras, pero no tan sucias que pudiera sacarse de ellas con peine ó almohaza cosa que ofender pudiese á la limpieza (29).

Es notable el hecho de que, siendo tan incompleta la descripción de Sancho, haya, sin embargo, bastante acuerdo entre los artistas que han trazado su figura y se halle ésta más claramente representada en la fantasía popular que la del mismo Don Quijote. Se explica el hecho por la concordancia que existe entre el retrato moral y el físico del famoso escudero, y que falta entre los correspondientes de su amo, según vamos á exponer.

Frisaba la edad de Don Quijote en los cincuenta años (30). Era de alta estatura (31, 45 y 50), para lo que en nuestro país basta con que su talla pasara de 170 centímetros; mas no era de proporcionada corpulencia, pues «la grandeza de cuerpo» que con otros rasgos admiró al Caballero del Verde Gabán (32), se refería sin duda á lo largo y no á lo ancho, ya que «lo estirado y avellanado de miembros» que dijo Sansón Carrrasco (31), implican la prolongación y estrechez de la figura, adecuada al nombre de Triste con que le calificó el observador y atinado Sancho Panza (58).

El cuello de «media vara» (33), y las piernas «muy

largas y flacas» que el alucinado caballero exhibió al desnudo en su batalla con los cueros de vino (34), no se contradice con la complexión recia que Cervantes le atribuye (30), pues tales caracteres caben en el supuesto de que un esqueleto fuerte y bien constituído, pero mal velado por carnes secas (30), escasas y «amojamadas», tales como las que al volver á su aldea, después de la segunda salida, daban al pobre loco apariencia de estar «hecho de carne momia» (35).

La flaqueza, no sólo del rostro sino del cuerpo entero, fué rasgo permanente y particular del héroe manchego, declarado en diversos pasajes de su historia (31, 32, 35, 36 y 38), y claro es que las nudosidades de un esqueleto recio y los relieves de unos músculos enjutos, dibujándose bajo una piel seca y sin grasa, darían al conjunto de nuestro personaje formas angulosas, duras, y más para ser admiradas por lo raras que por lo bellas.

Faltan noticias sobre la conformación craneal de Don Quijote, mas hay vehemente indicio de que fué la de un óvalo bastante prolongado, tal como la que los técnicos llaman hoy dolicocefalia. El indicio se halla en el relato que sigue á la aventura terrorífico-cómica de los batanes, cuando amo y criado toparon con el barbero que llevaba su bacía puesta sobre la cabeza para resguardársela de la lluvia. La turbada imaginación del caballero tomó la bacía de azófar como yelmo de oro de Mambrino, despojó de ella á

su dueño y «se la puso luego en la cabeza, rodeándola á una parte y otra, buscándole el encaje» sin hallarlo (37). Verdad es que al fin se encasquetó la bacía, y aún la llevaba puesta cuando cayó, poco después, vencido por la pedrea de los galeotes libertados; pero, aunque no se exprese, por necesidad hubo de valerse Don Quijote de algún medio de sujeción para traer «como pudiere» tan maravillosa defensa, en tanto que lograba aderezarla en el primer lugar donde encontrase herrero (37).

Resulta de este pasaje, que la bacía, redonda como todas, y que siempre se adaptaría con dificultad á cualquier cráneo oval, no se pudo encajar de modo alguno en el de Don Quijote, que casi renunció á usarla después de su primera tentativa, de lo que puede inferirse que el óvalo craneal de nuestro héroe debió de ser algo más prolongado que de ordinario, ó, por lo menos, no tan corto y ancho como en los braquicéfalos.

Comprendo que peca de sutil esta inducción, pero no son más sólidas las que en comentarios como el precedente están en uso, y, además, la mía se fortalece recordando que dolicocéfala es la mayoría de la población española, que no abundan las cabezas redondas en la Mancha y que las tallas altas y las formas generales largas y estrechas, corresponden, por lo común, entre nosotros, á formas craneales también de mucha longitud en relación á la anchura.

En cuanto al rostro, no hay miedo de perderse en conjeturas; se sabe con certeza que era largo, muy largo, «de media legua de andadura», como Cervantes dice con donosa y extrema exageración (38); era seco y enjuto, según declara repetidas veces el creador de tan famoso personaje (30, 31, 32, 36, 38, 39, 40 y 50), y era, en fin, amarillo, sin dejar de ser moreno, pues así consta en diversos pasajes del gran libro (32, 33, 36, 38, 39 y 40).

La excesiva largura de la cara implica su estrechez, y como, por una parte, la ilustración y buen talento de que tan repetidas pruebas dió el discreto loco hasta en sus desvaríos, autorizan á suponerle un cerebro bien desarrollado, y, por lo tanto, una frente espaciosa, mientras que, por otra parte, el mentón debió de ser agudo, según la conformación de las quijadas, que comentaré en seguida, es razonable concluir que el rostro del buen Quijano tuvo por contorno el de un óvalo prolongado, ancho en la frente, escurrido hacia las mejillas y con lo más estrecho hacia la barba.

La sequedad de las facciones y la demacración del rostro se acompañan casi forzosamente de arrugas, bien marcadas en el adulto, y no es aventurado presumir que Don Quijote las tendría transversales en la frente, como huella de las frecuentes abstracciones que precedieron á sus delirios y de la atención profunda y sostenida conque se entregó día y noche á la

lectura, y que tendría también arrugas longitudinales á los lados de la nariz y de la boca, como expresión permanente del carácter retraído y melancólico que parece haber sido el dominante en el hidalgo, cuando se elaboraba en él la enfermedad que le impulsó á lanzarse en busca de aventuras.

Pudiera estimarse la amarillez del rostro como rasgo accidental y morboso, consecutivo á las penalidades y quebrantos padecidos por el desfacedor de agravios en sus dos primeras salidas, si tal amarillez nos fuera conocida solamente por la noticia que al volver de la segunda, dentro de una jaula, dió un muchacho á la sobrina y al ama, diciéndoles que «su tío y señor venía flaco y amarillo, tendido sobre un montón de heno» (39), ó por las lamentaciones del ama misma, cuando al recordar la llegada del enjaulado afirmaba: «venía tal el triste que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo y con los ojos hundidos en los últimos camaranchones del celebro» (36). Pero es el caso que el excelente cuido prestado cariñosamente á Don Quijote por las hembras de su casa y los seiscientos huevos que gastó el ama en alimentarlo (36), bastaron á restaurar en poco tiempo las decaídas fuerzas del desventurado aventurero, mas no consiguieron borrar la amarillez de su rostro; la cual persistía muchos meses después, cuando el encuentro con D. Diego de Miranda (32), y esto induce á pensar si sería el amarillo el color permanente

de la cara en Don Quijote, con las demás consecuencias sintomáticas y patogénicas que los médicos cervantófilos quisieren deducir para honesto esparcimiento de cuantos nos recreamos en estas inocentes fruslerías.

Pocos datos tenemos acerca de rasgos fisionómicos. No es de extrañar que olvidara Cervantes las orejas de su héroe, pues tal apéndice facial suele pasar inadvertido en los retratos literarios, y sólo el mencionarlo apunta hacia la caricatura. Pero esto precisamente aviva mi curiosidad por averiguar el documento en que un distinguido escritor científico contemporáneo haya encontrado la noticia de que las orejas de Don Quijote eran «grandes, de implantación algo baja y bastante separadas de las mastoides» (41).

Y lo mismo digo de los ojos, que el autor aludido califica de «pardo oscuros, grandes y algo oblicuos» (41); pues si lo de pardos es admisible por armonizar con el color de la piel y por corresponder al tipo más común en nuestro pueblo, y lo de grandes no repugna al concepto de idealista y soñador que tenemos del que inventó una Dulcinea para adorarla, en verdad que no atino con el fundamento de la oblicuidad, por ligera que fuese, pues ni siquiera el autor del soneto dedicado por el Caballero del Febo á Don Quijote llamó á éste tártaro ó mogol, de lo que pudiera colegirse la oblicuidad ocular hereditaria,

sino godo, quizás sin otro motivo que cuadrar así mejor á la medición del verso (42).

«La nariz aguileña y algo corva» (31) del amparador de doncellas está bien definida y no necesita comentarios, como no sea el de recordar que ese tipo nasal es el característico de nuestros antiguos nobles castellanos; pero, en cambio, el sistema piloso y las quijadas merecen que nos detengamos un momento.

Y no es que trate de contar los pelos á Don Quijote, como lo intentaría ciertamente cualquier cervantómano si tuviera á su alcance en carne y hueso el imaginario hidalgo de la Mancha, pues trato sólo de poner en claro lo que acerca de sus pelos dejó escrito Cide Hamete-Benengeli, ya que los comentaristas é intérpretes de la figura material de Don Quijote han enturbiado con sus plumas y buriles tan peliagudo asunto.

Que el caballero no tenía despoblada la cabeza es evidente, pues el bachiller Sansón Carrasco, al describirlo, cuando aseguraba haberlo vencido, dijo de él que era entrecano (31); pero respecto de la abundancia, largura y primitivo color de los cabellos, nada cierto sabemos. Natural es pensar que con el descuido y falta de acomodo, propios de la vida aventurera, llevara nuestro hidalgo un tanto crecido y acaso un mucho enmarañado el pelo en la cabeza; pero el pintarlo con guedejas ó con rizos, como en

algunos grabados aparece, es notoria licencia artística, sin pasaje ninguno que la abone.

Obligados á suponer un color en los cabellos, aún no blanqueados por los años, ya que en ninguna parte se consigna cuál fuere tal color, lógico es pensar que debió de ser castaño oscuro, no sólo porque así es lo más frecuente en nuestro país, sino porque los cabellos oscuros y aun negros son los que mejor armonizan con lo moreno de la piel y lo negro de los bigotes.

Respecto de éstos no cabe la menor duda: el mismo Sansón Carrasco los describe con toda precisión, diciendo que eran «grandes, negros y caídos» (31); y en verdad que no me explico cómo, sin desprecio evidente de los textos, han podido algunos artistas, sobre todo extranjeros, pintar al enamorado manchego sin bigotes, ó dibujárselos con las guías levantadas á la borgoñona, según aparece en multitud de estampas. Y cuéntese que si algo pudo poner la imaginación en este caso, más debió inducir á los pintores á suponer caídos los bigotes del aventurero, que no levantados, y menos aún retorcidos, pues todo esto requiere artificio de peluquería, que seguramente no pudo emplear Don Quijote en sus campañas, é implica cierto interés presuntuoso de parecer bien por la figura, de que jamás dió muestras el hidalgo en sus palabras ni en sus actos.

Que el adorador de Dulcinea tenía barbas en el

tiempo de sus aventuras, es indudable, aunque algún escritor las haya negado, y muchos dibujantes, así como también un notable escultor de nuestros días, las hayan omitido en sus retratos; pues aparte de algunas frases que pudieran pasar por figuradas ó por refranes, hay cinco pasajes de la inmortal novela con valor probatorio tan completo, que excusan toda nueva información sobre el asunto (43). Lea quien lo dude la aventura de los leones, en que, apurado Sancho para ocultar los requesones que acababa de comprar cuando lo llamó su amo con urgencia, los echó en la celada, que el esforzado caballero se encajó sin advertirlo, quedando el rostro y barbas bañados con el suero, de que llevó no poco susto creyendo que se le derretían los sesos (44). Y si se quiere confirmación aún más explícita de las tales barbas, recuérdese cuando, antes de comer en la casa de los Duques, las traviesas doncellas dieron á Don Quijote lava-caras en vez de lava-manos, y la encargada del jabón «le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve (que no eran menos blancas las jabonaduras) no sólo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto que se los hicieron cerrar por fuerza». Y todavía, por extremar la burla, fingió la doncella que se le había acabado el agua, y dejó á Don Quijote haciendo bien extraña figura, con el cuello tendido, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabón (33).

¿Cómo, pues, pudo alguien pensar que no fuera barbado el Ingenioso Hidalgo? En parte alguna de su historia se dice que careciera de barbas, y sólo el no haberlas citado el autor al trazar en dos ocasiones el retrato de su héroe (30 y 31) ha podido ser causa de esta especie de rasuramiento á que lo han condenado en sus obras los que han pretendido representarlo sin haberlo estudiado antes por completo.

Mas no acaban aquí los comentarios á las olvidadas barbas quijotiles, pues admitido ya por todos que las tuvo, queda á la inventiva ó á la erudición de cada uno imaginar cómo serían; problema de solución ineludible para el artista que pretenda reproducir la cabeza del famoso loco. En la iconografía de Don Quijote hay variedades para todos los gustos, desde la barba difusa, ancha y poblada, á imagen de pontífice hebreo ó de mujik moscovita, hasta la exigua y prolongada perilla calderoniana; mas el artista reflexivo que se encuentre perplejo al elegir, deberá decidirse por la forma larga y piramidal en el mentón, corta en los lados y rasa en las mejillas, por las siguientes razones de peso..... relativo: 1.ª Por ser ésta la forma á que más se aproxima naturalmente en nuestra raza la barba inculta, cual debió tenerla nuestro caballero durante sus correrías. 2.ª Por ser la forma puntiaguda la que estuvo en moda entre los españoles contemporáneos de Cervantes. Y 3.ª Porque la barba estrecha y prolongada

es la que mejor armoniza con el rostro largo de hasta media legua que hiperbólicamente asignó el autor á Don Quijote.

En cuanto á las quijadas, eran «estrechas, y por de dentro se besaban la una con la otra» (45); carácter singular y no tan claro que deba pasar sin alguna interpretación explicativa.

Aunque Cervantes distinguía las quijadas en alta y baja, correspondientes á las que llaman mandíbulas superior é inferior los anatómicos, parece que la frase copiada alude principalmente á la inferior, que es la más conocida entre el vulgo por quijada, y que suele nombrarse en plural porque en muchos animales consta de dos huesos, aunque en el hombre adulto es de una sola pieza. La estrechez de las quijadas significa, sin duda, poca separación entre las ramas de la mandíbula inferior y cierto grado de cerramiento en la curva descrita por los arcos dentarios; pero ¿qué quiso el Príncipe de nuestros Ingenios expresar con la frase de que las quijadas por de dentro se besaban la una con la otra? Besar es acto de aproximación, hasta el contacto, de partes, que en este caso no pueden ser otras que las laterales de la mandíbula, únicas que están separadas entre sí; lo de *por de dentro* indica que esas partes que se besan figuradamente, lo hacen en el plano medio de la cabeza, y como no es admisible que las dos medias quijadas de un hombre se toquen real y totalmente

en dicho plano medio, habremos de concluir que la imagen representada en aquella frase es la de una mandíbula humana tan aplastada por los lados que sus ángulos tendieran á encontrarse. Á mi juicio, Cervantes empleó aquí una figura retórica equivalente á la tan usada de que la nariz y la barba se besan en las viejas sin dientes, y quiso exagerar con una hipérbole la estrechez del rostro de Don Quijote, lo mismo que cuando le atribuyó media legua de andadura al exagerar la longitud.

El rasgo más singular y característico de Don Quijote, el que distinguiría su busto del de cualquier otro personaje, es, sin duda, esa especial conformación y estrechez de la mandíbula inferior, que llega á ser anómala por lo extremada, y como no es verosímil que, por puro capricho y sin algún fundamento objetivo y real, atribuyera Cervantes á su protagonista rasgo tan extraño que toca los límites de la inventiva, y como, por otra parte, el nombre adoptado para la vida aventurera del caballero andante deriva del nombre de Quixada ó de Quijano, atribuído al bueno de D. Alonso, cabe el que, asociando ambas ideas, se llegue á formular estas preguntas que dirijo á los amantes de los problemas insolubles:

¿Habría en la Mancha, hacia fines del siglo XVI, algún hidalgo de mandíbula tan estrecha que fuera en él rasgo singular y característico y al que hubiera tomado Cervantes por modelo de su imaginario

ridiculizador de libros caballerescos? ¿Sería por aludir á tal carácter por lo que ideó llamarle Quixada ó Quijano, y Quijote por derivación burlesca? ¿Sería, por el contrario, la existencia de alguna persona efectiva de tal nombre la que inspiró al novelista la ocurrencia de pintar con una quijada peculiar al personaje principal de su novela? Ó, picando más alto en este divagar interrogado, ¿tendría el ilustre soldado, cautivo y escritor, alguna idea de la coincidencia frecuente entre anomalías morfológicas y alteraciones mentales, y quiso señalar algún estigma en la figura dè su admirable loco? ¡Quién podrá contestar estas preguntas! (61).

Algo sabemos de la dentadura que armaba tan estrechas quijadas, pues á los cincuenta años la conservaba Don Quijote con todas sus muelas, fuera de las cordales, que no sabía si le habrían nacido, «enteras y muy sanas, sin que le hubieran sacado ni se le hubiera caído ningún diente, ni le tuviera comido de neguijón ni de reuma alguno» (46). Mas sufrió un desastre dental considerable en la batalla con los ejércitos carneriles de Alifanfarón, pues una pedrada le derribó varias muelas, cuyo número, que debió de oscilar entre tres y siete y media, no pudo precisarse ni aun después de la graciosa exploración hecha por Sancho. Y con este motivo paréceme oportuno recomendar á los dentistas, como lema en sus empresas, la grave sentencia del mutilado alancea-

dor en este trance, cuando dijo á Sancho: «que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante» (46).

Aún quedan por consignar algunas noticias sobre partes menos visibles que la cabeza del honesto manchego. Su piel era morena, no sólo en la cara, donde la amarillez, y en algún caso la vergüenza, le darían matices jaspeados, como al oir el malicioso cuento de Sancho ante los Duques, acerca del sitio preferente en los convites (47), sino también el cuello, que puso bien de manifiesto en el lavatorio burlesco de que fué víctima (33); y si no podemos afirmar lo mismo de partes más ocultas no es porque, haciendo locuras en Sierra Morena, no las pusiera á la vista de Sancho cuando daba el penitente caballero, desnudo en pañales, zapatetas en el aire y tumbos con los pies en alto por honrar á Dulcinea, sino porque Sancho volvió rienda á Rocinante por no ver otra vez las desnudeces de su amo, y se guardó de contar las que había visto (48).

No debió de ser imperceptible el vello que poblara la morena piel de Don Quijote, y por lo menos consta que llenas de él estaban las piernas, nada limpias, que la corta camisa dejó ver cuando la batalla de los cueros de vino (34). Puede sospecharse que la mano fuera algo peluda como la de Durandarte (49), ya que nuestro hidalgo presumía de tener el brazo vigo-

rosos y estimaba los pelos como señal de muchas fuerzas. Según el testimonio de Sancho, único en estado de conocer la intimidades orgánicas de su honesto señor, tenía éste un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas en mitad del espinazo, lo que á juicio del escudero es señal de ser hombre forzudo (50). También nos es conocida la mano del incauto caballero, pues al entregarla á Maritornes por el agujero del pajar le decía cándidamente: «No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la contextura de sus nervios, la trabazón de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene» (51).

Y sólo falta ya, para terminar este inventario de caracteres somáticos, llamar la atención sobre el hecho de que nuestro héroe padeció de los riñones, por cuyo motivo no podía llevar apretada la cintura y usaba tahalí colgado del hombro derecho para sostener la espada al lado izquierdo, noticia ésta curiosa y poco divulgada, que indico á los urólogos, por si gustan de incluir el nombre de Alonso Quijano en la lista de los nefrópatas ilustres (52).

Complemento de los rasgos corporales que se acaban de analizar es la enumeración de aquellas manifestaciones fisiológicas de orden físico que aparecen especialmente consignadas en la historia del esforzado caballero.

Tuvo fino el oído, y más fino aún el olfato, como lo prueba la demasía de Sancho en la medrosa noche de los batanes y el reconocimiento de los requesones espanzurrados poco antes de la intentada lucha con el león (44); ejercitó músculos más vigorosos de lo que su flacura hiciera presumir y descargó en ocasiones golpes formidables, de que podrían dar testimonio el vizcaíno y aun el bachiller Sansón Carrasco, si bien más á menudo le tocó ser vencido por el número ó por fuerza de brazos, como lo fué por su mismo escudero cuando éste se resistió á ser azotado contra su voluntad; supo dar á su voz entonación grave y sonora en los apóstrofes y discursos, aunque fuera ronquilla de ordinario, según pudo oirse cuando cantó el romance de su invención á Altisidora (54); poseyó sin duda un estómago activo, y de ordinario tolerante, para adaptarse á las irregularidades de tiempo y calidad propias del régimen alimenticio consiguiente á la vida aventurera; se distinguió por la resistencia al sueño y á la fatiga y por la falta de apetitos lascivos, y mostró una cualidad de interés particular para los médicos y en relación quizás con la locura, que fué su relativa invulnerabilidad.

No es que se tuviera Don Quijote por invulnerable, pues, antes al contrario, afirmaba ser de carnes «blandas y no nada impenetrables» (59), «criadas entre sinabofas y holandas» (56); pero las ocho caídas del caballo que se cuentan en su historia; los atropellos por

cerdos y por toros; los apaleamientos de que fué víctima en sus aventuras con mercaderes, yangüeses y disciplinantes; las pedradas de los ganaderos y de los galeotes; las lesiones inferidas por el vizcaíno; el candilazo del cuadrillero; la mojadura en el Ebro; los golpes recibidos del arriero de Arévalo, del ventero de Puerto Lápice, de Cardenio cuando estaba loco y del cabrero Eugenio; el arañamiento en la aventura gatuna; los pellizcos que le alcanzaron por las indiscreciones de D.ª Rodríguez, y tantos otros traumatismos de diversa cuantía con que la realidad pagó al sufrido caballero sus generosos errores idealistas, demuestran, por la poca mella que hicieron en su organismo y por la facilidad con que fueron reparados, que el espíritu dominaba en Don Quijote á la materia y que si ésta no quedaba insensible, resistía por lo menos las agresiones exteriores y reparaba sus efectos con la misma energía que se observa en los irracionales y en bastantes locos.

Si reunimos ahora los fragmentos descriptivos que nos hemos entretenido en comentar, reconstruimos la estatua y la contemplamos en conjunto para apreciar su belleza, preciso será convenir con Sancho cuando decía descaradamente á su señor, comentando el fingido enamoramiento de Altisidora: «¿Qué gala, qué brío, qué donaire, qué rostro, qué cada cosa por sí destas ó todas juntas le enamoraron? Que en verdad, en verdad, que muchas veces me paro á

mirar á vuesa merced desde la planta del pie hasta el último cabello de la cabeza, y que veo más cosas para espantar que para enamorar.» Pero también, reflexionando como Don Quijote sobre la hermosura del alma, habremos de convenir con él cuando contesta: «Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero también conozco que no soy disforme; y bástale á un hombre de bien no ser monstruo para ser bien querido, como tenga las dotes del alma que te he dicho» (57).

Estas frases compendian las dificultades de la empresa, tantas veces acometida, de representar gráfica ó plásticamente á Don Quijote, pues su figura material ha de ser, según los textos y la intención de su creador, mala, triste (58), contrahecha (5), extraña (60), de las no vistas en la Mancha de su tiempo, de las que no pueden pasar inadvertidas por hallarse «fuera de las que comunmente se usan» (13), de las que rayan en lo deforme y apuntan hacia lo ridículo; y, sin embargo, no ha de ser repugnante, ni siquiera antipática, sino que, aun siendo pasiva y muda, ha de hacerse admirar y querer, porque el artista ha de transparentar en ella las sublimidades del alma heroica que animó al personaje.

¿Es esto realizable? El genio de los pintores y escultores lo dirá algún día; pero, entre tanto, la figura existe modelada en la fantasía popular; porque, ¿quién que haya saboreado la lectura del Quijote no

se trazó, allá en su mente, una imagen del extravagante amparador de desvalidos, en la que pudo combinar sin los tropiezos del buril ó de los pinceles las fealdades ó imperfecciones de la carne, emblema de la realidad, con las bellezas sublimes del espíritu, símbolo de lo ideal?

Sí, esa imagen existe, la concibió el genio de Cervantes, la trazó con su pluma insuperable en páginas imperecederas, cada uno de nosotros la siente y la interpreta, la humanidad con su esfuerzo colectivo la completa, perfecciona y agiganta; y si el lienzo y el bronce se resisten á reproducirla, es porque la materia, tosca é impura, no alcanza á expresar tan abstracta belleza.

He dicho.

NOTAS Y CITAS *correspondientes á los números entre paréntesis intercalados en el escrito que precede. Las citas se refieren á la edición de «Don Quijote», comprendida entre las obras de Miguel Cervantes Saavedra, que forman el tomo I de la «Biblioteca de Autores Españoles», de Rivadeneyra.*

(1) Part. I.ª, cap. 49, pág. 507, cl.ª 1.ª
(2) Part. I, cap, 12, pág. 277, cl.ª 1.ª y part. II, cap. 48, pág. 505 c.ª 1.ª
(3) Part. I, cap. 12, pág. 276, cl.ª 2.ª
(4) Part. II, cap. 50, pág. 510, cl.ª 1.ª
(5) Part. I, cap. 2.º, pág. 259, cl.ª 2.ª
(6) Part. I, cap. 16, pág. 285, cl.ª 2.ª
(7) Part. I, cap 22, pág. 303, cl.ª 2.ª
(8) Part. I, cap. 27, pág. 319, cl.ª 2.ª y cap. 30, pág. 333, cl.ª 1.ª
(9) Part. I, cap. 23. pág 307, cl.ª 2.ª
(10) Part II, cap. 49, pag. 508, cl.ª 1.ª
(11) Part I', cap. 13, pág. 429, cl.ª 1.ª
(12) Part II, cap. 50, pág. 509, cl.ª 1.ª
(13) Part II, cap. 16, pág. 435, cl.ª 1.ª
(14) Part. II, cap. 23, pág. 453, cl.ª 1.ª
(15) Part. I, cap. 37, pág. 359, cl.ª 1.ª
(16) Part. I, cap. 28, pág. 325, cl.ª 1.ª
(17) Part. II, cap. 3.º, pág 410, cl.ª 1.ª
(18) Part. I, cap 16, pág. 286, cl.ª 2.ª
(19) Part. I, cap. 13, pág. 279, cl.ª 2.ª
(20) Part. I, Epitafio del Tiquitoc, Académico de Argamasilla, pág. 401, cl.ª 2.ª
(21) Part. I, Soneto del Paniaguado, Académico de Argamasilla, pág. 401, cl.ª 1.ª
(22) Part. I, cap. 31, pág. 336, cl.ª 1.ª
(23) Párt. I, cap. 25, pág 315, cl.ª 2.ª
(24) Part. I. cap 9.º, pág. 272 cl.ª 1.ª
(25) Part II, cap. 10, pág. 424, cl.ª 1.ª
(26) Part I, Soneto del Burlador, Académico argamasillesco, página 401, cl.ª 1.ª
(27) Part. II, cap. 41, pág 489, cl.ª, 1.ª
(28) Part. I. cap. 21, pág. 302, cl.ª 2.ª
(29) Part. II, cap. 32, pág. 474, cl.ª 2.ª Son muy numerosos los pasajes relativos á las barbas de Sancho, y además de los citados en el texto, merecen recuerdo los en que Don Quijote se las moja con el bálsamo de Fierabrás, que devuelve; los criados del Duque quieren lavárselas con agua sucia, y los ejecutores de la farsa del Clavileño se las chamuscan con estopas encendidas.

(30) Part. I, cap. 1.º, pág. 257, cl.ª 1.ª
(31) Part. II, cap 14, pág. 431, cl.ª 1.ª
(32) Part. II, cap 16, pág. 435, cl.ª 1.ª
(33) Part. II, cap. 32, pág. 472, cl.ª 2.ª
(34) Part. I, cap. 35, pág. 352. cl.ª 2.ª
(35) Part. II, cap. 1.º, pág. 405, cl.ª 1.ª
(36) Part. II, cap. 7.º, pág. 417, cl.ª 1.ª
(37) Part. I, cap. 21, pág. 300, cl.ª 1.ª
(38) Part. I, cap. 37, pág. 358, cl.ª 2.ª
(39) Part. I, cap. 52, pág. 400, cl.ª 1.ª
(40) Part. I, cap. 29, pág. 330. cl.ª 1.ª
(41) Dr. Royo Villanova. La locura de Don Quijote, pág. 159
(42) Soneto del Caballero del Febo, pág. 255, cl.ª 1.ª
(43) Part. I, cap. 6 pág. 287, cl.ª 2.ª; cap. 31, pág 336, cl.ª 1.ª part. II, cap. 40, pág. 487, cl.ª 1.ª
(44) Part. II, cap. 17, pág. 437, cl.ª 2.ª
(45) Part. I, cap. 16, pág. 287. cl.ª 1.ª y part. II, cap. 31, pág. 469, cl.ª 2.ª
(46) Part. I, cap. 18, pág. 298, cl.ª 1.ª
(47) Part II, cap. 31, pág. 470, cl.ª 2.ª
(48) Part I, cap. 25, pág 317, cl.ª 1.ª
(49) Part. II, cap. 28, pág. 452, cl.ª 1.ª
(50) Part. I, cap. 30. pág. 333, cl.ª 2.ª
(51) Part. I, cap. 48, pág. 378, cl.ª 2.ª
(52) Part II, cap. 18, pág 440, cl.ª 2.ª
(53) Part. I, cap. 20, pág. 298, cl.ª 1.ª
(54) Part. II, cap. 46, pág. 499. cl.ª 2.ª
(55) Part. II, cap. 32, pág. 474, cl.ª 1.ª
(56) Part. I. cap 15, pág. 284, cl.ª 2.ª
(57) Part. II, cap 58, pág. 526, cl.ª 1.ª
(58) Part. I, cap. 19, pag. 295, cl.ª 1.
(59) Part. II, cap. 32 pág, 474, clª 1.ª
(60) Part. I, cap. 52, pág. 399, clª 1.ª
(61) Aun dando por probada la existencia de Quijanos en la Mancha y de manchegos con mandíbulas estrechas, siempre será dudoso que sirvieran de modelo á Cervantes ó que aludiera á ellos, pues las *intenciones* del autor quedaron sin declarar, y, por lo tanto, fuera de toda demostración positiva. Por eso califico de insolubles las cuestiones que planteo.

Discurso del Doctor Gómez Ocaña.

"ES UN BÁLSAMO, RESPONDIÓ DON QUIJOTE, DE QUIEN TENGO LA RECETA EN LA MEMORIA, CON EL CUAL NO HAY QUE TENER TEMOR Á LA MUERTE, NI HAY QUE PENSAR MORIR DE FERIDA ALGUNA: Y ASÍ, CUANDO YO LE HAGA Y TE LE DÉ, NO TIENES MÁS QUE HACER, SINO QUE QUANDO VIERES QUE EN ALGUNA BATALLA ME HAN PARTIDO POR MEDIO DEL CUERPO COMO MUCHAS VECES SUELE ACONTECER, BONITAMENTE LA PARTE DEL CUERPO QUE HUBIERA CAIDO EN EL SUELO, Y CON MUCHA SOTILEZA, ANTES QUE LA SANGRE SE YELE, LA PONDRÁS SOBRE LA OTRA MITAD QUE QUEDARE EN LA SILLA, ADVIRTIENDO DE ENCAXALLO IGUALMENTE Y AL JUSTO: LUEGO ME DARÁS Á BEBER SÓLO DOS TRAGOS DEL BÁLSAMO QUE HE DICHO Y VERÁSME QUEDAR MÁS SANO QUE UNA MANZANA".

Cervantes. *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Parte I, cap. IX.

I

Poco tiene que curarse de la salud el que guarda sus espaldas con recetas como la del salutífero bálsamo, cuyas virtudes terapéuticas acabáis de oir al Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. Porque los preceptos higiénicos, por suaves que sean, limitan la santa voluntad de no hacer nada ó de hacer, cada cual, lo que más le venga en gana.

Y no se crea que eran exclusivas del mundo andantesco las recetas del corte de la de Fierabrás, porque los apotecarios vendían, y los algebristas, cirujanos y médicos mandaban, compuestos para to-

das las enfermedades y para que los calvos echasen pelo, las mujeres estériles se hiciesen preñadas ó estériles las fecundas; curar el mal de ojo, levantar la paletilla, prevenir la bizquera, arrojar los demonios, y muchas más, cuya enumeración sería prolija por ser tantas como padecimientos, dolores y desgracias afligen á la humanidad (1).

Pero más que la fe en los remedios, influía en el olvido ó menosprecio de la Higiene la confianza que en sí mismos tenían nuestros antepasados del siglo XVI. Habían vencido al hambre en sus propios hogares ó corriendo sus aventuras por todo lo ancho de la tierra; á la infección, en los bosques de América, en las marismas de África, en Filipinas ó en la campiña romana; á la inclemencia de los climas, des-

(1) He aquí una receta para curar los epilépticos, sacada del «Tironicio práctico-médico-clínico-galénico», del Dr. Pasqual Francisco Virrey (Valencia, 1787) Polvos de sangre de golondrinas, de hígados de ranas, cogidas en el novilunio y secos al sol, cráneo humano sin enterrar y uña de alce (animal parecido á la ternera), *ana*, onza y media;

Raíz de peonía negra, lombrices terrestres ahogadas en vino, topo calcinado sin piel y entrañas, estiércol de pabón corazón é hígado de víbora, *ana*, cuatro dracmas;

Viscorquercino, raíz de valeriana, contrahierba, polvos de placenta de primeriza y cinabrio nativo, *ana*, *dos* dracmas;

Flor de tila, lirio de los valles, simiente de ruda, cardo benedicto, perlas y sal volátil, cuerno de ciervo, *ana, dracma y media*;

Panes de oro, XXXX;

Hágase polvo de todo y mézclese, para administrarlo á la dosis de una dracma, en los adultos.

Esta receta, que deja muy atrás á la del salutífero bálsamo de Fierabrás, la inserta, con otras muchas, el Dr. D. E. Salcedo en su libro titulado *Madre é Hijo*, Madrid, 1898.

de el cálido de Veracruz hasta el frigidísimo de las cumbres andinas; á las endemias de la costa argelina, del archipiélago griego, de Sicilia y de las Indias; y resistido la fatiga del explorador ó del soldado por los países más distintos. Hubo quien, como el maestre-campo Carvajal, peleó, de mozo, en Nápoles, bajo las órdenes del Gran Capitán, y anciano, frisando en los ochenta años, aún guerreaba en el Perú con el bando de Gonzalo Pizarro.

El mismo Cervantes se ofrece como ejemplo de la vida aventurera y trabajada que llevaron nuestros abuelos en el siglo de Don Quijote: nace Miguel en Alcalá de Henares, en el seno de una familia pobre y de tan poco arraigo que tiene que peregrinar, para buscar el sustento, por Valladolid, Sevilla y Madrid; mozo de veintiún años, recorre la Italia, sienta plaza de soldado y queda herido é inútil en la batalla de Lepanto; luego es cautivo en Argel, pretendiente en Madrid, labrador en Esquivias, comisario y alcabalero en Andalucía; cesante y preso en Sevilla; agente de negocios en Valladolid; pensionista del arzobispo Sandoval y del conde de Lemos, en los últimos años de su vida; y poeta desde que conoció las Musas. Y si, en su carrera, no pasó los límites del viejo continente, fué muy á su pesar, pues solicitó, y por fortuna no obtuvo, un empleo en Cartagena de Indias.

El carácter nacional se prestaba á esta vida aventurera. Hélo aquí personificado y descrito por Don

Quijote: «De mí sé decir que después que soy caballero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos, y aunque ha tan poco que me ví encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el Cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos días verme Rey de algún reino á donde pueda mostrar el agradecimiento y la liberalidad que mi pecho encierra (1).

Por las razones dichas y por el atraso de la ciencia, que omito, por desconocido, la rudimentaria higiene individual de los siglos XVI y XVII hay que buscarla en las novelas más que en los libros de Medicina. Y es de notar, que Cervantes ofrece en sus obras, y singularmente en el Ingenioso Hidalgo, más datos para el tema de este discurso, que todos los demás novelistas y poetas de su época, incluso las de aquel *monstruo de Naturaleza* que asombra, más por el fondo que por la variedad y número de sus escritos, siendo tantos, que pueden poblar una biblioteca. La razón es clara, y en ella me he ratificado al preparar estas cuartillas: los novelistas anteriores y posteriores á Cervantes, son narradores de sucesos personales, y la novela, por lo general, se reduce á

(1) *Don Quijote,* parte 1.ª, cap. XXIX, tit. 3.º, pág. 29.—Edición de la Real Academia.—Madrid, 1787.

un monólogo ó autobiografía en la que el autor se mira mucho por dentro y apenas fija la atención en lo que le rodea. El medio no tiene más importancia, en la novela antigua, que la indumentaria y la escena en las representaciones teatrales de la misma época. En las obras de Cervantes alterna el monólogo grave y levantado con el diálogo fácil y gracioso, y el medio, en su acepción más extensa, juega papel principal en la novela. Por esta razón, ahora oportunísima, he de componer este trabajo, mirando la higiene de los españoles del siglo de Don Quijote á través de su historia.

II

Es el alimento lo primero que un hombre debe procurar para conservar su vida, porque como decía Sancho, *tripas llevan pies, que no pies tripas;* pero siendo el alimento combustible de donde saca fuerza para su trabajo la máquina humana, sucede á los hombres lo que vemos en las máquinas de vapor, que las hay dispendiosas y económicas.

Precisamente nos brindan Don Quijote y Sancho, con sus personas, sendos ejemplos de los dos tipos de fábrica; el caballero rinde mucho trabajo con poco alimento y el escudero es comilón cuanto flojo y blando. Así lo declaran las estructuras del hidalgo y del villano que acabáis de oir, descritas con gracia

y elocuencia por mi querido compañero D. Federico Olóriz, y á mayor abundamiento, la historia de los dos primeros personajes de la gran novela. Mas, limitándome por ahora á la alimentación del caballero y del escudero, hemos de tomar la de Don Quijote, antes de que diese en la manía andantesca, como la ordinaria de los hidalgos acomodados de su tiempo, y la de Sancho, también como medida de la ración alimenticia de los trabajadores del campo.

Por lo que hace á los hidalgos, no todos comían como Don Quijote, «una olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas el viernes y algún palomino de añadidura los domingos»; los había como aquel á quien sirvió Lazarillo, en Toledo, que por toda provisión bucólica tenía un cántaro de agua (1); y sin añadir los ejemplos que nos brindan las obras de Mateo Alemán (2), Vicente Espinel (3), Quevedo (4) y Calderón (5), el propio Cervantes nos pinta, á lo Velázquez, la vida del hidalgo pobre: «miserable del bien nacido que va dando pistos á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle después de no

(1) Hurtado de Mendoza, *Lazarillo de Tormes*, tratado III.
(2) Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, parte 2.ª, libro III, cap. IV.
(3) Vicente Espinel, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, parte 1.ª, descanso VIII; parte 2.ª, descanso VIII.
(4) Quevedo *Vida del gran tacaño*, cap. III.
(5) Calderón, *El Alcalde de Zalamea*.

haber comido cosa que le obligue á limpiárselos: miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo y la hambre de su estómago» (1). Esta pintura es del natural y no de experiencia ajena, sino propia; porque, ¿quién mejor para describir apuros que el propio *Manco sano*, cesante en Sevilla y obligado, para hallar el sustento, á operaciones financieras tan complicadas como comprar al fiado y con fiador vituallas que luego vendía á los mestres de los barcos? (2).

El hidalgo mal comido vive aún entre nosotros y se titula D. Fulano de Tal, empleado, ó D. Mengano de Cual, rentista de más familia que caudal.

Volviendo á la económica condición de Don Quijote, diré que sobran en su historia argumentos para demostrarlo. Queda descrita la comida de ordinario, cuando el hidalgo, *de complexión recia, era madrugador y amigo de la caza*, sin que se note variación en los platos, cuando enfrascado en la lectura de los libros de caballería, se pasaba las noches *de claro en claro y los días de turbio en turbio*; luego, en el ejercicio de caballero andante, pásase los días sin comer, y cuando come, la ración es corta y los alimentos de

(1) *Don Quijote*, parte 2.ª, cap. XLIV, tomo V, pág 243.

(2) F. Rodríguez Marín, *El Loaisa del celoso extremeño*. Sevilla, 1901, páginas 20 y 21.

poca substancia. Recuérdese *el mal remojado y peor cocido bacallao y un pan tan negro como sus armas*, que le sirvieron un viernes en la primera venta; *la cebolla, el poco de queso y los mendrugos de pan* que comió después de la batalla con el vizcaíno; la cena con los cabreros; y para formar contraste con ellas, pone Cervantes las comidas en casa de D. Diego de Miranda, en la de los Duques y las bodas del rico Camacho. En parte alguna de su historia consta que Don Quijote se hartase, y sí se alude, por el contrario, á su sobriedad, que él aconseja terminantemente á Sancho, cuando, antes de partirse á la ínsula Barataria, le dice: «come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago». Y sin embargo, y á pesar de los saludables efectos que Don Quijote atribuye á la sobriedad, es posible que la insuficiente alimentación influyera en su locura. De esta opinión mía participaron el cura y el barbero, cuando, vuelto el hidalgo de su segunda salida, encargaron á su sobrina y á su ama «que tuviesen cuenta con regalarle, dándole á comer cosas confortativas y apropiadas para el corazón y el celebro, de donde procedía, según buen discurso, toda su mala ventura» (1). También convenía en lo mismo aquel licenciado de la casa de Orates, de Sevilla, cuando al despedirse de su compañero de ma-

(1) *Don Quijote*, parte 2.ª, cap. I, tomo IV, pág. 1.

nicomio le prometía enviarle regalos, «que coma y cómalos en todo caso (añadía), que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los celebros llenos de aire» (1).

De opinión contraria, para imparcialmente citarlas todas, era aquel otro loco, arbitrista acogido en el hospital de la Resurrección, de Valladolid, que no sólo creía sana la dieta sino que la recomendaba como arbitrio extraordinario para llenar las arcas del Tesoro real (2). Como médico higienista, con el Licenciado sevillano comulgo, y si no cargo á la cuenta de la falta de nutrición la decadencia del siglo XVI, le atribuyo, cuando menos, el desmedro físico y la cortedad de la vida media, en los siglos posteriores.

Sancho era un jornalero acomodado, que probablemente tenía casa propia, y de seguro pegujar y asno, que valía dos veces más que el rocín de su amo: cierto que, magüer glotón, había de ser sobrio de por fuerza, mientras comía por cuenta de su Señor, corriendo con él sus aventuras: pero, de ordinario, su alimentación era relativamente mejor que la de los hidalgos pobres. En la casa de Sancho había gallinas

---

(1) *Don Quijote*, parte 2.ª, cap. I, tomo IV pág. 11.
(2) Cervantes, *Coloquio de los perros*.

y tocino (1), y cuando servía de jornalero, nunca le faltaba olla para cenar (2).

Su coterráneo, el fingido escudero del Caballero del Bosque, atiende lo mejor que puede al gobierno de la tripa, y valga de ejemplo aquella *empanada de media vara* que cenó con Sancho. Entonces, como ahora, los jornaleros del campo comían cuando había de qué y dormían á pierna suelta, ajenos á toda preocupación: de donde se saca, que tampoco ha cambiado mucho la alimentación de los agrícolas en el transcurso de tres siglos.

La nobleza y el alto clero no pueden servir de medida á la higiene alimenticia de cualquier tiempo, porque su situación es siempre excepcional. Pero cuando el clérigo no se acogía á la regla y refectorio de un convento ú ocupaba un curato, aunque fuera de lugar tan corto de vecindario como el de Don Quijote, ó, en fin, entraba de capellán en casa de un magnate, pasaban tanta hambre como los hidalgos: declaren por mí, en este punto, el amo clérigo de Lazarillo (3) ó el Licenciado Cabra del *Gran Tacaño* (4). Y no hay que hablar de los apuros que pasaban los estudiantes, jamás libres de hambre y sarna (5), y los soldados que, á truque de la hartura

(1) *Don Quijote*, parte 2.ª, cap. L, tomo V, pág 9.
(2) *Don Quijote*, parte 2.ª, cap XXVIII. tomo V, pág 61.
(3) Hurtado de Mendoza, *Lazarillo de Tormes*, tratado II.
(4) Quevedo, *Vida del gran tacaño*.
(5) Cervantes, *Coloquio de los perros*.

en el saco de plazas ricas ó en la conquista de los ricos Estados, pasaban muchas necesidades con el retraso de pagas y bastimentos.

Todos los personajes de las novelas de Cervantes muéstranse templados en el beber, y para ellos el vino es tono en el estómago, alimento en la sangre, calor en el cuerpo y alegría en el espíritu: y así, beben y se alegran los cabreros, los escuderos y los pseudo-peregrinos que acompañan al morisco Ricote; pero jamás se propasan á la borrachera, ni la intoxicación por el alcohol figura en ninguna de las páginas que escribió el Regocijo de las Musas. Y no sería porque dejase de tratar pícaros, jaques, rufos, alguaciles y gentes de mal vivir, sino por delicadeza natural: ni él cayó en la picardía, como otros hidalgos, ni afrentó su pluma describiendo el vicio que hace caer más baja la dignidad humana.

III

El hombre empobrece y corrompe el aire de la habitación en que vive, lleva sobre la superficie de su cuerpo y en sus cavidades naturales parásitos que pueden trocarse de amigos en adversos, y presta con su excreta materia orgánica que puede servir de base y sustento á cualquier especie microbiana infectante. Por estas razones, afectan mucho á la higiene la

ventilación, la limpieza de la vivienda, el aseo del cuerpo y la muda y policía de los vestidos.

Cervantes amaba la limpieza, quizá porque fueron limpias y hacendosas las mujeres de su casa, madre, esposa, hermanas (1), hija y sobrina, y también por dar en esto su carácter una prueba de buen gusto. Del ejemplo extraño no es probable que naciera su amor á la pulcritud, pues ni lo daban las costumbres de la época, ni la más de la gente que trató, ni los países por donde discurrió su vida (España, Portugal, Italia y Argel) daban de sí ejemplos saludables de policía pública ó privada.

También es probable que la suciedad de las ventas y posadas de Castilla y Andalucía, y las cárceles de Castro del Río, Valladolid y Sevilla, *en donde toda incomodidad tiene su asiento*, exaltaran, por el contraste, su afición á la limpieza, afición que se revela en muchos pasajes del Don Quijote. «Sácame de este peligro, rogaba á Sancho desde la carreta que le conducía encantado; *sácame, que no anda todo muy limpio*»: luego, entre los sanos consejos que le daba, viéndole gobernador electo de la ínsula Barataria, figura éste en primer término: *lo primero que te encargo es que seas limpio y que te cortes las uñas.* Pu-

(1) Así se presume, al menos, de Doña Andrea —F. Navarro Ledesma, *Vida del ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*, páginas 60 y 61.

pilo de los Duques, se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policía, sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía.

Pero éstos no eran más que anhelos por un mundo mejor: había que volver á la realidad, y el Príncipe de los Ingenios vuelve á ella describiéndonos las estrechas, lóbregas y sucias ventas, que Don Quijote toma por castillos; el descuido de las *traídas y llevadas*, que el caballero cree doncellas; el desaseo de la mal oliente Maritornes; los eructos aliáceos de la labradora que Sancho convierte en Dulcinea encantada, y los pecados contra la pulcritud que á cada paso comete el escudero. Y ¿qué más? el propio Don Quijote, que pondera y aconseja la limpieza como la ponderara y aconsejara el propio Cervantes, decae en la realidad, y se nos presenta mugriento en la ropa, roñoso en las armas y falto de limpieza en su cuerpo. Esto último lo testifican los que acuden al camaranchón de la venta, atraídos por Sancho y por el estruendo que movió su amo en la batalla con los cueros de vino. Salvo el remojo, involuntario, en el Ebro, cuando la aventura del barco encantado, no consta en todo el curso de su historia que Don Quijote se lavase más de dos veces: una, y no completamente, en casa de D. Diego de Miranda; «con cinco calderos ó seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se lavó la cabeza y

el rostro, y todavía quedó el agua de color de suero» que habían sudado los *negros* requesones que Sancho le había puesto en la celada. Se presume que el héroe manchego debía lavarse á diario en casa de los Duques: pero de un modo expreso no se habla más que del lavado semiburlesco que llevaron á cabo las doncellas, y del agua que se daba á las manos después de alzados los manteles.

También se lava los pies en un arroyo y se peina después la hermosísima Dorotea, tan pulcra de suyo, que aquéllos parecían *dos pedazos de blanco cristal.* Altisidora, á pesar de no estar muy sana y tener *un cierto aliento cansado*, prueba su amor á la limpieza con estas palabras que dirige al escudero: «dispón desde hoy más, amigo Sancho, de seis camisas mías que te mando, para que hagas otras seis para ti, y si no son todas sanas, á lo menos son todas limpias»: la Duquesa, no sólo atendía con aguas y cosméticos al cuidado de su persona, sino que procuraba mantener su lozanía con dos fuentes en las piernas, que tan caras pagaron Doña Rodríguez por delatarlas y Don Quijote por oir la delación. Y, en fin, la hija de la asendereada dueña *es más limpia que el agua que corre.* De los demás personajes no hay que hablar en punto á limpieza, pues ni siquiera intentan lavarse las damas y los caballeros que se reunen en la segunda venta. Y ¿cómo podían hacerlo, si todas las mujeres, desde la princesa Micomicona

hasta Maritornes, tienen que acogerse al camaranchón de Don Quijote, mientras que todos los hombres, caballeros ó villanos, se acomodan en la única pieza que sirve de zaguán, de salón, de cocina y de comedor á la venta? Sancho imagina á Dulcinea como buena y hacendosa labradora, aechando trigo y exhalando *un olorcillo algo hombruno*, y debía *de ser que ella con el mucho exercicio estaba sudada y algo correosa.*

Si de las personas pasamos á las habitaciones, perderemos en el cambio, y valga como muestra la venta en donde servía Maritornes. Esta mala posada, era, sin embargo, mejor que aquella otra en la que fué armado caballero Don Quijote, pues en la primera no había lecho, y en la última pudo el huésped disponer uno que, magüer *duro, estrecho, apocado y fementido,* permitió la posición supina y un punto de reposo al dolorido caballero: esta *maldita cama* se aderezó en un camaranchón que sirvió de alcoba también á Sancho y al arriero, y que alojó más tarde á Dorotea, Lucinda, Zoraida y Doña Clara. No se menciona el ajuar de la venta más que para zaherir la cama: el colchón, *sutil y lleno de bodoques*; las sábanas, *de cuero de adarga*, y *la frazada*, cuyos hilos, *si se quisieran contar, no se perdiera uno de la cuenta*; nada de muebles, vajilla, lavamanos y vasos necesarios; pero se hace constar que en toda la venta no había ventana alguna y sí un agujero por donde la

Maritornes y su ama jugaron burla cruel al confiado andante.

No se tome á exagerada esta descripción, porque aún podemos encontrar entre nosotros posadas como las que padeció Cervantes. Si queréis certificaros *á vista de ojos*, no tenéis más que visitar el Mesón del Sevillano en Toledo, *bajando por la sangre de Cristo.* La posada es la misma, sólo ha cambiado el trato y la clientela: hoy la forman cosarios, vendedores ambulantes, sacamuelas de plaza, mesa y campanilla, y pardillos de los pueblos de la provincia que vienen á dirimir sus asuntos á la capital; en los tiempos de *La ilustre fregona*, era la posada del Sevillano una *de las mejores y más frecuentadas* que había en Toledo, y tan bien se trataba en ella á los pupilos, que hasta se ponían sábanas limpias en las camas de los que se recomendaban por su bolsa ó calidad, y había plata para su servicio y á la custodia de Constancica. Esto no obstante, había dos mozas gallegas á la orden de otra, la Argüello, cuarentona, con los dientes postizos y la cara embadurnada de albayalde; pero fáciles las tres y amorosas, de añadidura, por más que fuera ésta la primera petición que hicieran á sus amantes: «que no les habían de pedir celos por cosas que les viesen hacer de sus personas, porque mal pueden regalar las mozas á los de dentro si no hacen tributarios á los de fuera de casa» (1).

Pues si de las ventas y posadas pasamos á las ha-

bitaciones privadas de los villanos, de los hidalgos y aun de los caballeros y magnates, también habría mucho que decir en materia de higiene ó, mejor dicho, de la falta de toda comodidad, limpieza, luz y ventilación. En Sigüenza, en Segovia, en Ávila, y sobre todo en la región cantábrica, se mantienen de pie, desafiando los siglos, casas señoriles que, como ya dije en otra ocasión, parecen castillos por fuera y tristes prisiones por dentro. La gente menesterosa y el proletariado de los campos y de las ciudades aún habitan silos, cuevas, chozas ó habitaciones que sólo tienen la puerta para comunicarse con el sol y con la atmósfera. ¿Qué tienen que pedir las casas del barrio de las Injurias, en Madrid, á los mesones descritos por Mateo Alemán (2) y por Cervantes?

IV

Del acertado y proporcional ejercicio de las funciones dependen la salud y la mayor utilidad de la vida; por el contrario, cuando un sistema se impone, con mengua de los demás, el desequilibrio corta los vuelos á la producción de la industria humana y prepara la degeneración en la descendencia.

Documentos y pruebas tenemos para calificar de

(1) Cervantes, *La ilustre fregona*.
(2) Mateo Alemán, *Guzmán de Alfarache*, páginas 196, 202 y 219.

nervioso, como el de Don Quijote, el temperamento de los directores de la sociedad española, en la segunda mitad de la décimosexta centuria.

La causa hay que buscarla en los ascendientes que llevaron á cabo las guerras y conquistas del siglo anterior; los adalides de la vega de Granada, los capitanes de Gonzalo de Córdoba y los conquistadores de América, debieron ser y fueron de temperamento atlético, como lo indica la historia del buen García de Paredes, que puede tomarse por tipo del vigor muscular de aquella generación.

Estas empresas despoblaron la nación, y creados los ejércitos y los hábitos marciales, vino la guerra de los Países Bajos en el siglo XVI á concluir con el rigor de nuestra raza. Las noticias que llegaban de la guerra abultadas por la distancia, daban pasto á la imaginación y acicate á los nervios; con todo lo cual, nuestra gente consumía los músculos y la sangre y les quedaba aquella nerviosidad, fuego de un día y degeneración de muchas generaciones. Véanse, en corroboración de lo que digo, los caballeros que el Greco retrató alrededor del cuerpo muerto del Señor de Orgaz, y los príncipes y personajes que nos legaron los pinceles de Pantoja de la Cruz y de Sánchez Coello: todos ellos convienen en las caras pálidas y afiladas, mirar ascético ó soñador, cuerpo entre dos extremos, por lo que hace á la estatura y flaco en lo que dice á la carne. Aquéllos señores, ner-

viosos y magros, eran capaces de grandes empresas, y vencieron en Lepanto, en las Terceras, en Amberes y en San Quintín.

Apenas había pasado medio siglo, cuando el gran Velázquez nos retrata los hijos y nietos de los caballeros del Greco con todos los estigmas de la decadencia; la grasa borra las oquedades y ángulos; pero debajo de ella no hay músculos, y la piel que la cubre es fina, á veces sonrosada, á veces pálida; la sangre, vista á su través, parece violácea; las mucosas hinchadas hacen irrupción por los ojos, por la nariz y por los labios; el mirar es apagado y las actitudes débiles ó resignadas. No se necesita ser médico para hacer el diagnóstico de los retratados por Velázquez: son linfáticos.

La higiene del ejercicio muscular hay que estudiarla en las personas acomodadas que pueden satisfacerla ó contravenirla á su talante, y también en las que, por su profesión, llevan vida sedentaria forzosa.

Entre las primeras se destacan, como ejemplos característicos, en el libro inmortal, D. Alonso de Quijano y Dorotea.

El hidalgo manchego está ocioso la mayor parte del año, y ni la caza, ni el trato con los amigos del lugar, logran sacarle de un muy probable aburrimiento. Quizá por esto se dió á leer libros de caballería, que tal le pusieron.

El amo escudero que tuvo Lazarillo y cuya pobre-

za hemos comentado, aún estaba más ocioso que Alonso Quijano, en el sentido de labor útil, que por lo demás, este pobrete papaba el viento y azotaba las calles de la imperial Toledo, desde la mañana hasta la noche.

Aún recuerdo á los señores de un pueblo andaluz, en donde pasé parte de mi niñez, y les veo tomando el sol en el invierno, ó el fresco en el estío, comentando las cosas públicas, contando cuentos y sucesos, y jugando en el casino ó en la rebotica al tresillo, al ajedrez, á las damas ó á otros juegos menos inocentes. Estos señores son hijos de aquellos hidalgos que se pasaban la vida murmurando de los gobernantes y comentando noticias en las gradas y corrales de Sevilla, en los mentideros de Valladolid y Madrid; y nietos de los ciudadanos romanos que, departiendo en los pórticos y baños, no tenían más renta que las dádivas de los Emperadores.

Las mujeres de la clase media, hijas ó madres de familia, llevaban, y llevan aún, vida laboriosa, porque como decía Sancho: «las doncellas ocupadas, más ponen sus pensamientos en acabar sus tareas que en pensar en sus amores». Pero la labor es casera, y las mujeres, sobre todo en Andalucía, salvo á misa, no salen á la calle tres veces en el año. He aquí cómo describía Dorotea, que era andaluza, la vida que hacía en casa de sus padres: «Es, pues, el caso, que pasando mi vida en tantas ocupaciones y

en un encerramiento tal, que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista, á mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa» (1).

Dilataría este ya largo discurso si extendiera las consideraciones á otras clases sociales; pero me limito, en conclusión, y aunque parezca inmodesta la cita, á referir las impresiones que me causó la lectura del *Ingenioso Hidalgo* cuando, muy niño, me soltaba á leer en sus páginas. Maravillábame el héroe por lo que se salía su historia de los términos ordinarios, y mi admiración era tanto mayor, cuanto el mundo en que se desarrollaba la acción era, poco más ó menos, el mismo en que yo me movía.

He dicho

---

(1) *Don Quijote*, parte primera, cap. XXVIII. pág. 11.

Discurso del Doctor Lázaro

No por mi espontáneo deseo, sino por virtud de una amable y honrosa invitación, que debo considerar como imperioso deber, véome obligado á tomar parte en esta solemnidad, dando una nota que sirva al menos para contrastar el valor de las tan armónicas como oportunas con que las clases médicas justifican una vez más su bien ganada fama de cultura é ilustración.

Parecíame, al aceptar este encargo, que con tiempo y trabajo podría encontrar acaso algún pensamiento digno de tal ocasión, sobre un tema tan sugestivo como el de las nociones histórico-naturales que pudieran contener las obras de Cervantes y las de otros autores de su tiempo.

Guiado por tales esperanzas, recorrí una vez más el campo tan extenso y ameno de las obras de la época cervantina, y, aparte del goce inefable que tales lecturas procurarán siempre al espíritu de cuantos aman la cultura, en la propia medida en que avanzaba en mi recorrido, se apoderaba de mi ánimo una

sensación de legítimo temor, al no encontrar en las obras examinadas pensamientos claros y definidos que á mi objeto pudieran referirse.

¿Cómo es posible que, aun ciñéndonos á Cervantes, que en una sola de sus obras acumuló riqueza tal de ideas, que la crítica de tres siglos no ha podido aún agotarlas, no se hallen indicaciones referentes á la naturaleza para inspirar, no ya una breve nota, sino aun toda una obra extensa y profunda? Y sin embargo, los que sentimos respeto religioso por los hechos y no somos capaces de sobreponer á éstos nuestros propósitos é intenciones, habremos de rendirnos ante la realidad.

El príncipe de nuestros hablistas pinta con tal verdad lo humano, hallamos en sus obras una realidad tan fiel al bosquejar los caracteres y al narrar la acción, que los escritores más realistas de los tiempos modernos no han podido jamás excederle. Al leerlas sentimos la sensación de que sus personajes se mueven y hablan ante nosotros, percibimos el movimiento y la acción como si presentes estuviesen, penetramos en su pensar y le seguimos con tan viva atención como la que podría despertarse en nuestra mente al seguir el curso de las ideas de un claro expositor, que, vivo ante nosotros, nos sugestionase con la perfección de sus formas expositivas vestidas con los más seductores ropajes de la elocuencia.

Formando vivo contraste con esta naturalidad,

que actúa sobre el ánimo con igual fuerza que la que nos impone la contemplación de la vida misma, notamos la sobriedad con que de tarde en tarde, y en forma siempre escueta y brevísima, se alude á la naturaleza del medio en que la acción se desenvuelve.

¡Cuán diversos son los procedimientos de los novelistas del siglo de oro de nuestra literatura y los puestos en uso por los de nuestros tiempos! Aquéllos dicen sobriamente, como Cervantes, «se entraron por una parte de Sierra Morena, que allí junto estaba» (1), ó, para indicarnos la primera hora de la mañana, «apenas habían los rayos del dorado Febo comenzado á despuntar por la más baja línea de nuestro horizonte» (2), ó expresan sencillamente que «vieron el mar, hasta entonces de ellos no visto, y parecióles espaciosísimo y largo, harto más que las lagunas de Ruidera» (3). Algunas páginas llenarían los autores realistas de nuestro tiempo para la descripción de un paisaje serrano, para pintar los primeros rayos del sol naciente ó para darnos cuenta de las primeras impresiones de los habitantes de tierra adentro cuando por primera vez les es dado admirar el grandioso panorama del mar.

De este modo lacónicas y sumarias son casi to-

(1) *Don Quijote*, primera parte, cap. XIII.
(2) *La Galatea*, libro VI.
(3) *Don Quijote*, segunda parte, cap. LXI.

das las alusiones que en estas obras hallamos, y que pudieran relacionarse con nuestro asunto, aun en aquellas cuya acción tiene lugar en los campos ó en los mares. Si alguna vez trata Cervantes de bosquejar un paisaje, como ocurre en el capítulo XVI del *Persiles*, no es ciertamente el natural el que allí se describe al mencionar las guindas que parecen rubíes, las manzanas de rosa y de topacio y las peras del color del sol poniente. Trátase de una descripción fantástica, y no se muestra en ella un espíritu observador.

Y de que Cervantes lo era, en el más alto grado, testifica todo el cuerpo de su obra, por lo que más se hace notar esta su constante abstención de todo lo que sea describir un lugar ó pintar un paisaje. Con esta reserva con que sólo alguna vez y con gran sobriedad se alude al medio ambiente por la mención escueta de sitios y lugares, guardando todo el interés para los personajes, contrasta el detalle con que se describen las personas y hasta en no pocos casos su indumentaria (1).

No es fácil de concebir que quien en las aventuras de su vida tanto cambió de pueblos y países; quien recorrió gran parte de las comarcas españolas, tan ricas en contrastes y de tan vario carácter; quien

(1) Descripción, por ejemplo, del vestido de Esperanza en *La tía fingida*, ó del de Oliveria en el libro III de *La Galatea*.

anduvo por Italia, siempre tan interesante y sugestiva para los espíritus cultos, y vivió en las tierras africanas, si vida es la triste situación del cautiverio, guardase toda su atención para los hombres, las escenas y los discursos, y no dedicase una parte de su labor á consignar las impresiones que tan diversos países debieron grabar en su ánimo. Ni cabe suponer en Cervantes, ni menos en todos los autores de aquellos tiempos que con él descuellan, en la pintura de escenas y costumbres, que poseyendo un espíritu de observación tan sagaz para notar lo humano y pintarlo tan á lo vivo y con tan acentuado relieve, careciesen de aptitudes para observar el medio en que sus personajes se movían.

Esta atención al escenario en que las figuras actúan mostróse ya en varias obras clásicas de la antigüedad, en las que el medio en que la acción tuvo lugar se caracterizó en muchos casos con tal lujo de detalles que ha sido posible en algunos reconocer cuál fuera éste de modo seguro; pero esta condición, que en los tiempos modernos reaparece, y que en algunos autores llega á constituir un defecto, por la prolijidad extremada en la pintura de los lugares y por la minuciosidad de las descripciones, no la hallamos en Cervantes ni en otros autores de su tiempo ó poco posteriores. La descripción de los países y la alusión á la diversidad de climas y paisajes suele reducirse en los escritores de la época á tal cual pince-

lada suelta, mientras que el cuerpo de las obras lo forman la plática y la acción.

Lo mismo puede notarse en las obras pictóricas de aquel tiempo, y en las de la gran época de nuestra pintura. Es en ella frecuente hallar escenas y figuras admirablemente representadas cuyos fondos son bocetos descuidados y sin carácter de realidad. El fondo, para los artistas de entonces, aparece siempre como un accesorio, y en vano buscaríamos un paisaje detallado de aquellos siglos.

Hemos de creer, pues, que este sistemático descuido del fondo es un carácter de la época, no exclusivo de Cervantes ni de los autores españoles de entonces, sino de las artes todas de aquel tiempo, debido, acaso, á que no se sentía en el ambiente el influjo de las ciencias de observación.

Tal condición no debe ser atribuída, como lo han hecho algunos entendimientos limitados, á que aquellos siglos fuesen de inferioridad y de atraso, porque nuestros científicos de entonces no fueron superados por los ajenos, y nuestros literatos, y bien lo prueba el gran genio de cuya glorificación se trata, eran por lo menos tan cultos como los que más lo fuesen entre sus contemporáneos. Es que la nota de prestar menor atención á la naturaleza que al hombre es la característica de la época. El renacimiento de las ciencias naturales llegó con gran retraso respecto del de las artes y las letras. No obstante el gran

movimiento de renovación que el Renacimiento trajo consigo, no obstante el grande horizonte que para las ciencias naturales se conquistó al tomar posesión del suelo americano, aún nose adivinaba la transcendencia de estos estudios ni el desarrollo á que estaban llamados. La tradición de la observación directa de la naturaleza, en decadencia desde los buenos tiempos de Grecia, y truncada por el dilatado espacio de los tiempos medioevales, no podía resurgir al primer llamamiento, y aunque con el Renacimiento comenzara á reanimarse, no fué capaz de producir una floración expansiva y brillante como la de las artes y las letras hasta dos centurias más tarde.

Dentro de esta ley general, aplicable á todos los hombres cultos de su tiempo, no aparece Cervantes peor informado que otro alguno, ni menos en posesión que otros autores de su siglo de las nociones entonces aceptadas respecto de la naturaleza; pero esto se evidencia más que por lo que en sus obras afirma como positivo, por la carencia casi total de las absurdas consejas y falsas nociones que acerca de las propiedades de algunos animales y plantas consignan, como cosa corriente y demostrada, otros de sus contemporáneos (1). Sabe que ciertas plantas acusan la

(1) Hállase algún desliz de este género, como el referente al castor, que puede leerse en el capítulo XXI de la primera parte del *Quijote*, pero no son en él frecuentes.

proximidad de los manantiales (1); menciona varios vegetales notables, y especialmente los medicinales, y lo hace con frecuencia y oportunidad (2); conoce el *Dioscórides*, ilustrado por Laguna (3), obra que en su tiempo era de gran notoriedad, y de la cual se habían hecho cinco ediciones españolas antes del *Quijote*, sin contar la del *Dioscórides* de Ruellio, impreso en Alcalá antes del de Laguna. Era sabedor de las reglas empíricas, por las que en su tiempo los prácticos auguraban la bonanza del mar por las señales del cielo (4): las flores de la jardinería de entonces aparecen nombradas repetidas veces.

Estos datos y otros semejantes son suficientes para demostrar que Cervantes no carecía de aquellos conocimientos que un hombre culto, sin ser naturalista, pudiera y debiera conocer entonces, sin que por esto vayamos á incurrir en la tentación de tenerle por poseedor de una especial competencia en esta clase de conocimientos. No por citar con frecuencia plantas medicinales hemos de creer que Cervantes fuese un conocedor profundo de esta materia, como probablemente no lo era tampoco de algunas de las muchas especialidades que varios de sus pa-

(1) *Don Quijote*, primera parte, capítulo XX.
(2) Sólo en el *Quijote* hay cerca de un centenar de nombres de plantas.
(3) *Don Quijote*, primera parte, capítulo XVIII.
(4) *Persiles y Segismunda*, capítulo XVI.

negiristas le han atribuído. Bien prueba que no le era familiar la Botánica médica el hecho de que, á excepción del Laguna, en ninguna de sus obras citase los títulos ni los autores de la mal contada veintena de obras españolas de cierto valor que durante el siglo XVI aparecieron, y que á las plantas medicinales se refieren. Y claro es que no necesitaba esta competencia especial para ser lo que fué, y que ningún florón más tendría su corona porque le atribuyésemos forzadamente autoridad en esta materia.

Más notable es que siendo por entonces el Nuevo mundo amplio y grandioso horizonte entregado á la actividad de los hispanos, el que dió ocasión á tantos naturalistas españoles del siglo de Cervantes para inmortalizar sus nombres, estudiando por primera vez la rica naturaleza americana, no aparezca de ellos ninguna mención en la obra cervantina, donde figuran tantos otros, sin que sus méritos puedan ser comparables á los de Fernández de Oviedo, Monardes, Acosta, López de Gomara, Hernández y Martín del Barco. Verdad que el gran escritor fué siempre parco en sus alusiones á América, sin duda porque los azares de su vida no se relacionaron con las Nuevas Indias; pero de haber sido un naturalista, seguramente que en sus referencias no habría prescindido de nombres tan preclaros.

Ante tales consideraciones, no atribuiremos al gran genio una condición de que muy verosímil-

mente careció, no violentaremos la verdad, no pretenderemos aumentar el brillo de un astro tan luminoso, proyectando sobre él las linternas de los rebuscadores; que para honrar la más alta y pura gloria intelectual de España sobran razones y motivos, sin necesidad de buscar fundamentos en lo pequeño para justificar la glorificación de aquello que se impone por su propia grandeza.

Discurso del Doctor Pulido.

SEÑORES:

Abordo la exposición de mi tema, bien penetrado de que merecería con más razón vuestro agradecimiento renunciando á su lectura. Lleváis largo tiempo de sostenida atención; sobrados actuantes, todos muy superiores á mí por su saber y su elocuencia, os han recreado ya con disertaciones tan amenas cuanto de justificado mérito, y debéis sentir la inevitable fatiga que producen estas veladas, siempre de suyo monótonas, aunque las avaloren y embellezcan galas y resplandores de los ingenios en ciencia y literatura.

Y para mayor abundamiento en la razón del cansancio, á lo desproporcionado del tiempo hay que sumar lo incongruente del motivo; porque yo, ¿qué voy á deciros sobre la expulsión de los moriscos en la época del Quijote, cuando sobre este orden de relaciones solamente se me ocurre lamentar aquel largo y duro cautiverio, en el cual hubo de mostrar

muy á las claras su valor á toda prueba y la tenacidad evasiva contra repetidos fracasos, el obscuro soldado que perdió su mano izquierda el 7 de Octubre de 1571, en la famosa batalla naval donde las escuadras otomana y cristiana se disputaban el imperio del mundo, para dejar, lustros después, ganada con su derecha la más esplendente gloria que pudo concebir escritor alguno? ¿Ni qué se le puede alcanzar en esta materia á quien nunca lució puntos ni ribetes de historiador? Sin duda, el consabido y desembarazado «á propósito», debió inducir á quien, por verme enfrascado meses ha, cual nuevo Quijote, en la singular aventura de buscar hoy modos posibles de enderezar aquel grave entuerto, y desfacer el profundo agravio que hubieron de cometer los Reyes Católicos con la grey israelita, pudo suponer me hallaba capacitado para entender algo en aquel otro segundo, y no menos lamentable yerro, del desdichado Felipe III, cometido con los moriscos siglo y cuarto después de realizado el primero por sus antecesores.

Pero la expulsión de los judíos y de los moriscos es motivo asaz complejo y delicado, para que se pueda tratar de refilón en lectura que, por convenidas buenas cuentas y ajustándose fiel á su cumplimiento, no debe pasar de quince minutos; y lo es más aún para quien nunca gustó hacer con el *Quijote* otra labor que la de recrearse con su lectura y admi-

rar sus bellezas, sin atreverse á bucear en lo profundo, ni en lo superficial de su texto, para retorcer frases, aclarar enigmas, ni descubrir recónditos tesoros, solamente accesibles á los genios que pueden atreverse con la maravillosa fábula y dar quince y raya al propio Cervantes.

La expulsión de los moriscos tuvo su mayor cumplimiento entre la publicación de la primera y la segunda parte del Quijote. La orden para que abandonasen España los de los Reinos de Granada, Murcia, Andalucía y Villa de Hornachos, fué dada en Madrid el 6 de Diciembre de 1609, cuatro años después de haber visto la luz la primera edición. Meses más tarde, el 10 de Julio de 1610, se publicó en las Castillas, Extremadura y Mancha; y, según Mayans, el último edicto de expulsión se dió en 1611.

Fueron exceptuados de los primeros bandos, según Fr. Marcos de Guadalajara, los moriscos del Valle de Ricote, por estar muy emparentados y unidos con los cristianos viejos; pero, al cabo, les cogió también la misma triste suerte con fecha 19 de Octubre de 1613; y de las Villas de este paraje murciano, y de otras trece más, salieron 2.500 moriscos, exceptuando los ancianos, enfermos y niños menores de ocho años.

De la expulsión de los judíos verificada en 1492 por el terrible edicto de 31 de Marzo, se pudo decir que habia sido una de las más desdichadas torpezas

de aquel glorioso reinado de Isabel y Fernando; pero de la expulsión de los moriscos no pudo decir Gil González Dávila, en su *Teatro de las Grandezas de Madrid*, sino que fué la más grande hazaña que realizó aquel Felipe III, de tristísima memoria en la historia de España. Pues bien, uno de estos moriscos exilados del Valle de Ricote, á orillas del Segura, debió ser el vecino de Sancho Panza; ó, cuando menos, este nombre sirvió para designar al morisco, que era tendero en el propio lugar donde vivía el buen escudero del Caballero de la Triste Figura.

Cervantes, de quien no recordamos que haga alusiones á los judíos en su obra inmortal, habla frecuentemente, en cambio, de los moriscos en diferentes capítulos. De ellos trata el cautivo Fernando en su larga é interantísima relación, donde tan claramente se pinta la soberanía que ejercía el Imperio Turco en la pelvis mediterránea, y las aventuras de los distintos pueblos corsarios que entonces hacían sus fechorías en el afamado mar; y de aquéllos, es decir, de los moriscos, habla en la segunda parte, cuando huyendo Sancho Panza de las mil miserias, trabajos y cuatro mil desasosiegos que se le habían entrado por el alma, al subirse sobre las torres de la ambición y de la soberbia en la ínsula Barataria, luego de abrazar al rucio, darle un beso en la frente al enalbardarle, llenos de lágrimas los ojos, despidióse con discretísimas razones del mayordomo, el secre-

tario, el maestresala y el doctor Pedro Recio, huyó en busca de su amo, y dió por el camino con los seis peregrinos que demandaban, cantando, limosnas por campos y villas.

Habla Ricote del terror y espanto que puso en todos sus correligionarios aquel edicto, cuyo cumplimiento había de hacerse en solos treinta días, según la cédula dada en Madrid á 9 de Diciembre de 1609; plazo todavía mucho más perentorio y cruel que el de cuatro meses señalado por los Reyes Católicos á los judíos, ó sea desde 1.° de Abril á 31 de Julio de 1492. Asegura Ricote hallábase la severidad apercibida á imponer el cumplimiento de lo ordenado; reconoce la justa razón del castigo, por saber los ruines y disparatados intentos que sus correligionarios tenían, no porque todos fuesen culpados, pues había algunos cristianos firmes y verdaderos; pero eran los menos, y no hallaba bien criar la sierpe en el seno; y juzga ser la pena del destierro, si la más blanda y suave al parecer de algunos, la más terrible con verdad que se les podía dar. Expone el profundo é inextinguible llanto que el amor á España les causara, pues nunca como entonces conocieron y experimentaron ser dulce el amor de la patria. Describe la odisea de la grey proscripta á través de Francia, Italia y Alemania, país éste donde se podía vivir con más libertad, porque en su mayor parte había la de conciencia, y manifiesta su propósito de recobrar en

la tierra sagrada de sus padres el tesoro enterrado durante los días angustiosos de la partida, para recoger en Argel á su mujer y á su hija, católicas cristianas, y llevárselas á Alemania á esperar lo que Dios quisiere hacer de ellos.

Á estas noticias y razones agregó Sancho Panza, que á la mujer y al cuñado de Ricote habían quitado mucho dinero en oro y perlas que llevaban por registrar, y que la hija marchó tan hermosa que á verla partir salieron cuantos había en el pueblo. Todos decían que era la más bella criatura del mundo; iba llorando, abrazábanla y era abrazada de todas sus amigas y conocidas; á todas pedía la encomendasen á Dios y á Nuestra Señora, su Madre; y ésto hacíalo con tanto sentimiento, que muchos tuvieron deseos de esconderla, no pocos de salir á quitársela en el camino, y al propio Sancho hizo llorar, con no ser él muy llorón.

Pongamos, señores, al lado de esta descripción, aquellas breves noticias acerca del lenguaje castellano, corrompido con las intrusiones de otras muchas lenguas, de que habla D. Fernando usaban los moriscos en Argel; añádase alguna frase sobre la despoblación y los daños subsiguientes al funesto edicto, y tendremos esbozadas en brevísimas líneas las gravísimas y transcendentales cuestiones que la historia dedujo luego de aquella terrible doble amputación nacional, y las cuales hoy se alzan como inte-

resantísimos motivos de estudio ante el examen de quien aprecia el problema que para España suponen esos dos millones de israelitas españoles que se hallan dispersados por el mundo todo, quienes con su castellano más ó menos corrompido, su distinción de raza y docilidad, su belleza fisonómica, su fidelidad y amor á la tierra de sus padres, su reconocida lealtad en todas las naciones donde fueron acogidos y su prolífica multiplicación, á pesar de los grandes infortunios, atestiguan cuán bien apuntó Cervantes, hablando de los moriscos, los propios hermosos atributos de los israelitas, y con ello acertó á señalar rasgos nacionales importantísimos, elementos de riqueza, poder y esplendor hispánicos, que fueron arrojados del suelo patrio por el fanatismo, la codicia, las envidias, las malas pasiones, y la torpeza de aquellos Reyes y Consejeros de la Corona, de aquellas Juntas de Cortes, nobleza y clero que tan desdichadamente trataron sus intereses nacionales; siquiera otros motivos de orden político que no procede añadir aquí, puedan atenuar la responsabilidad de tan desastrosa conducta.

Cuenta Clemencín, en sus eruditos y afamados comentarios al *Quijote*, que las consecuencias de estas expulsiones sobrado se advertían en la despoblación del Reino, pues escritores coetáneos no hacen pasar de tres á seis millones el número de los habitantes que tenía. Ciertamente que, aunque fue-

ron muchísimos miles los israelitas y moriscos que se convirtieron al principio del éxodo, fueron no pocos los que retrocedieron aterrados ante los asesinatos, violaciones criminales, atropellos y robos que sufrían los emigrados por todas partes donde iban, inclusos los mismos barcos que los transportaban de España, cuyos patronos sentíanse dominados por la codicia y la crueldad, según contaba Jerónimo Osorio en la vida del Rey Don Manuel de Portugal, y muchísimos fueron, asimismo, los que, ya con favor de dádivas, ya con buena maña y arte, se quedaron, según escribía D. Rodrigo Calderón en 1622, es lo cierto que entre las guerras de la Reconquista, la expulsión de dos pueblos ya genuinamente españoles, el judío y el morisco, y las emigraciones aventureras al Nuevo Mundo, despoblado se vió este privilegiado suelo, el cual debiera ser uno de los que gozaran mayor densidad en la vieja Europa; y hoy mismo, con haber subido su censo desde esos tres ó seis millones de habitantes al número de veinte, hay provincias donde la relación entre la cifra de habitantes y la de kilómetros cuadrados, casi degenera en afrentosa. ¡Así trataron, durante siglos, nuestros gobiernos á la primera y más poderosa riqueza de nuestro país!

Dice Clemencín que la relación que Cervantes pone en labios de Ricote, como la que después atribuye á su hija, Antonia Félix, en el capítulo LXIII,

interesan á favor de los moriscos; y que, á pesar de ciertas expresiones y salvedades, puede sospecharse que Cervantes no era partidario de la expulsión. Quizás sea exacto este juicio, pero no resulta muy clara y demostrativa la prueba. «Nación más desdichada que prudente» llama á su patria, al comenzar la peregrina leyenda de su vida, la hermosa hija de Ricote; pero seguramente que el famoso escritor no calculó, ni pudo presentir, por el ambiente en que vivía, todo el estrago que consigo llevaba aquel fiero y tenaz propósito de sanear el reino, extirpando la cizaña de la herejía y haciendo de la unidad religiosa el único fundamento, la sola base de la unidad política. Por haber perdido los Gobiernos la cumplida noción de lo que es y debe ser un ciudadano; por haberse desnaturalizado el concepto fundamental del Estado y de la patria, y por haber hecho del creyente católico la única célula individual posible para constituir la nación, arremetieron nuestros Gobiernos, crueles y patricidas, contra los judíos en 1492; contra los mudéjares, diez años más tarde, y contra los moriscos, por último; arrojando de España, en copiosas y repetidas hemorragias, la esplendorosa fuerza intelectual, industrial, comercial y laborante que habían acumulado en su seno durante muchos siglos los expulsos.

Aquí se quedaron, entre catequistas y católicos fieros, los conversos más ó menos honrados, los

aventureros sin conciencia, los guerreantes de profesión, y un mal educado, mísero y sufrido pueblo, donde surgió ese grotesco y parasitario tipo del hidalgo, amasijo de negaciones, artificios, hipocresías y vanidades, que simbolizaba fielmente la desventurada nación que echaba de su seno el nervio, la sangre y los músculos con que habían de forjarse más tarde los grandes imperios de la actualidad, precisamente cuando mejor debía recoger el fruto de sus seculares heroismos.

Dice Marcos de Obregón al renegado morisco que iba en el galeón turco que sorprendió á él y á sus compañeros, en la deliciosa gruta de la Isla Cabrera, lo siguiente: «No tengo oficio porque en España los hidalgos no los aprenden; que más quieren padecer necesidades, ó servir, que ser oficiales; que la nobleza de las montañas fué ganada por armas y conservada con servicios hechos á los Reyes, y no se han de manchar con hacer oficios bajos; que allá con lo poco que tienen se sustentan, pasándolo lo peor que pueden, conservando las leyes de hidalguía, que es andar rotos y descosidos, con guantes y calzas atacadas.»

Ricote justifica la expulsión de los moriscos, y hasta considera que fué inspiración divina lo que movió á S. M. Felipe III á poner en efecto tan gallarda resolución. De creer es, como dice Clemencín, que este cargo no fuese una calumnia porque los moriscos de España mantuviesen corresponden-

cia con los moros de África y con los turcos; pero en estas amenazas, como en otras que pudieran imputarse á los judíos—por su abolengo y casta ya mucho más españoles y encariñados con el espíritu nacional que los moriscos—, hay que achacar grande culpa á las vejaciones, atropellos y atentados de todo género que cometían el fervor religioso y los encendidos apetitos mundanos, con todos los que incurrían en el imperdonable crimen de vivir siempre en el pecado de profesar otra religión que la católica y ser fieles á la aprendida de sus padres.

Cuando hoy se leen los juicios, condenas y horrorosos atropellos que durante siglos y siglos padecieron los desdichados perseguidos por el furor religioso y las leyes de excepción á que vivían condenados, lo primero que uno siente es la necesidad de dar gracias al Cielo por haber nacido en este siglo y á esta altura de la civilización, en los cuales la conciencia religiosa comienza á ser respetada; y después de hecho esto, el discurso más elemental pide que se comprenda, disculpe y hasta perdone se cometieran ó intentaran las más sangrientas empresas de sedición y de venganza que pudieran ofrecer los desventurados vencidos. Razón tenía aquel político, cuya opinión impugnaba Fr. Gabriel de Losada, cuando, comparando la distinta conducta que seguían los turcos con nuestros expulsados, y la sumisa y benéfica con la cual éstos correspondían don-

de eran bien acogidos y respetados, decía de los moriscos que si antes de llegar á la desesperación que les puso en el mal pensamiento de tomar las armas contra su Rey, se hubiera buscado modo para admitirlos á participar de honores, sin tenerlos en nota y señal de infamia, fuera posible que por la puerta del honor hubieran entrado al templo de la virtud y al gremio y obediencia de la Iglesia. No se puede desconocer principio tan elemental como el de que la genesis y la dinámica de la moral privada y pública tienen su perfecta y lógica correspondencia. Quien siembra viento, recoge tempestades. Porque no los hombres buenos, sino los malos; no los pueblos dignos y superiores, sino los envilecidos y degradados. son los que sufren pasivamente los atropellos injustos, se allanan á las conversiones violentas, rinden su humildad y adulación á los tiranos, olvidan los sostenidos desafueros y perdonan las injurias al honor público y privado. De la grey israelita, bien notorio fué que su saber había ocupado el más alto nivel científico, literario y docente en los califatos, amiratos y monarquías donde residían; que sus virtudes cívicas habían exaltado figuras preclaras y estadistas ilustres; que sus talentos financieros habían desenvuelto y salvado muchas veces la hacienda nacional; que sus aptitudes industriales habían creado numerosos veneros y ramos de riqueza pública; que sus disposiciones mercantiles habían cons-

tituído grandes emporios; que su sangre y sus tesoros habían acudido á los apuros de las monarquías cristianas durante la Reconquista, y que hasta sus escudos proveyeron á las carabelas con las cuales se lanzó Colón á romper el misterio que guardaba el mar tenebroso. El exceso de fervor ritual nos hizo ser ingratos y crueles con ellos, sin advertir que con nuestro pecado nos aplicábamos una terrible y desastrosa penitencia. La ofrenda que hacíamos de nuestra Nación en el altar de la unidad religiosa podía hallar grandes alabanzas en muchos espíritus y escritores nacionales; pero ya Amador de los Ríos observó que los extranjeros todos, apreciando las expulsiones bajo el aspecto social y económico, juzgaron á sus autores como príncipes inaptos para esplender y magnificar un imperio formado por el esfuerzo y el heroísmo de ocho siglos de epopeya, siempre con vista á una grandeza mundial y condenado á la pobreza en su período más crítico, porque se cegaron todas las fuentes de prosperidad, se mermó considerablemente su población y se le redujo la capacidad económica, literaria, industrial y mercantil de su raza. De esta pobreza, hasta en el mismo *Quijote* comentado tenemos una curiosa prueba, cuando, discurriendo Clemencín, en el capítulo XVI de la primera parte, sobre la naturaleza de aquel rico arriero de Arévalo, algo pariente de Cide Hamete-Benengeli, con quien tan buenas migas hiciera la

Maritornes de la famosa encantada venta, advierte el afamado erudito lo frecuente que era entre los moriscos de España la profesión de arriero. Ya las Cortes de 1592 representaban á Felipe que estos moriscos se dedicaban con preferencia á trajín y comercio de subsistencias; y, según Pellicer, uno de los manuscritos que existen en la Biblioteca de El Escorial cuenta que la expulsión de ellos, producida en los comienzos del siglo XVI, arrojó tantos miles de arrieros, que hizo encarecer extraordinariamente los portes. De esta suerte, desde el genio arbitrista y financiero que resolvía los delicados problemas del Tesoro público, hasta el modesto arriero que transportaba, dentro y fuera del Reino, las menudencias del comercio, á todos los ramos de la vida pública infería daño irreparable aquel afán de extirpar la cizaña de la herejía y arrojar los que se resistían tenaces á destruir el santuario de sus conciencias.

Perdonad, señores: al empuje natural de la materia comenzaba á tomar velocidad, y, sin querer, iba ya encarnando en un tema que no puede admitir aquí sino un simple enunciado. Pasé de la cuenta algunos minutos, y debo concluir. Séame permitido hacerlo, expresando mi más vivo deseo de que las dramáticas enseñanzas que guarda nuestra Historia nos sirvan para enderezar por más acertado camino y conducir con mejor mano los graves intereses que todavía conserva nuestra dolorida España.

Discurso del Sr. Ministro de la Gobernación.

SEÑORES:

No la rutinaria modestia. que suele encabezar todo discurso enderezado á público de doctos, con disculpas y extremosos alardes de insuficiencia, que hasta de lo insuficiente alardea con necia antítesis la humana soberbia disfrazada de virtud, sino el convencimiento exacto de mi empresa, hame de prestar disculpa, si en esta remembranza del más admirable libro que humano ingenio ha dado á luz, pongo en mis labios aquel apóstrofe del capítulo XLV de la segunda parte de *El Ingenioso Hidalgo*, invocando «al perpetuo descubridor de los antípodas, Timbrio aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música y sol, en fin, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre», para que me favorezca y alumbre la obscuridad de mi ingenio; porque yo también, al discurrir por sus puntos en la narración del gobierno del gran Sancho Panza, me siento tibio, desmalazado y confuso.

De plagiario podréis tacharme y hasta de mal traductor, que no sólo las lenguas se traducen sino también las intenciones, recursos y elegancias; y si refiriéndose á las primeras supo decir Don Quijote que el traducir es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras son llenas de hilos que las oscurecen, y no se ven con la lisura y tez de la haz, podréis, aun siguiendo el símil, acrecer la disculpa, ya que á las locuras de la andante caballería sucedieron los afanes de la política andante, y es casi refrán del Sancho, que á través de los siglos se perpetúa, atribuir á los gobernantes el don funesto de mirar y hacer mirarlo todo del revés.

Yo he procurado, sin embargo, contemplar bien á derechas las mil donosuras de la que, como dice un autor inglés, comenzó siendo breve cuento de carácter cómico, y en extensión fué creciendo hasta convertirse en una total comedia humana; y antójaseme que no anduve descaminado al fijarme en el paciente escudero, tan fiel á Don Quijote de la Mancha como á Alonso Quijano el Bueno, estudiando sus aptitudes de gobernador, tan de relieve puestas en aquel su fugaz mando de la ínsula Barataria; que ya por entonces era el poder pasajera caricia de la fortuna burlona para el que lo tomaba por granjería, y breve tormento, que por inacabable lo reputaba el deseo para el que más á gusto se sustentaba Sancho á secas

con pan y cebolla, que no gobernador con capones y perdices.

Admirables lecciones y máximas profundas despréndense á cada renglón del ingenioso manchego; mas en el punto y hora que deberes de cortesía impusiéronme el que cumpliendo estoy, vi como de relieve, y con más viveza de color y muchos más adarmes de substancia, aquellas que del gobierno de Sancho se deducen, así como de todas las consecuencias que tuvo la donosísima burla de los Duques.

Los consejos de su amo, nutridos todos del idealismo, que es esencia de nuestra raza; aquella voluntaria falta de memoria que mostró para lo que él llamaba *badulaques*, *enredos* y *revoltillos*, el sencillo bagaje que llevó á la Barataria y lo maravilloso de su poder para conducirse en el gobierno, en forma tal, que supo hacer pasar á la sagacidad por sabiduría y al buen sentir por honda ciencia psicológica, bien deben hacer mella profunda en mi ánimo, que con el cuidado y gobierno de cuarenta y nueve ínsulas, si aún me quedare tiempo para *rascarme la cabeza* y *cortarme las uñas*, pueden entrarme resquemores de si no cumpliré mi mandato como Sancho, que á tales refinamientos no alcanzó.

Así se lo comunica á su amo en primorosa carta; y aunque las frases, como muy propias de un rústico, quizá para algunos aparezcan tocadas de un zafio naturalismo, no es necesario estar muy en el secreto

de los símbolos para vislumbrar en ellas todo el sano interés y decidido propósito que el gobernador ponía en sus menesteres de tal, primera condición del gobernante celoso, que ha de tomar los asuntos de su república con amor insuperable y afán tan decidido de servirla, que sacrifique sus privados negocios á los ajenos puestos á su amparo.

De aquí provino que, aunándose á la voluntad el juicio y al buen querer la astucia, llegase Sancho á ser causa de asombro por lo acertado de sus fallos y lo discreto de sus recursos, lo mismo al entregar al gemidor acreedor la cañaheja llena de escudos de oro, que al poner á prueba la fuerza de la desconsolada hembra, más corajuda y poderosa para defender la bolsa que no su cuerpo, sin que turbaran su ánimo ni los juramentos del uno ni las voces de la otra, porque con natural perspicacia sabía distinguir el sentimiento sincero del artificioso, y escudriñar, sin otras luces que las naturales de su ingenio, los oscuros senos en donde la intriga acostumbra á tener sus madrigueras.

Descubrirla y castigarla, todo era en Sancho una cosa misma; dote también excelentísima del que há por obligación perseguir el delito y restablecer el trastornado imperio de las leyes, haciéndolo sin contemplaciones ni otro guía que el estricto deber de la conciencia; pues no estriban tanto las dificultades del gobernar en los enredos de la ajena malicia, cuanto

en la red que á las propias debilidades tiende el miramiento, la ambición y el compadrazgo. Leo aquel pasaje á que antes me refería, el de los dos ancianos, con báculo uno, otro sin él, que vienen á dirimir sus cuentas ante el nuevo gobernador, y al llegar al fin de tan ejemplar episodio, cuyos detalles omito por estar seguramente en vuestra memoria, pienso, como sin duda pensáis todos vosotros, que muchos entuertos se enderezarían, y hasta más famosas aventuras con más barniz de encantamiento que de moralidad se deshicieran, con sólo el expediente de pasar la cañaheja de unas manos á otras manos.

Y al llegar aquí se me ocurre, no sé si algo contagiado de quijotesco afán, pues con haberlo abatido tanto el literario acontecimiento que celebramos no se extinguió del todo entre nosotros, romper una lanza contra los que así se aferran á la idea de tener á Sancho por figura grotesca y tan risible como lo fué para aquellos que interrumpieron el último sueño de su gobierno, que á la postre, estos mismos, tras de reir los apuros del escudero, quedaron admirados así de sus razones como de su determinación tan resoluta y tan discreta.

Extraña mezcla de palurda sencillez y extraordinario natural despejo topamos en la sátira que ha sido, es y será una maravilla de los siglos. Escrito con soberana inspiración el *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* en época de exhaltado idealis-

mo, para remediarlo del mal que á tantos hacía, como dijo un ilustre compatriota, levantar los pies del polvo escondiendo la cabeza en las nubes, la vigorosa fuerza del contraste tenía que adelgazar los perfiles del loco andante y cargar de color á su escudero; mas con tal arte se combinaron los pinceles y con estudio tal de los efectos del tiempo, que cada día viésemos mejor en el cuadro sin borrarse la sublimidad del tipo de Don Quijote, encarnación de lo romántico, lo sesudo y amable de Sancho, encarnación del espíritu práctico que hoy enaltecemos, al cabo de leyendas no sólo escritas, sino vividas y aguantadas con la noble mansedumbre con que aquél aguantó las infinitas cuchilladas sobre sus paveses.

«No son estas burlas para dos veces», dijo el buen gobernador cuando pasado el susto dábale el doctor Recio permiso para calmar su hambre con comida abundante, y hasta en esa frase escapada al despertar de una conciencia á quien el desastre avivó, encontramos enseñanza no marchitada por el correr de las centurias, y siempre provechosa y siempre bella con la eterna belleza y perdurable utilidad del ejemplo beneficioso y admirable.

Así fué Sancho, tal nos lo ha descrito la gloria más genial de nuestra literatura; modelo del gobernante celoso, tipo del hombre práctico, avisado observador, alma sencilla que no tuvo para gobernar otras armas que las de su excelente juicio y volun-

tad perseverante, desembarazándose con arrogancia simpática y exenta de vanidad de consejos que hoy llamaríamos instrucciones, acostumbrados tópicos que la hinchazón de arriba modela en la vaguedad, y que sirven para vestir la delgadez de abajo cuando tropieza con las asperezas y las novedades que la realidad impone.

Sencillo en su rusticidad, que así empapó su espíritu en las miserias de la vida; jamás desvanecido ni olvidadizo de su condición modesta, bien merece este homenaje al estudiarle en su gobierno y considerar aquella llaneza y buen sentido con que rechaza el *don* en el Juzgado; provechosa lección de un espíritu sereno, no alterado por las mundanas vanidades, y que para sí quisieran otros, ni tan obligados por la ignorancia, ni tan sorprendidos por la fortuna, que fácilmente olvidan la posesión de sí mismos.

La tentación es poderosa é impúlsame á convertir en detenido estudio lo que sólo debe ser ligero apuntamiento de datos y acaecimientos, ricos todos en jugo, que exprimido por mano más avezada á ello que la mía, destilarían sabrosas mieles; pero ni vuestro paladar está de ellas necesitado, ni yo sabría producirlas, ni tampoco se aparta de la memoria para detener mis impulsos aquel sabio refrán del buen Sancho: «no hay mejor palabra que la que queda en el cuerpo»; advertimiento siempre oportuno, pero de evidente actualidad en los días que corre-

mos, así para gobernantes como para gobernados; que más ganaran los pueblos y aun se ahorraran las conciencias grandes arrepentimientos, si en vez de pugilatos de verbosidad se educaran los espíritus en una prudente y saludable discreción.

Abusé de vuestra paciencia, y cumplido con más amor que fortuna y más devoción que tiempo el encargo de asociarme á vuestra fiesta académica en nombre del Gobierno de S. M., que no podía menos de coadyuvar con el más íntimo entusiasmo á la celebración de un Centenario que nos enaltece á los ojos del mundo civilizado, sólo me resta daros las gracias por vuestra atención cariñosa y repetiros en veras las palabras que en la famosa aventura de la Dolorida dirigió el Duque á la Condesa Trifaldi, esto es: «Que sois merecedores de toda la nata de la cortesía y de toda la flor de las bien criadas ceremonias.»

He dicho.

MEMORIAS

Las Memorias que la Comisión ha acordado que sean publicadas, son las siguientes:

1.ª «Algunas intuiciones de Cervantes», por D. Eduardo Sánchez Rubio, miembro de la Real Academia de Medicina.

2.ª «La locura de Don Quijote», por D. Ricardo Royo Villanova, Catedrático de Medicina de Zaragoza.

3.ª «Las Ciencias médicas en tiempo de Miguel de Cervantes Saavedra», por D. Antonio Correa Fernández, Doctor en Medicina (residente en Lugo).

4.ª «Don Quijote considerado como símbolo de la asociación del Genio y la Locura», por D. Rafael de San Millán y Alonso, Doctor en Medicina (residente en Madrid).

5.ª Consideraciones médicas sobre la «Condición y ejercicio del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha», por D. Tomás Megía y Alfonso, Doctor en Medicina y Médico titular (residente en Estremera, provincia de Madrid).

6.ª Algunos datos acerca de Juan de la Cuesta, impresor de la primera edición del *Quijote*, y algunas palabras acerca de este libro, por D. Ildefonso Rodríguez, Catedrático de Medicina de Madrid.

Memoria del Doctor Sánchez y Rubio.

Algunas intuiciones de Cervantes.

«¡Á buena hora Centenarios del *Quijote*, después de haber dejado vivir y morir olvidado en una guardilla al pobre autor de tan gran libro!», dirán tal vez algunos de los contempladores de la especie de apoteosis que el mundo civilizado dedica hoy á escritor tan estupendo. Y aún podrá ser que haya todavía quien añada: «Más valiera que en lugar de tantos millones de personas como ensalzan á tres siglos de distancia el mérito de Cervantes, hubiese llamado á la humilde puerta de éste uno solo de sus contemporáneos, vivo y efectivo, y le hubiera hecho oir éstas ó parecidas palabras: «*Vengo á ti, en nombre de las Edades, para proclamarte el primero de los Ingenios y asegurarte la admiración y el aplauso de la humanidad hasta la consumación de los siglos. Y guárdate ese capitalito, para que nunca tengas que trabajar de otra manera que escribiendo lo que te venga en gana*».

Pero, ¿es verdad que el autor del *Quijote*, de ese libro que hizo decir al gran poeta inglés Byron que *valía la pena de aprender el español sólo por leerle*, no contó con apoyo alguno de su tiempo; que sus compatriotas y demás de aquella época no tuvieron para él sino la estúpida y aplanadora indiferencia de que habla la tradición legendaria? Desmentido está plenamente por el mismo Cervantes este error, en varios pasajes de su inmortal invención, y con particularidad al comienzo de su Segunda parte, en donde habla de los *doce mil ó más libros* que de la primera se habían ya dado á la estampa en Portugal, Barcelona y Valencia, además de Madrid, y de que era fama estarse preparando otra impresión en Amberes, como así era lo cierto. Pero más adelante eleva no menos que á *treinta mil* los ejemplares que de la *Historia de Don Quijote* corrían impresos á la sazón, dentro y fuera de España; añadiendo llevar camino de *imprimirse treinta mil veces de millares*, no sin haber ya dicho antes que se le *traslucía que no había de haber nación ni lengua donde no se tradujera;* que es prueba suficientísima, por insuperable, para demostrar que Cervantes no padeció el mal de abandono que suele correr tan acreditado entre las gentes, y que si no fué pagado su trabajo como el de los criadores de cerdos ó productores y tratantes de cualesquiera otros alimentos corporales que presentan su hacienda en los mercados, sí halló en el del espíritu

acogida proporcionada á su mérito; puesto que consiguió ser atendido y escuchado cual ningún otro lo había sido jamás, en términos de abrir los horizontes á su dón de adivinación en la medida transcrita; que de no ser la correspondiente al Genio,—una vez más patentizado con esto—, tendría que ser la del badulaque, de que Cervantes se hallaba tan lejano.

No es de negar, por desgracia, la superioridad pecuniaria que el alimentador del cuerpo obtenía tres siglos há, y sigue obteniendo, sobre los alimentadores del ánimo. Mas sin desconocer las conveniencias materiales de esa clase de supremacía, hay que confesar que los mayores goces de la racionalidad no pueden ser tasados ni vendidos, y que el *pobre* Cervantes—al contemplar la hermosura del hijo de su espíritu y deducir de ella la propia alteza suya, como padre, y lo que le era dado esperar en consecuencia, dentro y fuera del mundo—, hubo de ser infinitamente más dichoso que los mayores potentados de la Tierra, mientras tanto que éstos no consiguen alzarse, como él lo hizo, sobre las regiones instintivas y sensuales en que nuestra especie convive con las irracionales, y en que las categorías humanas se confunden de una manera análoga. Acompañar á Cervantes en las alturas donde moraba su inteligencia, ha sido el justo premio de todos los lectores del *Quijote;* pues en verdad que el mundo resulta otro, superiorísimo, visto al través de esa creación lite-

raria, que jamás se acabará de comentar. ¿Cómo no ha de ser leída, mientras haya hombres sobre la Tierra?

Y para ser justos con la justicia otorgada á Cervantes por las gentes de su época, representadas por los ejemplares del *Quijote* que él daba por impresos en todo el mundo antes de terminada la Segunda parte de su obra, me ocurre decir que dos de los más señalados periodistas españoles del siglo último, González Brabo y Calvo Asensio, se jactaron de haber conseguido tiradas de *tres mil* y *seis mil* ejemplares, respectivamente, de su *Guirigay* (1839) y de su *Iberia* (1866); buena prueba de la rareza del doble y concordante acontecimiento. ¡Y eso que se trataba de periódicos asistidos por grandes agrupaciones políticas y salpimentados con todo el aderezo de pasión que era costumbre por entonces, en vez de tratarse de un libro tranquilamente festivo y alegórico, sin aplicación inmediata al positivismo de la vida real—que pide satisfacción á necesidades pura ó principalmente instintivas—, y libro escrito, por añadidura, en tiempo en que se hallaba tan en lo futuro todavía la costumbre de leer! Llegada que ha sido ésta, las ediciones de no pocos periódicos diarios españoles pasan de *ciento treinta ó cuarenta mil* ejemplares, y ostentan una serenidad de juicio, de que ha nacido el amor á las verdades tranquilas, y, por ende, la conciencia pública del valer del *Quijote* y la

necesidad general de honrar la memoria de su autor con ocasión del tercer centenario de la edición primera de ese libro. Es una verdadera prueba de progreso nacional; pero que no anubla el honor que las magníficas afirmaciones de Cervantes hacen á la Humanidad de su tiempo, confirmadoras de aquel aserto del poeta:

> «Que el vulgo, si le dan paja, come paja;
> Pero si le dan grano, come grano.»

¿Y en qué consiste el mérito del *Quijote*, supuesto que sea digno de tenerse por meritorio algo de lo mucho que hace el hombre á virtud de cualidades que ni él crea, ni siquiera reclama? ¿Es que la posesión del talento puede mirarse como cosa distinta de la posesión de la belleza, la estatura, la complexión, etcétera; como cosa distinta de lo que son para el diamante los destellos, para la rosa el aroma y para los ruiseñores el gorjear? ¿Hay algo, en todo ello, tan asombroso como el asombro con que lo considera el ser humano; único que es capaz de emocionarse ante significaciones de la vida universal sin alusión á las orgánicas necesidades de la propia? Pero aun este tan supremo objeto de admiración para nuestro criterio, ¿se halla en el caso de obtener de sí mismo la calificación de meritorio, cual si fuese obra nuestra la inteligencia juzgadora que nos caracteriza? No hay tal obra nuestra, es verdad, pero la clara

conciencia que tenemos del existir y valer de este juicio y sus fallos, es ya un comienzo de *autoridad* y *jefatura*, un albor de *potestad inteligente* ó *libertad*, madre de la *responsabilidad* y del *mérito*; que, con todo de regalada, es *nuestra*; al extremo de constituir lo más elevado y terminante de la personalidad; haciéndonos conocer las leyes naturales y dominarlas y ponerlas á nuestro servicio, en la exacta medida en que nos son conocidas; pues ante la Ley que preside á la existencia de la Razón humana, *saber es poder*.

Cuantos á la hora del nacer hemos recibido para la del morir la esperanza de una glorificación superior á las terrenas y cada vez menos apartada de ellas, por virtud de la incesante y progresiva sublimación de estas últimas, podemos descansar en esa maternal ley, para consolarnos de la ausencia del grande hombre á quien dedicamos nuestros presentes sentimientos de justicia; seguros de que la tendrá recibida más altamente de la que puede ser concedida y disfrutada en esta vida, prólogo de la futura. Así como podemos estar ciertos de que no será estéril en los ámbitos de la Tierra nuestra acción; animadora del entusiasmo sagrado por lo Bello, lo Justo y lo Bueno, que iluminan con sus resplandores celestiales el camino de la Verdad Absoluta, de que son vívidos esplendores.

Por lo demás, y puesto que *no hay Ley de la Natu-*

raleza que huelgue, y nada sucede que no deba suceder, se hace lógico pensar que si los grandes hombres no pueden gozar en vida de la opinión que merecen á las generaciones, habrá de ser por que así convenga que sea; cosa confirmada por la consideración de que, enfermando nuestro ánimo con no menor facilidad que nuestro cuerpo, hay que reconocer como peligrosísima para aquél la prueba del *mareo por la altura*. Los raros casos en que los contemporáneos han divinizado á un Genio, le hubieran inutilizado probablemente para lo sucesivo, si la edad avanzada en que le hubo ya de hallar la apoteosis, no le hubiese defendido del inminente riesgo de malogramiento. Pero; ¡ay de los hombres superiores, si el abuso de las apoteosis en vida se implantara!

Bien está, pues, que Miguel de Cervantes y tantos otros compañeros de suprema inspiración hayan muerto sin conocer más juicio de la posteridad que el que les fué revelado por una inspiración más; tan engendradora como todas de virtudes y perfecciones máximas. Esa intuición maravillosísima, ese instinto intelectual, capaz de extenderse hasta la representación más austera de las facultades reflexivas, hasta las Matemáticas, es lo que brilla por encima de toda ponderación en la *Historia de Don Quijote de la Mancha*; en donde resulta adivinada por un profano en Medicina la marcha íntima y peculiar de la monomanía de grandezas padecida por el inmortal Hi-

dalgo, lo propio que la manía accesional del desesperado Cardenio y la imbecilidad de Sancho Panza; como lo hubieran sido igualmente las *locuras* de la inervación estomacal, denominadas *pica* y *malacia*, por ejemplo, ó la fisonomía y propiedades características de otra cualquiera de las enfermedades ó de las normalidades humanas, si el gran Cervantes hubiese aplicado á su examen la mágica lente de su Genio; aquélla que le hizo percibir, contra el común y sencillo pensar de las personas no iniciadas, la posibilidad de que fuere un mal síntoma el recuperamiento brusco de la razón, y de que Cardenio y Don Quijote, en su calidad de locos, sacasen más de una vez á cuento la locura; cual si estuviese á mil leguas de ser esa la soga en que era ahorcado el desdichado juicio de los dos. El asombro de la Humanidad ante el *Quijote* no habrá de tener término; pero el asombro de los médicos no podrá jamás ser igualado por quienes no lo sean.

La locura del Caballero de la Triste Figura, como la de tantos grandes hombres no soñados, estribaba en creer posible el triunfo definitivo de la razón sobre la sinrazón, de la justicia sobre la iniquidad, por virtud de la sola fuerza del deseo secundada por el brazo armado. La necedad de Sancho Panza consistía en dar asenso á la más disparatada personificación de ese disparate, siempre creído por tantos. El regocijo del lector se funda en los jugueteos del sentido

común del bobo Sancho, siempre que le falta á su remontado señor, y viceversa; de manera que nunca se ponga el sol del juicio y de la gracia del contraste en los dominios de los dos aventureros celebérrimos. Y si es que se pierde alguna vez este alegrador equilibrio, es tal el arte con que el autor maneja los resortes movedores de aquellos personajes clínicos, que no tan sólo no invaden al lector la compasión y la melancolía que las historias de las enfermedades, y particularmente las mentales, suscitan á su paso, sino que ríe sin cesar; aunque nunca en desdoro del caballero, en menosprecio del escudero, ni en anublamiento del cariño que uno y otro le llegan á infundir. ¿Cómo, sin tanto motivo, había de estar conforme la Humanidad de todos los tiempos y países en el aplauso á tal *Historia*? ¿Cómo, si no, habían de concertarse los miles de miles de voluntades aunadas en el homenaje universal del día presente?

El desdibujamiento de las líneas normales de nuestro cuerpo, lo propio que de la inteligencia ó la afectividad, nos hace reir siempre que no basta para hacernos llorar ú horrorizarnos. Lo ridículo no es, por tanto, otra cosa que el primero de esos desdibujamientos; como lo dramático ó lo trágico surgen de los segundos. El arte ha utilizado siempre, y la ciencia sancionado, el uso de estos tres poderosos medios de acción sobre nuestro ánimo, para influir magistralmente en las costumbres; mas la caricatura,

sobre todo, ha sido desde tiempo inmemorial auxiliar nato de la moral pública y privada; porque la mayoría de los hombres, si no todos, tememos la burla por encima de lo que tememos la reprensión ó la censura. ¿Y qué mayor caricatura que la que toma de la enajenación mental—con el tino comentado más arriba—, las irregularidades de las líneas, y consigue fijar así abultadamente el relieve de la frontera de ésta con el juicio, dejando á la risa el encargo feliz de hacer aquélla mucho más señalada é inequívoca? ¡De cuántas tonterías y locuras habrán librado á la Humanidad los regocijados ejemplos de Sancho y Don Quijote, tan adecuados para hacer escarmentar! Ningún otro escritor ha conseguido ridiculizar como el *Quijote* los disparatados extremos del idealismo soñador ni del burdo sensualismo, ni abrirse paso, como él, por entre las gentes de toda edad y condición; debido todo á la genial inspiración en que ha sido único ese libro para alcanzar á las cimas de tan sublime pensamiento, y darle luego las formas adecuadas para vivir perpetuamente entre los hombres. Porque Cervantes no cosecha menos bellezas de lenguaje que los grandes hablistas griegos y latinos; pero excede á todos ellos en la espiritualidad de su poema; desligado, como no lo está otro alguno, de las míseras pasiones encendidas al fuego abrasador de los instintos en que nos confundimos con los seres privados de razón, y apareciendo representada la

Humanidad por sus dos polos anímicos, Norte y Sur, en que no es posible la vida fecunda y provechosa; para dejar deducir, con transcendental facilidad, dónde se hallan las zonas habitables. ¿Se concibe lección más provechosa para evitar el caso de necesitarla?

El escritor, como acontece á todo ser, es resultado y natural representante del suelo y del ambiente en que nació y halló sostenimiento. Mas el suelo y el ambiente en que nacieron y se desarrollaron el *Romancero*, el *Cancionero* y el *Refranero*, esas creaciones literarias de *todo el mundo*, de ese autor anónimo que, en concepto de Larra, «tiene más talento que Voltaire», no han producido (á pesar de nuestra inmensa y conocida abundancia de grandes escritores) autor individualizado de una obra tan maravillosamente parecida á las citadas como el *Quijote*: única que, cual ellas, podría creerse dictada por la nación entera, por la raza, por cuanto va contenido en la histórica palabra de español.

Honrar á imaginador tan poderoso, es honrar á la madre patria; retratada literariamente en tal hijo como en ningún otro lo ha sido, y quizá como no alcanzaron á serlo tampoco, ni aun en los mismos Homero y Virgilio, la Grecia y Roma antiguas.

¡Bien haya, pues, el Centenario de uno de los más sublimes libros conocidos, si no el mayor de todos, y bien haya la glorificación del Genio de su inmortal autor!

Memoria del Doctor Royo Villanova [1].

La locura de Don Quijote.

Literatos insignes y médicos ilustres se han ocupado ya de este asunto: pero, aparte de que los comentaristas á que me refiero son de épocas relativamente lejanas, dieron á sus trabajos una orientación más literaria que científica, y, sobre todo, menos técnica de lo que el asunto merece, por cuyas razones ni la sombra de Hernández Morejón, ni la del ilustre Pí y Molist, han sido parte á hacerme desistir de mi propósito, el cual no es otro que hablar del loco Don Quijote, como podría hacerlo de otro loco cualquiera, redactando su historia clínica á la luz de la ciencia actual, empleando en su confección los mismos procedimientos y en su descripción el mismo estilo que en una historia clínica destinada á ser leída y comentada en la cátedra.

(1) Esta Memoria ha sido leída como discurso de apertura en la Academia Médico Quirúrgica aragonesa.

I

Antecedentes.

Alonso Quijano, natural y vecino de un lugar de la Mancha, *de cuyo nombre no quiso acordarse* el único que podía hacerlo, y cuyo lugar bien pudo ser Argamasilla de Alba, era un hombre de cincuenta años de edad, *de complexión recia*, *seco de carnes*, *enjuto de rostro*, *gran madrugador y amigo de la caza*, soltero, sin antecedentes hereditarios ni de familia, pues ni tuvo descendientes ni se conoce nada de sus ancestrales, y el único pariente de quien se tiene noticia es una sobrina joven de diez y nueve años que nada presenta de particular en el orden morboso; Alonso Quijano era de excelentes condiciones intelectuales y morales, pues se le reconocía como *ingenioso*, se le admiraba como *hidalgo* y se le apellidaba el *Bueno*; era, además, sobrio en el comer y modesto en el vestir, como lo indican claramente la *olla de algo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lantejas los viernes y algún palomino los domingos*, todo lo cual constituía su alimentación, *y el sayo de velarte, el vellori de lo más fino y las calzas y pantuflos de velludo*, que integraban su indumentaria.

II

Signos morfológicos.

Difícil es el examen morfológico de Alonso Quijano, por tratarse de un sujeto que, aunque inmortal por sus hechos y por sus dichos, era de condición perecedera, y todo lo que sabemos de él lo sabemos después de muerto, sin que podamos contar para su examen, no ya con una mascarilla, ni tan siquiera con una fotografía directa del paciente.

No tenemos otra cosa para objeto que grabados y estampas antiguas y alguna escultura moderna, pero todo ello deficiente, pues de haberlo estimado como bastante los que de esto entienden, no se hubiera abierto el concurso de *Blanco y Negro* para premiar la mejor efigie del ingenioso hidalgo Alonso Quijano, el cual no fué hidalgo ni ingenioso por don Quijote de la Mancha, sino que, por el contrario, éste fué aquéllo por Quijano y por Alonso.

Según aquellos documentos, en el cráneo hay poco que notar: la *norma lateralis* de Camper ó vista de perfil indica un cráneo dolicocéfalo, de frente ligeramente huída y poca prominencia occipital; la *norma anterior* de Prichard revela una frente perfectamente simétrica y muy pronunciada la depresión lateral de la región fronto-parietal; la *norma posterior* de Laurillard muestra una implantación bastan-

te baja y saliente de los pabellones auriculares y todo ello es corroborado por la *norma verticalis* ó superior de Blumenbach.

Ni palpación ni mensuración del cráneo se hicieron de por vida, pero desde luego se puede asegurar que el cráneo de Alonso Quijano no presentaba anomalía ni deformidad alguna.

La *cara* es estrecha y larga, sin asimetría ni prognatismo, y su mensuración por medio del *compás de Broca y del goniómetro facial* nos daría un *diámetro bizigomático* relativamente *corto*, una *altura de cara larga* y un índice de rostro prolongado; sobre todo en su parte facial superior ó *distancia ofrio-alveolar*, lo cual, unido á la implantación baja de las orejas, da un *ángulo facial* que no baja de 85°.

Orejas grandes, de implantación algo baja y bastante separadas de las mastoides.

Ojos pardos obscuros, grandes y ligeramente oblicuos.

Nariz aguileña y algo corta.

Boca grande, de labios finos, con las *quijadas que por dentro se besaba la una con la otra*.

Tronco de estatura aventajada y demacrado.

Miembros estirados, enjutos y avellanados.

Piel morena obscura.

Pelos bigotes negros, grandes y caídos. Nada de perilla, como algunos lo pintan.

III

Sintomas somáticos.

Funciones genésicas. — Cierta frigidez y celibatismo.

Funciones digestivas, respiratorias, circulatorias y *urinarias*, sin nada de particular.

Funciones nerviosas de movilidad, sensibilidad y reflejismo, troficidad y temperatura, nada importante, si se exceptúa la finura del oído y del olfato. Cervantes decía de Don Quijote, que tenía el sentido del olfato tan vivo como el de los oídos.

IV

Sueño.

Es este un fenómeno que participa tanto de lo físico como de lo psíquico, por cuya razón le coloco en este estudio entre los síntomas de aquella y de esta naturaleza.

En Alonso Quijano el sueño estuvo trastornado antes de la locura y mientras la locura, pudiendo decirse que con el sueño perdió la razón y con la razón recuperó el sueño. Fué insomne mientras fué Don Quijote.

Antes de serlo *se le pasaban las noches leyendo de*

claro en claro y los días de turbio en turbio, hasta el extremo que, según Cervantes, *del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino á perder el juicio.*

Mientras Alonso Quijano fué Don Quijote de la Mancha, la primera noche se la pasó *velando sus armas* en la venta; á la noche siguiente, su sueño fué intranquilo por el magullamiento de los mercaderes, y cuando á los gritos de nuestro héroe acudieron el cura y el barbero, Don Quijote estaba *tan despierto como si nunca hubiera dormido.* En las chozas de los cabreros *todo lo más de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitación de los amantes de Marcela;* la aventura de los yangüeses, llevándole mal parado al *duro, estrecho, apocado* y *fementido lecho* de la venta de Maritornes, le tuvieron despierto otra noche más; sus pensamientos é imaginaciones, la puñada del arriero, el candilazo del inquisidor, la aventura del entierro y la sabrosa plática con Sancho, que nuestro personaje terminó con el célebre *Peor es meneallo*, tuvieron otras noches en vilo al *Caballero de la Triste Figura*, el cual tampoco durmió durante su estancia en las entrañas de Sierra Morena. Tampoco fué tranquilo el dormir durante la *descomunal batalla con unos cueros de vino tinto*, mientras soñaba con el *reino Micomicón*, ni mucho menos el de la noche del suplicio á que le condenaron Maritornes y la hija de la ventera por la burla del cuelgue, que más parecía

el *tormento de la garrucha*. Por el camino del Toboso, á donde entró *por filo de la media noche*, veló Don Quijote en el día de su tercer salida, y ya camino de Zaragoza, las pláticas con Sancho Panza *debajo de unos altos y frondosos árboles* y el encuentro y singular aventura con el *Caballero de los Espejos*, se encargaron de que pasara las noches en vilo. Sólo dos veces durmió la siesta Don Quijote: una en casa de los Duques, después de la opípara comida; otra en la venta de Zaragoza, después de la aventura de los toros. La aventura de Merlín, la del clavileño, el canto de Altisidora, el temeroso espanto cencerril y gatuno, la aparición de doña Rodríguez, los pellizcos de la Duquesa y la caminata hacia Barcelona, le impidieron sendas noches el sueño; velando el de Sancho pasó la noche siguiente á la aventura del Caballero de la Blanca Luna, que fué aquella noche en que si durmiera lo despertara la piara de cerdos pasándole por encima. Tampoco le dejó sosegar la resucitada Altisidora la última noche que, de regreso de Barcelona, pasó Don Quijote en casa de los Duques, ni el cumplimiento de la penitencia de azotes las tres siguientes que mediaron hasta su llegada al lugar de la Mancha, donde á los pocos días cayó enfermo de calenturas, durmiendo, por primera vez, un buen rato, nada menos que seis horas seguidas, al cabo de las cuales despertó curado de su locura, como lo prueba el admirable testamento que le dictó su razón.

V

Síntomas psíquicos.

A.—TRASTORNOS DEL LENGUAJE.

1.º—Lenguaje mímico.

En Don Quijote, lo mismo los gestos expresivos de su sentir que las actitudes delatoras de su pensar, ó lo que es igual, la mímica de la emoción á la par que la de la inteligencia, fueron enérgicas, duraderas, y en su conjunto indicaban satisfacción, confianza, optimismo, pero todo ello expansivo; es decir, que Don Quijote fué un *hirpermímico* y un *hipersémico*.

Por eso se dirigió á las *dos mozas del partido alzándose la visera de papelón y descubriendo su seco y polvoroso rostro con gentil talante y voz reposada;* por eso *embrazando su adarga asió su lanza y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila* velando sus armas.

El *alzar los ojos al cielo mientras* descargaba tremendo golpe en la cabeza del arriero; el contento, la gallardía y el alborozo que le *reventaban por las cinchas del caballo* cuando salió de la venta armado caballero; el *ademán* arrogante con que dijo á los mercaderes: *todo el mundo se detenga, si todo el mundo no confiesa*, etc.; el *gentil brío* y *continente* con que

en la aventura del muerto exclamó: *deteneos, caballeros, quienquiera que seáis;* hasta el modo como fué *al socorro de las narices, apretándolas entre los dos dedos*, cuando *Sancho vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él*, tenían algo de elegante y mayestático; y como colmo y fin de esta mímica expresiva y exagerada, bastará citar las zapatetas en el aire y las tumbas que diera en Sierra Morena *con la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas que obligaron á Sancho á volver á Rocinante para no verlas otra vez.*

2.º—Lenguaje hablado.

En la palabra de Don Quijote no había el menor trastorno en cuanto se refiere á su exteriorización ó articulación de las voces; su pronunciación era clara, limpia, correcta. Todo pudo ser Don Quijote, menos *dislálico*.

Lo mismo debe decirse de la adecuación de las palabras á las ideas, de aquel excogitar rápido, preciso, como automático, de los nombres, vocablos y frases ajustadas al pensamiento que se quiere expresar; ninguna de las múltiples *disfasias* que se estudian por los autores puede aplicarse á Don Quijote. Pero, en cambio, los trastornos del lenguaje derivados de la anormalidad del funcionamiento de la inteligencia eran evidentes.

Don Quijote tenía una *dislogia* incuestionable, patentizada en la dicción expresiva, en la forma gramatical, en el estilo del discurso, en la formación de las ideas y en el contenido de los pensamientos.

Por lo que se refiere á la dicción expresiva, el tono, la intensidad y el timbre con que Don Quijote expresaba sus ideas, variaban según las circunstancias, y todo lo campanudo, reposado, altisonante y vibrador de su discurso antes de entrar en aventuras, se convertía en apocado, suave, lacrimoso y tenue después del descalabro subsiguiente, expresándose con *debilitado aliento*.

Fuera de aventuras, lo mismo en sus primorosas disertaciones sobre la Edad de Oro y sobre las Letras y las Armas, que en los diálogos y conversaciones, el lenguaje de Don Quijote es enfático, declamatorio y teatral, hablando siempre en orador y llegando á la rima y al monólogo.

Ejemplo de rimas encontramos cuando repite versos de romances caballerescos y componiendo él mismo diferentes metros.

De lo primero, bastará recordar lo que dijo á Sancho Panza cuando se lo encontró después de su primera aventura con los mercaderes:

¡Oh noble Marqués de Mantua,
Mi tío y señor carnal!

De lo segundo, no hay sino colegir cuántos se-

rían los que saldrían de su boca en Sierra Morena antes de escribir la famosa letrilla de estribillo dulzón:

Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea.

Modelo de monólogos es el que endilgó caminando por el antiguo y conocido campo de Montiel: «Apenas el rubicundo Apolo, tendido por la faz de la ancha», etc.

Por lo que atañe á la forma gramatical, la sintaxis de Don Quijote era irreprochable; como que hablaba con la de Cervantes, pero en muchas ocasiones recordando la manera especial de componer las frases del famoso Feliciano de Silva, con aquello de la *razón de la sinrazón que á mi razón se hace*, etcétera, exclamaba, refiriéndose á Dulcinea: «Mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura.....», y otras cosas por el estilo.

Tocante á éste, y por las mismas razones que hemos indicado en la sintaxis, fué en alguna ocasión pretencioso, pintoresco y, aunque casi siempre elegantísimo elegido y rico por todo extremo, á ratos, y por contagio de Sancho Panza, aparecía repleto de sentencias, proverbios y hasta refranes con vocablos de doble sentido. Díganlo si no los consejos á Sancho cuando va á posesionarse del gobierno de

la ínsula Barataria, y el célebre *Peor es meneallo.*

En lo concerniente á la formación de las ideas, ¿qué otra cosa decir sino que por el hilo de aquella elocuencia exaltada puede sacarse el ovillo de una inteligencia, aunque perturbada, vigorosa, y de un ingenio que más bien se sublimó que se desmereció con el delirio, con lo cual no fué simplemente Don Quijote, sino el *Ingenioso Hidalgo Don Quijote?*

Y en cuanto al contenido de los pensamientos, claro se ve que era un conglomerado de las ideas corrientes, bien en los libros de caballería, cuya lectura nefasta determinó su delirio, bien en la literatura y aun en la realidad de su siglo (el XVI).

Cuando lo primero, ideas de grandeza en poder, influencia, valentía, moralidad y amor (caballería andante).

Cuando lo segundo, y sólo por breve rato, pensamientos de sensiblería, amartelamiento, poesía y amor también, aunque menos puro y más empalagoso (idilios pastoriles).

3.º—*Lenguaje escrito.*

Nadie ha podido ver el original de ninguna de las cartas y poesías que escribió Don Quijote, y por consiguiente no puede decirse nada respecto de la forma de su letra, de la inclinación de sus renglones, de la colocación de los signos ortográficos y de otra por-

ción de detalles *grafológicos* que, sin duda alguna, tienen importancia de primer orden para el conocimiento del psiquismo de una determinada persona.

En cuanto á la función del lenguaje escrito, puede afirmarse que se hacía como el lenguaje hablado, y, por consiguiente, que no había ninguna clase de *disgrafia*.

Pero lo mismo que con la palabra hablada, con la palabra escrita, si no pueden notarse defectos en la articulación ni en los trazos, ni perturbaciones en la representación verbal óptica ó auditiva, en cambio, en lo concerniente á la ideación del lenguaje perciberemos en el escrito los mismos trastornos que en el hablado.

Desde luego hay que notar un hecho que, por ser raro en la clase de locos de que formaba parte Don Quijote, dice mucho en honor de nuestro enfermo, y es, que el Caballero de la Triste Figura escribió muy poco, y en cambió leyó muchísimo. Suele ser lo contrario lo que ocurre. Muchos escriben de todo sin haber leído de nada. Bastantes tienen una temporada de leer y otra á seguida de escribir. Algunos sólo leen aquello que han escrito. Pero Don Quijote, que leía mucho, escribió muy poco. Solamente dos cartas y algunas poesías, de las cuales únicamente se encontró la famosa letrilla mencionada en otro lugar.

Versos y epístolas, precisamente lo más común en los escritos de los locos.

En las dos cartas y en la letrilla se notan las mismas particularidades que en los discursos y romances entonados por Don Quijote, en cuanto al contenido del pensamiento y á la formación de la idea, revelándose principalmente la tenacidad de aquélla y la perseverancia del concepto delirante.

En la primera de las dos cartas, que es la que dirigió á la soberana y alta señora Dulcinea del Toboso, le expresa la siguiente frase enrevesada y caballeresca, *si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, magüer que yo sea sufrido, cual podré sostenerme en esta cuita*, etc., y cierra la carta con esta frase hermosa entonces, y que ahora se ha hecho cursi por su repetición: *Tuyo hasta la muerte*.

En la segunda, que es la que dirigió á Sancho Panza desde casa de los Duques, cuando aquél era gobernador de la célebre ínsula, se ratifica en sus consejos con todo el donaire, cordura y buen sentido que mostró al dar aquéllos; pero, á vueltas de tantas discretas razones, al hablarle del gateamiento, le asegura que *no fué nada; que si hay encantadores que me maltraten, también los hay que me defiendan*.

La letrilla es de lo más ripioso y malo que se ha escrito, pues, por el pie forzado de las quintillas, busca para consonantes, con Don Quijote, las palabras más extrañas y menos poéticas que pueden concebirse y los conceptos más equivocados.

Realmente sorprende el contraste de su prosa admirable con aquel su versificar endiablado, en donde el aditamento del *Toboso*, que pone después de:

Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea,

no *causó poca risa en los que hallaron los versos*, porque imaginaron que debió imaginar el poeta que si en nombrando á Dulcinea, no decía también el Toboso, no podría entenderse la copla, como así fué la verdad, según confesó después el propio Don Quijote.

B.—ACTOS MORBOSOS.

En la conducta de Don Quijote se notan los dos rasgos principales de la de los alienados estudiados por Morselli, á saber: la falta de adaptación del individuo á las condiciones del medio en que vive y la disconformidad entre su conducta actual y su conducta anterior.

Don Quijote de la Mancha dejó de vivir como Alonso Quijano, para adoptar el género de vida de los tiempos fabulosos de Palmerín de Inglaterra; descuidó su hacienda por cuidar la de los demás; de madrugador, se tornó en trasnochador; de amigo de la caza, se cambió en desfacedor de entuertos; y así como antes su casa y su familia constituían su felicidad, luego vendió los campos para comprar libros,

se fué de su hogar y hasta de su pueblo, y abandonó á su sobrina que era su familia toda.

Don Quijote pasaba de la idea á la acción con facilidad extraordinaria y demasiada rapidez. Esta hiperactividad psicomotriz no fué tan acentuada que llegase á lo que se llama *locura de acción*, ni se nota en Don Quijote aquel deseo, verdadero prurito, necesidad imperiosa de movimiento, como el de la actividad infatigable de ciertos maníacos, ni mucho menos le arrastraba á la incoherencia y al desorden propio de los inconscientes. Por el contrario, Don Quijote no perdió jamás la conciencia de sus actos, y precisamente por comprenderlos intensamente en su delirio, los ejecutaba siempre con deliberado propósito y á toda voluntad. El sentimiento de su superioridad intelectual, moral y física, le daba una confianza sin límites en sus propias fuerzas y bañaba su espíritu en un ambiente de optimismo penetrante.

Don Quijote hacía lo que hacía, porque así le venía en deseo, porque le daba la gana, porque quería, en suma; era un hiperbúlico como los que estudia Eminghaus, y en muchas ocasiones demostró que querer es poder.

Los actos de Don Quijote, como manifestaciones exteriores de su carácter dulce, generoso y resignado, sin dejar por esto de ser optimista y expansivo, tenían el sello de su procedencia, y de tal arraigo eran aquellas cualidades y de tan añeja solera, que,

á pesar de los pesares de la locura, no consiguió ésta hacerle en su conducta ni egoísta, ni indiferente, ni perverso, ni violento, ni vanidoso recalcitrante, como son la mayoría de los orates.

Por esta integridad de su carácter tan fuerte y tan entero, que dió sello á su vesania, en vez de ser él modificado por la locura, fué la locura modificada por él. Don Quijote no realizó jamás un *acto impulsivo*.

Ni las emociones más intensas, como en la aventura de los leones, ni el despertar vigoroso de la vida instintiva, ya en lo que se refiere al individuo (todas las aventuras sin excepción, pues en casi todas peligró su vida), ya en lo que se refiere á la especie (castidad del amor hacia Dulcinea y honestidad á prueba de mozas del partido, pastora Marcela, hermosa Dorotea, desvergonzada Maritornes y mal ferida Altisidora); ni las cuantiosas ilusiones ó alucinaciones sensoriales de que está repleta la historia de sus famosas aventuras; ni el vigor y lozanía de sus ideas delirantes, fijas y obcecadoras hasta el extremo, fueron parte con su oleaje impetuoso á desgastar en mucho ni en poco la roca firme de su carácter, antes bien, con el contacto se impregnaron aquellas ideas de sus cualidades.

Los actos de Don Quijote estaban íntimamente ligados á la percepción trastornada y á la ideación morbosa.

La *falsa interpretación* que de las cosas, personas y sucesos hacía Don Quijote, y el delirio de grandezas en su derivación de la caballería andante; alguna vez la *memoria* trayéndole al pensamiento los personajes y aventuras de sus malhadados libros, y otras el *sentimiento* exaltando su dignidad personal, como en los acaecimientos de las manadas de carneros y ovejas, que él tomara por los ejércitos de Alifanfarón y Trapobana, en el caso del cuadrillero, influyeron juntamente con la percepción y la ideación en el modo de hacer del ingenioso hidalgo; pero jamás la sensibilidad ni la voluntad fueron parte en la determinación de los famosísimos actos de Don Quijote.

En comprobación de estos asertos están todas las aventuras de nuestro héroe, desde la primera á la última; lo mismo cuando hizo desatar al mísero Andrés, que cuando fué vencido por el Caballero de la Blanca Luna, y desde el punto y hora de aquel caluroso Julio, en que armado de todas sus armas subió sobre su rocinante, hasta pocas horas antes de dictar su testamento.

C.—ESTADO CENESTÉSICO.

El sentimiento de la propia existencia estaba en Don Quijote exaltado, y si en algún momento aparecía deprimido, como en el final del encuentro con el

Caballero de la Blanca Luna y después de haber sido hollado por la piara de cerdos, el tono general de su estado cenestésico era de excitación, y caracterizado, por consiguiente, por un estado emocional agradable, cierta exaltación de las facultades intelectuales y determinada actividad funcional en orden á la vida de relación.

D.—TRASTORNOS PSICO-SENSORIALES.

Si prestamos nuestra conformidad al criterio clásico que distingue entre ilusiones y alucinaciones, entendiendo por aquéllas toda percepción falsa de un objeto real y por éstas toda percepción sin objeto, Don Quijote tuvo muchas ilusiones, ¡quién no las tiene en la vida!; pero ninguna alucinación.

Si, atentos al criterio actual, confundimos la ilusión con la alucinación, borrando aquélla de la patología mental, Don Quijote tuvo alucinaciones, pero ellas fueron de tal naturaleza, que por aparecer siempre patente el objeto material de la percepción morbosa, constituyen un grado menor en los procesos alucinatorios, donde el objeto determinador de la percepción está en latencia simplemente, pero en modo alguno es tangible.

Yo no veo la necesidad de hacer dos formas de alucinación, de la alucinación clásica y de la ilusión corriente.

Después de todo, las cosas más diferentes no son más que grados ó momentos distintos de una misma forma evolutiva, y así, conformándome con lo que es ya tradicional, no sólo en la mentología, sino en la psicología elemental, diré que Don Quijote tuvo ilusiones, pero jamás alucinaciones.

Pi y Molist, en su precioso libro *Primores del Don Quijote*, afirma que el ingenioso hidalgo tuvo algunas alucinaciones, tales como las de las batallas con los gigantes, que refiere la sobrina, y la del torneo en que le hallaron los escrutadores de su librería; pero yo pienso que ni siquiera éstas fueron alucinaciones, sino verdaderas ilusiones, como las demás de su vida; porque aparte de que es liviana razón la que se desprende de las narraciones de una mujer que, como la sobrina de Don Quijote, pudo exagerar al describir las batallas con que en ocasiones ponía punto á las lecturas su desventurado tío, bien podían los estantes de la biblioteca, los muebles del cuarto, las estampas y cuadros de las paredes y aun las cortinas de las puertas, impresionarle la imaginación como si fueran gigantes, de la misma manera que tomaba por *sangre* de las heridas que había recibido en la balla el *sudor* que sudaba del cansancio, y de igual suerte que el agua fresca que le refrigeraba en la refriega la reputaba preciosísimo bálsamo del sabio Esquife.

Lo mismo puede decirse del torneo de voces,

desatinos, cuchilladas y reveses, que por lo demás, tuvo de pesadilla, doble que de delirio, según la hora, ocasión, apostura é indumentaria que se aprecian en el hecho.

Don Quijote no hizo en estas, como en las demás ocasiones, más que interpretar con arreglo á sus ideas delirantes las cosas y objetos, sucesos y personas que con realidad tangible se presentaban ante sus sentidos.

Así tomó las ventas, por castillos; y le parecieron doncellas, las mozas del partido; enano fabuloso, el vulgar porquero; alcaide, el posador; Marqués de Mantua, el labrador Sancho; gigantes, los molinos de viento; gente endiablada y descomunal, los frailes; piedras orientales, las cuentas de vidrio; los cabellos que en alguna manera tiraban á crines, hebras de lucidísimo oro de Arabia; suave y aromático, el olor de ensalada fiambre y trasnochada; finísimo cendal, la tela de arpillera; moro, el arriero; ejércitos, las manadas de ovejas; anclas, la litera; demonios, los batanes; yelmo de Mambrino, la bacía de barbero; señora principal, una vulgar hembra del Toboso; gigantes, las cubas de vino tinto; princesa Micomicona, el cura; follones y malandrines, los disciplinantes; y mil cosas más que, si á mentarlas fuéramos, habríamos de repetir por puntos todas y cada una de las famosas aventuras.

Estas ilusiones ó alucinaciones periféricas objeti-

vas, fueron principalmente de la vista, es decir, que veía una cosa y se le figuraba otra, pero las tuvo de toda clase: así, entre las ilusiones de oído, podemos citar los ruidos del batán y el cuerno del porquero; entre las del olfato, el perfumado aliento de Maritornes; entre las del gusto, el bálsamo del sabio Esquife; entre las del tacto, la camisa de cendal finísimo y las hebras de oro de Arabia; entre las cenestésicas, la de figurarse que él no era Alonso, sino Don Quijote, y las del encantamiento; entre las motrices, las del caballo clavileño; y como modelo de asociación alucinatoria, todos los acontecimientos de la cueva de Montesinos.

E.—IDEAS DELIRANTES.

Las ideas ó concepciones de la inteligencia de Alonso Quijano, en orden á las relaciones de su personalidad con el mundo exterior, estaban perturbadas al extremo de creer que infinitas gentes necesitaban de sus auxilios, y que él se lo prestaría por completo, á pesar de todos los pesares. De esta idea principal surgió un verdadero sistema de cerebración consciente y voluntario, que constituye el delirio de Don Quijote de la Mancha.

Estas ideas delirantes no eran paroxísticas, ni iban acompañadas de ansiedad, ni precedidas en su ejecución de lucha alguna por parte de su voluntad;

no parecían ligadas á un desdoblamiento de la personalidad, y, por consiguiente, no eran ignoradas del yo consciente; al contrario, la idea de Don Quijote, perfectamente conocida por nuestro loco, no era considerada por él como extraña, forastera ó intrusa, que á pesar suyo salteaba su conciencia y allanaba su morada ideal, sino la más propia para su discernimiento, la más idónea á su modo de pensar y la expresión más pura de su propia naturaleza intelectual y moral; por eso, en vez de luchar para rechazarla arrojándola de sus entendederas como huésped molesto y dañino, la recibió en su cerebro con toda clase de atenciones, cuidados y cortesías, y así le dió calor y vida y luchó por ella defendiéndola y no atacándola, tratándola, en fin, como hija de su inteligencia y enamorada de su corazón; y al contender con follones y malandrines, defendiendo virtudes postizas y verdades falsas, obligando á todo el mundo á confesar lo que él quería que se confesase en punto á hermosura, honor, bondad, estirpe y nobleza, era su idea lo que defendía, era por su idea por lo que luchaba, y aunque parecía que Dulcinea era su delirio, su delirio era su Dulcinea.

Las ideas delirantes de Don Quijote no eran, pues, de persistencia indefinida, inmutables y *fijas*, *inconscientes* como la de los histéricos, no eran tampoco *obcecantes* como la de ciertos melancólicos, sino ideas de las que Wernizke llamó *prevalentes*.

El delirio de Don Quijote no era un delirio por simbolismo verbal ni de percepción inmediata, era un delirio común, corriente, de los llamados de inferencia ó de interpretación, que partiendo de las falsas premisas de la existencia real de los caballeros andantes y de la posibilidad y necesidad de su aparición actual, pasó por todas las fases del proceso lógico del pensamiento, y con absoluta conciencia y natural evolución psicológica del razonamiento dió origen á las ideas delirantes y á los juicios incorrectos de donde se desprendieron las conclusiones, erróneas é ilógicas hasta el extremo, si se las considera desligadas de las premisas, pero lógicas hasta el colmo si se las toma como término de una série de procesos psicológicos, cuyo origen radica en un cerebro batido durante muchos meses por la lectura de los libros famosos.

Las ideas de este delirio eran de grandeza principalmente, pero en perfecta trabazón con ideas de persecución (encantadores), de defensa, de erotismo casto. (Esquirol cita á Don Quijote, como modelo, cuando habla de la erotomanía.)

VI

Causas de la locura.

Todo lo que se refiere á la herencia psicopática de Alonso Quijano está en la sombra más absoluta.

Únicamente se sabe que nuestro loco tuvo una hermana, de la cual era hija la sobrina que vivió con Don Quijote y sobrevivió á Alonso Quijano.

Nada se sabe de la historia patológica de aquella hermana ni de sus padres, ni se puede colegir si tuvo más hermanos, ni cuándo, ni cómo, ni de qué murió la madre de la sobrina, y dado el modo de ser y vivir de nuestro héroe antes de su locura, no se puede pensar en la herencia directa ni consanguínea; ningún signo atávico nos autoriza á sacar á colación la herencia ancestral, y la obscuridad más absoluta reina en el espacio y en el tiempo donde puedan hacerse las investigaciones referentes á las posibles condiciones defectuosas de los progenitores en el momento de la fecundación, ó de enfermedad de la madre durante el embarazo.

El terreno psicopático en que se desarrolló la locura de Don Quijote no tenía gran importancia. Su estudio y examen directo nada nos dicen. Todo lo que se puede achacar á predisposición es puramente imaginativo, es decir, que entra en el campo de las suposiciones, pero nunca en el de las realidades.

Por lo que se refiere á las causas determinantes, hay que descartar de plano todas las llamadas causas patológicas.

Desde luego, de Alonso Quijano no se dice que padeciese ninguna enfermedad febril antes de su lo-

cura; en el examen de su organismo nada se nota de sífilis ni de tuberculosis.

Lo mismo que decimos de las infecciones, podemos afirmar de las intoxicaciones. El género de alimentación y la sobriedad de nuestro héroe no eran las más á propósito para que se desarrollasen autointoxicaciones de origen intestinal; su aspecto enjuto, sin que jamás padeciese de dolores de cabeza ni se quejase de frío, desecha también la idea de una autointoxicación renal y de una afección de los riñones; su cariz avellanado, pero en modo alguno verdoso, y su carácter expansivo, nada tristón ni melancólico, rechaza del mismo modo la presunción de una colemia juntamente con la de una afección del hígado.

No ejerció ninguna industria, ni se ocupó en menesteres que hiciesen posible un envenenamiento profesional; jamás tomó medicamentos antes de su locura, y desde luego, si alguno administróse no fué de la calidad ni en la cantidad que pudieran envenenarle. Tampoco el sistema de calefacción que usaba Alonso Quijano le predisponía á una intoxicación por el óxido de carbono, y por lo demás, ni jamás fumó ni se dedicó á las bebidas alcohólicas.

Ni afecciones de las glándulas de secreción interna, ni de los órganos genitales, ni de los órganos de los sentidos, ni de la sangre, ni de la nutrición, ni de la piel, ni del aparato respiratorio, ni del circulatorio, ni del digestivo, ni de la medula, ni de los ner-

vios; y en cuanto al cerebro, nada de hemorragias, reblandecimientos, congestiones y anemias verdaderamente morbosas. Lo mismo podemos decir de las llamadas neurosis: ¿quién vislumbra en la vida y hechos de Don Quijote nada de histerismo, ni neurastenia, ni epilepsia, ni corea, ni parálisis agitante, ni enfermedad de Thomsen?

Tampoco hay que pensar en las causas llamadas mecánicas, ni conmociones, ni traumatismos, ni compresiones, ni intervenciones quirúrgicas.

No puede hacerse esta afirmación negativa de las causas físicas; quizás el frío y el calor excesivos soportados durante las cacerías y las faenas agrícolas y el soleamiento á que aquéllas exponen, tuvieran alguna parte en las modificaciones nutritivas y dinámicas del cerebro de Alonso Quijano.

Tal vez la fatiga física de aquellos ejercicios influyera también en las perturbaciones que estudiamos.

Es posible que el vivir soltero tuviera también alguna culpa en ello; pero lo que indiscutiblemente dió lugar á la explosión de su delirio fué la lectura; la lectura, por ser mucha, por ser morbosa y por ser sugestiva. Por ser mucha, le produjo verdadera fatiga intelectual, pues se pasaba leyendo las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio; por ser morbosa, determinó en él ideas de grandeza extravagantes; y por ser sugestiva, arrastró á Alonso Quija-

no hacia los delirios de los personajes de aquellos libros. Sabido es que, refiriéndose más á los locos que á los claudicantes, se ha dicho que quien anda con cojos, cojea.

Y si es verdad que un loco hace ciento, ¿cuánto no más cierto y más fácil será que cien locos hagan uno?

Así, pues, ¿qué de extraño tiene que, á vueltas día y noche con aquellos manicomios sueltos que andaban por entre las hojas de los libros de caballería, el ingenioso hidalgo se contagiase?

¿Qué cosa más natural, que entre toda aquella multitud de Palmerines, Amadises, Galaores, Cides, Bernardos, Roldanes, Morgantes, Reinaldos, Olivantes, Florismartes, Pares, Boyardos, Orlandos, Tirantes y Belianises, hiciesen un Don Quijote?

VII

Curso de la locura.

La locura de Don Quijote duró próximamente año y medio, contando las épocas de relativo alivio, mientras estuvo en su casa.

De las tres salidas de Don Quijote, la primera, que fué la más corta, la hizo solo, sin rumbo fijo ni propósito determinado y claramente definido. Se fué en busca de aventuras, y sin otro objeto echó camino

de Montiel adelante. Esta ausencia de su lugar, de su casa y de su familia, duró tres días.

La segunda salida fué más larga que la primera, y la hizo Don Quijote acompañado de su escudero y con el propósito de visitar á Doña Dulcinea del Toboso. Estuvo fuera de casa próximamente un mes.

La tercera salida fué la más larga, lo cual no es extraño, si se tiene en cuenta la prolongada estancia de Don Quijote en casa de los Duques y el viaje á Zaragoza y Barcelona, que fué el objeto de esta tercera salida. Su duración hasta que regresó maltrecho y dolorido, como siempre, á su pueblo, fué próximamente de dos meses.

Ahora bien: contando con el tiempo que medió entre su primer reposo y su segunda salida, y que bien puede calcularse en quince días como mínimum, sumando el año que, más de más que de menos, estuvo en su casa desde que á ella llegó enjaulado hasta que hizo su tercer salida, y añadiendo la semana de la enfermedad febril que le condujo á la razón primero y á la muerte después, bien puede afirmarse, sin temor á equivocaciones, que efectivamente fué alrededor del año y medio lo que duró la locura de Don Quijote.

Durante ella tuvo que hacer cama varias veces para curarse de las consecuencias de sus aventuras; tuvo muchos, muchísimos momentos, días y aun semanas y hasta meses, de lucidez extraordinaria, para

lo cual estaba dispuesto por su inteligencia clarísima, por su ingenio peregrino y por su hombría de bien incuestionable; pero en ninguna ocasión se mostró aquella lucidez tan clara, serena y positiva como después de las fiebres y horas antes de morir.

Entonces fué únicamente cuando reconoció la sinrazón de las razones que tuvo para hacerse caballero andante.

«Dadme albricias—, dijo á sus amigos y parientes cuando los vió reunidos junto á su lecho—, dadme albricias, buenos señores, de que ya no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quienes mis costumbres me dieron renombre de bueno. Ya soy enemigo de Amadis de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiadas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad y el peligro en que me puso el haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino.»

Sin embargo de esta retractación tan paladina y absoluta, no creo yo, como Pí, Morejón, Benjumea, ni Tubino, que la semana de fiebre ni las seis horas de sueño curaron á Don Quijote.

La nueva vida fué la que le curó, y la agonía de la vida terrena la que le dió aquella lucidez más espléndida, si se quiere, que las otras que tuvo durante el curso de su insania; y de haber estado yo presente en aquella dolorosa escena de su acabamiento, hu-

biera hecho coro á Sancho Panza en sus sollozos y en sus palabras cuando dijo llorando:

«No se muera vuesa merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate ni otras manos le acaben que las de la melancolía.»

Efectivamente, si Don Quijote no hubiera muerto en aquella ocasión, habría vuelto á las andadas, bien de caballero andante, que hubiera sido lo más probable, ó bien en cualquiera de los episodios melancólicos que en Sierra Morena recordaban la antigua licantropia, en su regreso de Barcelona, aparecían en la forma soñadora y pegajosa del pastorileo, y en su propia casa, bajo la forma de una depresión de ánimo, de una verdadera desanimación que, prolongándose por más ó menos tiempo, le hubiera traído al mismo fin que le trajo entonces, pues real y verdaderamente la tristeza le mató, según opinión unánime del cura, el bachiller, el barbero, Sancho, el ama, la sobrina y el médico, el cual dijo rotundamente que *melancolías y desabrimientos le acababan.*

Hasta aquí, lo que pudiéramos llamar historia clínica de Don Quijote.

¿Bastarán los datos que en ella se muestran para establecer el diagnóstico de aquella locura?

Yo creo que bastan y aun que sobran.

Mejor hubiera sido contar con tiempo, ocasión y

aparatos para estudiar con fruto muchos detalles que han tenido, por fuerza, que pasar inadvertidos.

Sin duda tendrían un interés clínico de primer orden, una investigación antropométrica detallada, un análisis exquisito de todas sus funciones orgánicas, con ayuda de los laboratorios de fisiología, de química y de bacteriología.

Nada de lo dicho podría compararse con el examen directo de sus manuscritos, ni á la audición fonográfica de los cilindros impresionados con sus discursos, diálogos y monólogos, ni á la contemplación de su apostura, ademanes y gesticulaciones casualmente sorprendidos y rigurosamente conservados en la cinta de un cinematógrafo.

Aun todo esto junto resultaría pálido ante la luminosa información que podría hacerse en la actualidad, siguiendo la técnica de psicología experimental de nuestros filósofos clínicos y de nuestros metafísicos de laboratorio, por cuyos procedimientos rigorosos y pacientísimos podríamos presentar en sendas hojas la medida de las sensaciones, de la memoria, de la atención, de la efectividad, de la objetivación, de la asociación de imágenes, de la abstracción, del juicio, de la observación y del razonamiento.

Pero sin nada de lo que puede notarse en falta, es fácil dar á la locura de Alonso Quijano su nombre propio, según la nomenclatura de la psiquiatría actual.

Esto es lo más notable que, en mi concepto, se desprende del estudio del *Don Quijote*, considerado desde nuestro punto de vista.

La locura de Don Quijote es una locura cuya designación rigurosamente científica no aparece hasta cuatro siglo después de haberla padecido Alonso Quijano el Bueno, lo cual constituye un nuevo motivo de admiración para el libro inmortal.

No es cosa de pasar revista á todas las afecciones mentales, para llegar, después de un prolijo examen de diferencias y parecidos, al diagnóstico de la locura de Don Quijote.

En el transcurso de la narración clínica, hemos desechado algunas, y bien puede afirmarse que poniendo junto á la descripción cervantina todas las descripciones de psicopatías, desde la del idiotismo clásico hasta la flamante psicastenia de Janet, á todas repele, de todas desentona y con ninguna concuerda, si exceptuamos una.

Esta locura, bien definida y determinada, que se ajuste maravillosamente á la que padeció Alonso Quijano, es una paranoia crónica ó delirio sistematizado ó parcial de tipo expansivo, forma megalómana y variedad filantrópica.

Todos sabéis que, como dice Arnaud (1), las pa-

(1) *Traité de Pathologie mentale*, de Gilbert Ballet, pág. 458.—París, 1903.

ranoias son «estados psicopáticos funcionales caracterizados por ideas delirantes permanentes, fijas, metódicamente ligadas entre sí, que se desarrollan en un sentido determinado y siguiendo una evolución lógica». Así sucedía en Don Quijote, el cual discurría admirablemente en toda otra cosa que no fuese el motivo de su delirio, y dentro de éste también discurría con la lógica morbosa que se funda en los prejuicios. Habladle á Don Quijote de literatura, de ejército, de política y de administración, de historia ó de geografía, y os admiraréis de su cordura. Pero tocadle el punto flaco de la caballería andante, y como si diéseis jaboncillo á su discurso, resbala con suavidad y rapidez incontrastables por el plano inclinado de sus nefastos libros.

«Estos estados,—continúa el tratadista citado,—independientes de toda lesión orgánica apreciable hasta el presente, parecen igualmente independientes de todo origen emocional.» Así también en Alonso Quijano nada revelaba en su sintomatología que hubiese esclerosis, hemorragias, embolias, degeneraciones, neoplasias ó reblandecimientos en aquel cerebro privilegiado en la cordura como en la insania. Claro es que falta una autopsia en aquel cadáver, para dirimir con verdadero conocimiento de causa la contienda que algunos comentadores con pujos de mentalistas han establecido con sus opiniones en pro ó en contra de posibles lesiones; pero convenga-

mos en que á la ciencia de hace cuatro siglos le hubiese sido imposible descubrir las lesiones, que en todo caso habrían de ser de tal índole que sólo la técnica histológica podría descubrirlas, y confesemos que á la luz de la ciencia actual la simple narración de los hechos basta y aun sobra para descartar todas las cerebropatías de lesión conocida, estando la locura de Don Quijote más lejos de la parálisis general progresiva que el cielo de la tierra, y aun todavía más que nuestro pobre y deslabazado estilo de la admirable prosa de Cervantes.

Del mismo modo, ninguna clase de emoción, ni orden alguno de sentimientos, ni nada de lo que pueda referirse á la vida afectiva, influyó, poco ni mucho, en el mentalismo de nuestro héroe.

«Están las paranoias—dice el autor citado—en relación evidente con trastornos profundos y todavía muy obscuros de la cenestesia, pero se manifiestan primitivamente por una desviación de las funciones intelectuales, la cual, sin embargo, no lleva aparejada una debilitación de la inteligencia.» Precisamente es esto lo que acontece en el ingenioso hidalgo. Tan profundo es el trastorno del conocimiento íntimo de su personalidad, que no sólo aparece fuera de su lugar, vestido de otro modo y ocupado en otros menesteres, sino que hasta de nombre cambia, y si alguno le llamase, después de aquel memorable día de Julio en que salió por Montiel, D. Alonso Quijano

el Bueno, de seguro no habría de responderle, y de hacerlo, sería para protestar de la equivocación del osado malandrín y follón que en esta forma quería rebajar los grandes méritos del más grande de los caballeros andantes, pues eso y no otra cosa era él y por tal le reconocía todo el mundo, ya que á los cuatro vientos habían pregonado sus hazañas el nombre de Don Quijote de la Mancha.

Ideas delirantes es lo único que se encuentra en la psicopatía de Alonso Quijano, y bien claramente se percibe que esta desviación de las funciones intelectuales no es ciertamente de aminoración, ni mucho menos. Al contrario, más que debilidad en el discurrir, se nota mayor pujanza y brío, como lo atestiguan Sancho Panza, el cura y el barbero una porción de veces en el decurso de la historia, y como lo certifica en todo momento la primorosa manera de decir y el ingenioso modo de idear de Don Quijote.

«El delirio se presenta como un sistema limitado á una serie de ideas particulares—prosigue el mismo autor—; por esto el *delirio parcial* se opone al *delirio generalizado*.»

Esto, ni más ni menos, ocurre en Don Quijote. Nada de manía; la excitación intelectual no reza más que con las ideas de la caballería andante.

«Pero este carácter de trastorno parcial no es más que relativo, y debe entenderse que se refiere á la extensión del delirio, pero en modo alguno á la ex-

tensión de la perturbación intelectual; y aunque el delirio no se manifiesta más que á propósito de cierta serie de ideas, el espíritu está falseado en su conjunto, ya que se encuentra incapaz para apreciar exactamente y rectificar los elementos falsos que lo invaden.»

En efecto, Alonso Quijano no puede apreciar la falsedad de las ideas de su delirio, y combinando las ideas delirantes con las sanas, las falsas concepciones con las verdaderas, las percepciones reales con las ficticias, da el mismo valor á unas y á otras y con la misma razón habla como loco que como cuerdo, es decir, con una razón averiada.

«Á las ideas delirantes—continúa Arnaud—se añaden, en la mayor parte de los casos, alucinaciones.» Uno de estos casos es el de Don Quijote, en el cual también y por último la *primera manifestación de la desviación intelectual* fué *este delirio sistematizado*, por cuyo motivo su *paranoia* fué *primitiva*.

¿Quién puede poner en duda el carácter expansivo de esta paranoia, caracterizada por aquella exuberancia en la ideación y en el lenguaje, que ha sido, es y será siempre el asombro de las gentes; por aquel impetuoso coraje con que trataba de imponer su delirio sobre la razón de los demás y por aquel enorgullecerse de su influencia sobre cosas y personas?

¿Quién se atrevería á negar la forma megalóma-

na ó ambiciosa de este delirio, que le lleva á creerse todos y cada uno de los doce pares, y aun de los más de doce impares caballeros que, desde el Cid hasta D. Galaor, fueron en el mundo, y que le aseguraba las mayores honras, hasta el punto de estimar feliz el siglo que se hable de sus aventuras, y los más grandes provechos, hasta el extremo de ganar provincias y aun reinos enteros?

Por último, ¿cómo desconocer la filantropía de su locura, cuando por los demás expuso su vida, su salud y su tranquilidad, y no para él, sino para Dulcinea y Sancho Panza, quería las utilidades de todo aquel negocio de *batallas*, *encantamentos*, *sucesos*, *desatinos*, *desafíos* é *ínsulas* que le devanaban los sesos?

Como fin y remate de este diagnóstico que tan sobre toda ponderación coloca al príncipe de nuestros ingenios, debemos considerar el hecho clínico de observación diaria, del acompañamiento frecuentísimo de las ideas de persecución á las ideas de grandezas, en el delirio ambicioso sistematizado.

Don Quijote tuvo en su contra sabios, encantadores y hasta demonios, que diablo y no otra cosa le pareció el gato que con sus uñas y dientes hizo presa en aquel su pico de oro una de las noches que pasó en el palacio de los Duques.

Pero así como en el delirio de persecución esta clase de ideas son las primeras en desarrollarse, vi-

niendo luego las de grandezas, en el delirio megalómano las ideas de grandeza preceden á las de persecución, las cuales son tardías, ni más ni menos que ocurre en el caso de Don Quijote.

Ahora bien, señores, si allá por los años de 1885 causaba asombro la singular maestría con que Cervantes adivinó la existencia para cuatro siglos después, en los libros de medicina mental, de una especie morbosa que se llamó monomanía y en la cual encuadraba perfectamente la locura de Don Quijote, hasta el extremo de citar los alienistas la descripción de aquella vesania como modelo de monomanías, ¿qué hemos de decir nosotros ahora, en las proximidades de su centenario, ó sea veinte años después de la fecha citada, al notar que mucho, muchísimo más parecido que con la monomanía (forma de locura de vida fugaz en las nosotaxias de psiquiatría, de la que ya nadie habla, escribe ni se ocupa porque no tiene existencia real), existe entre la locura de Don Quijote y la paranoia, especie morbosa de indiscutible realidad cuyas descripciones modernísimas parecen calcadas en la descripción inmortal y cuya concepción filosófica brotó naturalmente en el cerebro de Cervantes con más claridad y mejor sentido que en los de todos los alienistas anteriores al siglo XX?

En efecto, no ya hasta Esquirol, sino desde Esquirol hasta la fecha, no se puede encontrar en los li-

bros una descripción tan acabada del delirio sistematizado crónico parcial, expansivo, megalómano y filantrópico, como en *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Lasegue; el año 1852, escribió acerca del *delirio de persecuciones*, en el cual no encaja nuestro loco; Morel, en los años 1852 á 1860, se ocupa de la transformación del delirio hipocondriaco en de persecución y en de grandezas; todo al revés que en nuestro caso.

Griesinger, el año 1865, considera el delirio sistematizado siempre como secundario. Ya hemos visto cuán primitivo fué el de nuestro hidalgo.

Sauder, el año 1868, describe el *Verruzktheit originare*, forma de delirio sistematizado de origen infantil en desequilibrados.

Foville, el año 1871, se ocupa de la locura con predominio de las ideas de grandeza, pero sin tocar para nada la filantropía en el delirio, ni desembarazar esta especie morbosa del concepto general de la locura. De este modo, franceses, alemanes é italianos, barajando la cronicidad y la agudeza, la degeneración mental y las psiconeurosis puras, lo primitivo y lo secundario, la curación y la demencia, han ido laborando medio siglo para llegar en el presente á ponerse de acuerdo con aquel caso de locura de magistral concepción y descripción maravillosa, el cual, consciente, inconsciente ó subconscientemente,

parece haber influído en el discurrir de todos aquellos alienistas para desentrañar en la complejísima nosotaxia psiquiátrica los elementos verdaderos, que, enmarañados con una balumba de prejuicios, impedían se hiciese ostensible para la ciencia lo que tan claramente supo ver y tan habilidosamente describir el ingenio del novelista; dando, al fin, por este medio, nombre técnico y existencia oficial á lo que Cervantes dió realidad y vida.

¡Lástima grande, que mientras la ciencia glorifica aquella imaginación que pareció una plasticidad viviente! ¡Gran vergüenza, que mientras nos preparamos á celebrar el centenario de su aparición, pensamos más en Don Quijote que como Don Quijote, y que nuestros talentos más preclaros, al comentar y maldecir las desdichas recientes de nuestra España, llamen al nuestro, país de quijotes, y hasta aconsejan cerrar con triple llave el sepulcro del Cid, que fué el primero de ellos!

Yo creo que andan errados al discurrir así; no es el espíritu de Don Quijote el que, haciendo nido de nuestras almas, nos ha llevado á los desastres. Al contrario, decimos y aun soñamos como Don Quijote, pero sentimos como Sancho Panza. Para engañar á los incautos y para engañarnos á nosotros mismos, nos pintamos y describimos aventuras como las del caballero andante, pero vamos á ellas como el escudero egoista y socarrón.

Desgraciadamente, en nuestra España faltan Quijotes y sobran Sanchos.

El ciudadano que, abandonando patria, hogar y familia, fué á Ultramar en busca de sueldos pingües, empleos, momios y privilegios irritantes, ¿es Don Quijote ó Sancho Panza?

El que, asustado ante las impurezas de la realidad permanece célibe, ó, si se casa, recorre toda la infame gama de colores que se extiende desde el fraude conyugal hasta el adulterio, pasando por el abortivo, ¿es Don Quijote ó Sancho Panza?

El profesor que explicaba matemáticas de 12.000 reales, ¿tenía más de Quijote ó de Sancho?

El propietario latifúndico, el industrial explotador, el comerciante codicioso, que viven con el trabajo de los demás y ganan el pan con el sudor de ajenos rostros, ¿son Quijotes ó Sanchos?

El tendero que mal pesa; el fabricante que falsifica; el que trafica con la puerta del contrabando y del matute: el periódico que, conociendo la verdad de las cosas, sirve á la populachería y nos lleva á una guerra para aumentar la tirada de su edición; el político que calla sus ideas por miedo á la impopularidad, conformándose con seguir la opinión en vez de dirigirla, y luego quiere aprovecharse de actitudes que no tomó, para llegar al poder; el caudillo que capitula por un empleo; el diputado que por la genialidad de un momento y por hacer una frase envía la es-

cuadra al desastre; y, por último, los que triplicaron la cifra corriente de redimidos á metálico, cuando hacían falta sacrificios de sangre y de corazón, todos ellos, señores, ¿tenían más de Don Quijote ó de Sancho Panza?

Y, por ventura, ¿no es ese el ambiente y esos los hombres de nuestra nación, á quienes saludamos, reverenciamos, obedecemos y admiramos, porque verdaderamente representaban y representan nuestro pensar y nuestro sentir, y han sido y siguen siendo el fiel reflejo de eso que se llama *opinión imparcial?*

¿No indica todo esto que bien enterrado está el Ingenioso Hidalgo y que el corazón nacional está vacío de aquel ánimo esforzado de nuestro Loco?

Sí, señores, sí; en España los Quijotistas son los menos, y los Pancistas son los más.

¡Quiera el cielo que, el próximo Centenario, no sea sólo glorificación para el libro inmortal, sino reivindicación de los derechos que á la vida nacional tiene el espíritu de Alonso Quijano, loco y todo, y que desde el año próximo los procedimientos cambien, el espíritu público se convierta, el alma que gobierna y dirige se retorne, volviendo las cosas en 1905 á la lógica del siglo de oro; dirigiendo las ideas grandes y obedeciendo los egoismos pequeños; que por aquel entonces las batallas se llamaban de Lepanto, y por este de ahora se llaman de Cavite; y después de Le-

panto se escribe el *Quijote*, mientras después de Cavite se redacta el tratado de París.

Quitémosle á Sancho el yelmo, la adarga y el lanzón, desmontémosle de Rocinante y pongámosle de horcajadas en su rucio.

¡Vuelva Don Quijote á oficiar de caballero! ¡Torne Sancho Panza á su oficio villano y escuderil!

Memoria del Doctor Correa Fernández.

Las Ciencias médicas en tiempo de Don Miguel de Cervantes Saavedra.

DOS PALABRAS

Á pesar de la galante invitación hecha por el distinguido Colegio Médico de Madrid, y circulada en la prensa profesional, para que los médicos de provincias tomásemos parte en el centenario de la aparición del ameno libro titulado *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, publicado por el notabilísimo escritor español D. Miguel de Cervantes Saavedra á principios del siglo XVII, parecíame un delito de lesa literatura intervenir en una solemnidad en la que realmente sólo debieran tomar parte exclusiva las eminencias de la ciencia, los adalides del buen hablar y los escritores y literatos de gallardo estilo y exuberante facundia.

No pensaba, pues, más que á solas y en los escondrijos de mi intimidad, rendir el más sincero y

entusiasta tributo de admiración hacia esa gloria imperecedera de nuestra patria y del mundo entero, autor insigne de una de las joyas literarias de mayor valimiento que los siglos han visto. Pero las amigables excitaciones del ilustrado Presidente del Colegio Médico de esta ciudad de Lugo, mi digno compañero D. Francisco García Neira, me han hecho caer en la tentación imperdonable de acudir con estas mal pergeñadas cuartillas, siquiera no sea más que á dar fiel testimonio del inmenso amor que nos embarga por todo lo que es grande y bueno, y lleva por añadidura el sello patrio.

Ya que no sea bastante á disculpar mi atrevimiento el entusiasmo sin límites que siempre he sentido por nuestro inmortal Cervantes y su obra *Don Quijote de la Mancha*, séalo al menos la buena fe con que dentro de mi humildad voy con este pequeño óbolo á ofrendar en el ara que asienta en ese nuevo monumento de gratitud y recordación que España entera eleva actualmente á aquel su hijo predilecto, á aquel ilustre genio que dictó las páginas de un libro de oro, cuya primera publicación es el objeto de que nos dispongamos á celebrar una grandiosa manifestación del amor que hacia él sentimos.

I

NOTABLE ACONTECIMIENTO DE LA APARICIÓN DEL «QUIJOTE»

En el intrincado laberinto de una literatura mediocre, de un modo de ser social pedantesco y ahito de conocimientos, y apenas los fulgores del renacimiento empezaban á extender su arrebolado manto por el dilatado campo de la naciente cultura universal, aparece el esplendoroso y prolífico genio de Cervantes, que, como un mágico poder y un sol refulgente, había de disipar las densas nieblas que con sus crespones todavía empañaban el anchuroso horizonte de nuestra hermosa literatura y lengua española. Con la magia de su bien cortada pluma, había de surgir en el centro del suelo ibérico, como por un resorte de aquellos tan celebrados antiguos encantamientos, una aurora sublime, que con sus atractivos y seductores rayos no tardaría en convertirse en un fecundo Apolo, que, tendiendo por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de su ingenio y las profundas inspiraciones de su portentoso talento, esmaltase con primorosos matices los abundantes materiales del idioma español, dando á la vez la más agradable forma al cuantioso caudal de excelsas concepciones, que al momento habían de arrancar las mayores pruebas de un júbilo indescriptible y una

admiración considerable en todos los pueblos cultos del globo terráqueo.

Mas al nacer el intenso foco luminoso del *Quijote*, no aparece tan sólo el pulimentado arte del buen decir, no sale á luz exclusivamente el gigantesco Proteo, revelador de la seductora amenidad de nuestro lenguaje, revestido de aquella esbeltez arrebatadora; sino que entre los pliegues de su variada indumentaria y en las expresiones y chocarrerías de sus asendereados protagonistas, se vislumbran los conceptos filosóficos y sociales de mayor transcendencia, que, en unión de sus brillantes exposiciones y todos los demás elementos literarios, habían de dar á un solo libro tal valor, que con justa razón sirviera de precioso punto de mira para formar época en los fastos de la historia de nuestra literatura y de la evolución progresiva de nuestro idioma.

Pero la excelencia, abundancia y belleza de los maravillosos cuadros trazados con mano maestra en las páginas del *Quijote*, que á manera de riquísimos diamantes reflejasen los multicolores destellos del ingenioso talento y saber de su autor, no limitaron su benéfica acción á engalanar con el ropaje más encantador la magnífica habla española ó castellana, sino que también dirigieron su poderosa influencia á encauzarla por la senda de la perfección. En esas bellísimas páginas y en sus magistrales párrafos, se habían de sentar igualmente las bases de una cultura

acicalada y provechosa, que tendiese sus alas hacia las coronadas cimas del progreso, que en los siglos posteriores asomó su radiante estela por entre las sinuosidades de la evolución humana.

No en balde ha puesto Cervantes, con verdadera valentía, de relieve aquellas creencias fabulosas de su época, las costumbres detestables de muchos de sus conciudadanos, los sistemas peregrinos de los escritores contemporáneos, ridiculizando su afectación y pedantería, los hipócritas procederes de muchos ciudadanos, la pordiosera nobleza de unos, las miras rastreras y egoístas de otros, el empirismo avasallador de gran número de charlatanes de todas clases, y hasta la bellaquería de aquellos que en inmensa porción formaban la mayor parte del pueblo ignaro y aun de una parte de gente que aspiraba á tener visos de ilustrada; anetematizando los vicios, la socarronería y falta de sentimientos, y dando, en una palabra, el golpe de gracia á numerosos errores y á la farsa social que enlutaba el brillo candoroso y resplandeciente de la virtud y del buen obrar. Y en las mismas admirables pinturas y descripciones destácase el fondo antagónico de su elevado altruismo, ensalzando la alteza de miras y de las buenas obras, proclamando muy alto la grandeza de las virtudes, de la honradez, de la ciencia, del valor, del patriotismo y de la laboriosidad.

¿Qué mucho que el *Quijote* fuera admirado y re-

cibido con alborozado júbilo por propios y extraños? ¿Qué de particular tiene que, al salir el tal libro de las placas y moldes de la imprenta, corriera veloz del uno al otro extremo de los continentes, traduciéndose é imprimiéndose en todos los más importantes idiomas existentes y se leyera hasta en las más lejanas comarcas del globo, si este libro ha sido el deleite placentero de todo aquel que saboreaba su lectura, el mentor fecundo y ameno de artistas, filósofos, escritores, moralistas y de toda clase de personas cultas en letras y ciencias, y un maestro sapiente, afable y gracioso para aquéllos que, aun cuando no se orlaban con las magníficas franjas del saber, poseían, no obstante, aunque en perspectiva, los rudimentos principales de la cultura?

La considerable categoría de encumbramiento que esta obra alcanzó entre todas las clases sociales y el grandioso rango á que por su mérito se elevó en la literatura española, le ha valido con justicia el dictado de ingeniosa y admirable, creando un estilo que desde entonces fué apellidado por antonomasia el estilo cervantesco, seguido posteriormente por una numerosa pléyade de ilustres autores.

Del *Quijote* se ha dicho, y con sobrado motivo, que fué la más ingeniosa y principal creación de la musa castellana, la obra literaria más leída y de la que más ediciones se han impreso, aplaudida y celebrada por españoles y extranjeros. El autor inglés

Boule la llamó en síntesis *honor y delicia del género humano*.

II

ACABADA DESCRIPCIÓN DE LA MANÍA PARCIAL DE GRANDEZAS DE DON QUIJOTE

Con la galanura y claridad que tan peculiar era á Cervantes, traza en grandes rasgos la silueta fisonómica del famoso hidalgo manchego, no olvidándose tampoco de esbozarnos su temperamento é idiosincrasia. La perfecta narración de sus proezas y aventuras había de hacer harto notorio su nombre y eternizar las hazañas que tanto lustre dieron á su historia. Imaginario ó real, este legendario personaje, ha sido convertido por la cultísima é insigne pluma de su ilustre autor en el nunca como se debe bien alabado *Don Quijote de la Mancha*.

El mismo Cervantes nos dice de él en el primer capítulo de su notable obra: «En efecto; rematado ya su juicio, vino á dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco alguno, y fué que le pareció convenible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante, y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de

agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda: y así con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentía, se dió priesa á poner en efecto lo que deseaba.»

No sólo en este acabado párrafo, sino en muchísimos pasajes de la historia quijotesca, así como en todos los numerosos hechos de armas y demás aventuras del célebre manchego, el eximio Cervantes bosquejó, cual hábil médico alienista, los caracteres patognomónicos de una manía sistematizada de grandezas, de una verdadera monomanía; no faltando tampoco, para dar mayor realce á su boceto patológico, ni la coincidencia de la edad, su manera de ser fisiológica, ni el cúmulo de alucinaciones é ilusiones que insidiosamente le embargaban, para dar al cuadro sintomatológico ese sindrome anormal, que, en último resultado, es la expresión fiel de esta suerte de alteraciones mentales. Esa continuada serie de delirios parciales alternativos con los diversos momentos lúcidos que permitían discurrir acertadamente al aventurero hidalgo, cuando disertaba y se movía fuera de la atmósfera de su andantesca caballería, así como su trato social cortés y morigerado, vienen á corroborar una vez más el perceptible contraste del hombre sano de juicio con el que ve inva-

dido por anómalos trastornos las elevadas funciones de su cerebro.

Mas en todo tiempo y lugar, y en donde quiera que la ocasión le brindase propicia, Don Quijote se movía, razonaba, acciona y gesticula bajo la pesada férula de su locura parcial, y ante el espejismo de sus ficticias grandezas, llega con su monomanía á la realización de actos que caen fuera de los límites de la psiquis normal, y de los que realmente era irresponsable dentro del terreno legal.

Si paramos mientes en los platónicos amores de Don Quijote, en sus quiméricas aventuras y soliloquios, vemos con verdadera sorpresa que en el modo de ser intelectual y moral del celebrado hidalgo, y, por decirlo así, en su esencia, se ha infiltrado una pasión ardiente hacia un ser desconocido. Aquel amor que en sus intimidades le devoraba, iba acompañado de una exaltación erótica sin excitaciones venéreas, propia de las alteraciones monomaniáticas que tan profundamente embargan el sensorio de los desequilibrados de esta índole.

Por si acaso estas nuestras aseveraciones se considerasen hiperbólicas ó no pareciesen amoldarse á la conformidad debida con los tratadistas mentales, no por eso hemos de llenar estas breves cuartillas con perplejidad de anotaciones para demostrar nuestro aserto, limitándonos á consignar sucintamente lo que el Dr. Legran Du-Saulle, en su importante trata-

do de Medicina legal, premiada por el Instituto de Francia, dice respecto á este particular, para que por una simple ojeada pueda apreciarse el carácter típico de la especial locura del célebre caballero andante Don Quijote de la Mancha.

En la sección de *enfermedades mentales propiamente dichas*, trata de los *delirios parciales*, que vienen á ser las *monomanías*, y se expresa al tenor siguiente: «Se llaman monomanías las enajenaciones mentales en las cuales el delirio es parcial; es decir, que las facultades mentales, lesionadas manifiestamente en un punto, parecen conservar en todos los demás la integridad de su función.»

Por más que la ciencia moderna no admita, en toda la acepción de la palabra, que la idea delirante sea aislada y única, sino que dicha idea ó alteración predominante es más bien el síntoma culminante que se destaca sobre un fondo general y primitivamente alterado. De aquí que á la monomanía actualmente no se la conceptúe en el sentido estrecho, en ese molde limitado que le atribuían y en que le encerraban los antiguos alienistas.

Morel propuso para la monomanía el nombre de manía sistematizada, el cual viene á estar mucho más conforme con las doctrinas actuales.

Pero, ya sea como una alteración mental puramente limitada, ya se la tenga como la manifestación más saliente de un trastorno general, ello es que

esta serie de delirios forman una especie de grupo aparte en la clasificación nosológica de las enajenaciones.

Siguiendo con el autor citado la opinión de Baillarger, dividiremos las monomanías en dos grupos: primero, las monomanías intelectuales; segundo, las instintivas ó impulsivas. Entre aquéllas hallaremos perfectamente caracterizada la del celebrado hidalgo.

«Existe, en efecto, una categoría de enfermos en los que las perturbaciones de la inteligencia son primitivas y predominantes. Una idea delirante se impone á su espíritu y concentra en ella la actividad. Si cometen actos delincuentes ó criminales, es á consecuencia de una serie de razonamientos lógicamente deducidos de esta concepción enfermiza que se convierte en foco principal de su actividad psíquica. La alteración de su espíritu es principalmente intelectual.»

En las numerosas formas de las monomanías intelectuales «no existen, al decir de Calmeil, una idea, una sensación, un recuerdo, una inclinación, un sentimiento, una disposición del alma, que no puedan, en circunstancias dadas, servir de base á falsos cálculos del juicio, mantener el espíritu de absurdas disposiciones, envenenar la existencia moral del hombre y ejercer un imperio tiránico de su voluntad».

Dentro de las variedades de monomaniacos, hallamos los ambiciosos ó de grandezas, quienes se creen

que son generales, ministros, reyes, emperadores, cardenales, papas ó arzobispos, que son valerosos y que no hay quien pueda con ellos, teniéndose por grandes personajes ó héroes. Hablan constantemente de su poder, de su valor y de su fortuna, y distribuyen á porfía empleos, cargos y condecoraciones.

El mismo Legran dice que los monomaniacos eróticos están devorados por un amor excesivo hacia un ser desconocido ó conocido. Su amor es puramente intelectual y no se acompaña de ninguna excitación venérea.

No deja de ser frecuente encontrar que las concepciones delirantes versan sobre más de un objetivo, aunque siempre uno de ellos ha de ser el eje principal de su torcida maquinaria; y así vemos que al delirio de grandezas va anejo á veces alguna pasión amorosa y aun ciertos amoríos, que ya pueden ser reales ó ficticios, como sucedía á nuestro ingenioso Don Quijote.

Bien claro se deja ver que al brillante genio de Cervantes no eran ajenos los conocimientos de las ciencias médicas, pues aparte de la acabada descripción que en la azarosa y regocijada historia del celebérrimo manchego hace de la monomanía intelectual de grandezas con un colorido pictórico y una exactitud fotográfica envidiables, hállanse en el transcurso de aquella deleitosa obra múltiples expresiones que revelan bien á las claras la intuición profunda,

la nada común erudición que de los conocimientos médicos tenía aquel insigne literato español.

Nada diremos del renombrado escudero de Don Quijote, de aquel manteado Sancho Panza, mezcla de socarrona malicia, obediencia é ignorancia, en quien los trastornos de su amo habían hecho tal poder sugestivo, que bien podemos decir que aquel delirio de grandezas se le había contagiado de tal manera, que había momentos en que era imposible acertar cuál de los dos era el menos cuerdo; á tal grado de alteración mental llegaron amo y criado.

III

DE CÓMO EN LA HISTORIA DE DON QUIJOTE SE ENSALZA LA MEDICINA Y SE RIDICULIZA EL CHARLATANISMO

Don Miguel de Cervantes Saavedra, al escribir su incomparable y meritorio libro del *Quijote*, demuestra en muchísimos de sus interesantes capítulos y relatos su elevado respeto y acendrado amor hacia la ciencia médica, enalteciendo á las personas que dignamente la representan y ejercen, y criticando sin compasión á los intrusos y charlatanes, que vilmente comercian con ella y tratan de aminorar su gran valimiento con su indigna explotación y ejercicio.

Á semejanza de lo que sucede, por desgracia, en nuestros tiempos, no faltaban en los de Cervantes

una caterva de curanderos é intrusos, y aun de médicos y farmacéuticos poco concienzudos y menos escrupulosos de la dignidad profesional, y ahitos de conocimientos, que, tomando el digno ejercicio ó la respetable profesión de la ciencia y arte de curar por un oficio cualquiera, no titubeaban engañar á las gentes, pretendiendo curar enfermedades que desconocían, teniendo la osadía de propinar y vender medicamentos cuyos efectos y resultados ignoraban, sólo con el exclusivo objeto de lucrarse la peseta. Renunciamos continuar hablando de tan execrable ocupación y de tan bajo mercantilismo, anatematizando en nombre de la honradez esa falta de sentimientos humanitarios de que los tales han dado y aún dan á todas luces inequívocas pruebas, al lanzarse sin las debidas condiciones al difícil desempeño de la excelsa misión de sostener encendido el fuego sagrado de la vida.

Rindiendo el debido tributo á la brevedad, iremos anotando ligeramente tan sólo algunos puntos del *Quijote* donde se hace mención de la ciencia médica y de los médicos.

En el capítulo II, de la primera parte, menciona la necesidad y conveniencia de que Don Quijote llevase consigo una caja llena de medicamentos para curar las heridas que recibiese en sus aventuras y encuentros.

Al hablar del bálsamo de Fierabrás, en el capítu-

lo X, lo hace en tal sentido, que desde luego se comprende la burla satírica que hace de aquellas drogas misteriosas que se decía lo curaban todo, incluso lo imposible de curar.

Don Quijote hace el mencionado bálsamo, que no era más que una mixtura de aceite, vino, romero y sal común, usándolo con gran fe para el tratamiento de sus heridas y demás padecimientos.

En el capítulo XVIII, cita al célebre terapeuta Dioscórides y á nuestro insigne doctor Laguna, en el sentido encomiástico.

Del final del soneto del capítulo XXIII, es aquél inequívoco aforismo:

Que al mal de quien la causa no se sabe,
milagro es acertar la medicina.

Lo que nos indica bien claramente lo difícil que es hallar remedio oportuno y eficaz cuando se desconoce la etiología de un padecimiento.

Bien se deja ver en el capítulo XXV la manera despreciativa con que Cervantes trata á los curanderos de oficio, al llamar sacapotras, sobrenombre denigrante con que designaba á los curanderos de hernias. Seguidamente Cervantes, por boca de Don Quijote, vuelve por el honor del cirujano Elisabed, que había motivado aquella alusión.

Habla Cervantes en el capítulo XXIX de las curas por ensalmos, dando á entender su ridiculez.

ineficacia y artificio, por la ocasión que tuvo de aplicarlas el cura del pueblo de Don Quijote, cuyo eclesiástico puso de relieve lo propicio que resultan para embaucar á los ignorantes.

Disertando Don Quijote sobre las excelencias de la caballería andante, dice que el caballero andante debe ser médico y herbolario, manifestando en ello á su vez la grandeza de la Medicina y de los médicos.

En el capítulo XLVII de la segunda parte, habla Cervantes, por boca de Sancho Panza, de los buenos y malos médicos, diciendo de éstos que á garrotazos limpiaría de médicos ignorantes la ínsula de que era gobernador, y que á los médicos sabios, prudentes y discretos les pondrá sobre su cabeza y los honraría como á personas divinas.

Vuelve en el capítulo XLIX, por medio de Sancho, á ensalzar á los buenos médicos y á tratar con dureza á los malos é ignorantes.

En el capítulo LX expone Don Quijote una consideración acertada del modo cómo deben tratarse los enfermos y del efecto de los medicamentos.

Finalmente, en el último capítulo de la interesante historia del hidalgo manchego se hace mención de cómo en llegando Don Quijote á su casa cayó enfermo, y habiéndose llamado al médico para asistirle, pronosticó con acierto el próximo fin del andante caballero, recomendando aquél á sus familiares atendiesen á prestarle los auxilios divinos y por ende á

la salud de su alma, con lo cual Cervantes nos da á entender que en su época los médicos eran religiosos y respetaban con esmero los preceptos de la sacrosanta religión católica.

IV

LA HIGIENE EN EL QUIJOTE

Las provechosas enseñanzas que en todos los ramos del saber humano contiene la celebrada historia del afamado caballero andante Don Quijote de la Mancha, no podían dejar de reflejar algunos preceptos y consejos utilísimos que estuviesen directamente relacionados con la Higiene.

Varias veces vemos á Don Quijote hablando sobre asuntos concernientes al aseo y conservación de la salud, pero como quiera que otro de los protagonistas de esta notable obra es el celebérrimo Sancho Panza, cuya bellaquería y afición á los placeres de la mesa le dominaban con harta notoriedad, á él principalmente fueron dirigidos los más elementales consejos profilácticos que se observan en las múltiples y diversas pláticas que con él tenía su amo, y aun las demás personas que intervienen en los hechos de que hace relación la andantesca historia.

El mismo Don Quijote nos habla de la importancia de la dentadura para la masticación de los ali-

mentos, en el capítulo XVIII de la primera parte de la narración de sus aventuras.

Bien notorios son los consejos que Don Quijote dió á Sancho cuando fué nombrado gobernador de la ínsula Barataria, en los quele decía: «Come poco y cena más poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago. Sé templado en el beber.....» Estos solos preceptos nosponen de manifiesto la transcendencia y el gran interés que Cervantes daba á la dietética.

«Sé moderado en tu sueño....»; tanto en esto como en todo lo demás que Don Quijote decía á su escudero Sancho, se advierte el profundo sentido higiénico que encierran sus consideraciones.

En el capítulo XL llamaCervantes médico al sol, y dice que con su ayuda el hombre engendra al hombre; de donde se desprende la gran importancia que el astro rey tiene en la creación, y la no menos transcendental que él daba y hoy se le considera en el campo de la Higiene.

Las prohibiciones de ciertas comidas que el doctor Recio hacía á Sancho cuando desempeñaba su gobierno, á fuer de la burla con que se hacían, llevaban, sin embargo, un fondo higiénico, dado el carácter un tanto glotón de Sancho. Tal se observa cuando le prohibía, entre otros, los platos de muchas especias, y cuando le decía que toda hartazga es mala. Tampoco iba descaminado Sancho al decir que

el negarle la comida antes sería quitarle la vida que aumentársela, con lo cual estaba del todo conforme el burlón doctor.

Muchas otras anotaciones podríamos traer á cuento, en las cuales se nota el buen concepto y los diversos conocimientos que Cervantes tenía formados del buen régimen y de todo cuanto es necesario para conservar y perfeccionar la salud; pero, en atención á la índole de este trabajo, hacemos caso omiso de muchos detalles, habiéndonos concretado á estas sucintas consideraciones, que, dicho sea de paso, ponen de manifiesto el cuantioso caudal de conocimientos que poseía aquel brillante luminar de la literatura patria.

Damos por terminada esta brevísima reseña, no sin antes participar que no perseguimos otro fin que el de rendir un pequeño tributo á un Genio de la nación española, que á todas las clases y profesiones sociales nos pertenece por la universalidad de sus conocimientos y por el grande adelanto que imprimió á la cultura patria.

Memoria del Doctor San Millán.

Don Quijote considerado como símbolo

de la asociación del Genio y la Locura.

El genio y la locura, ¿son hermanos? ¿Es el genio locura?

Unidos se les ve caminar á través de las civilizaciones, y unidos, sin duda, dirigieron los primeros pasos del humano progreso. Son como dos amigos, cuyos distintos caracteres, cuyos opuestos impulsos no pueden romper los íntimos lazos de cariño que anudó la amistad.

Abriendo la historia y hojeando sus páginas con sereno juicio, podrá verse en ellas cuántos locos, considerados como genios, han trastornado profundamente las sociedades, cuántos genios, considerados como locos, han sufrido ultrajes de sus contemporáneos. Á ninguno de aquellos locos le faltaba el genio; á ninguno de aquellos genios le faltaba la locura.

Ésta es *algo* en lo moral extraordinario, *algo* que hace destacarse al individuo de la masa común;

aquél es *algo* que en lo moral descuella, *algo* que sobre la masa común eleva al hombre.

Un cerebro dispuesto á responder, una idea que le excita, una pasión por esa idea, un argumento para sostenerla, un plan para ejecutarla. Este diseño, ¿representa un proceso de genio ó de locura? Puede aplicarse indistintamente.

Un cerebro dispuesto á responder: el de Quijana no era un vulgar cerebro. En su seno dormitaban grandes sentimientos, elevadas pasiones.

Un cerebro dispuesto á responder: Quijana era un hereditario.

Una idea que excita: idea brillante fué, por cierto, llena de abnegación y de heroismo. El valor, el desinterés, el amor al débil, la pasión por la justicia, hacen latir aquel cerebro noble é inflaman aquella alma generosa.

Una idea que excita: la ambición de glorias y de honores, el afán de popularidad, el prurito de no ser confundido con el vulgo, de ser admirado, respetado y temido, hacen presa en aquel cerebro predispuesto, que al correr tras su luminoso ideal, fija la vista en lontananza, sin mirar el terreno que pisa (lo práctico de la vida), se hunde en los abismos de la insensatez.

Una pasión por la idea: sí, una pasión que impide sentir el cansancio, una pasión que quita el sueño, era la que sufría el buen hidalgo, pues «se le pasaban las noches leyendo, de claro en claro, y los días de

turbio en turbio», dice su inmortal autor. Vendía sus tierras y malbarataba su hacienda para adquirir libros y más libros, impulsado por su ardoroso entusiasmo; y es que aquel cerebro encontró *su idea.*

Un argumento para sostenerla: los argumentos, cuando una idea apasiona, los da ella misma; si son verdaderos y justos, fácilmente apoyan sus cimientos en la verdad; si son falsos, la pasión cambia, altera el concepto de lo existente, lo interpreta á su modo, lo disfraza, y entre movedizas arenas de insegura playa cree ó finge hallar el firme para cimentar su edificio.

Un plan para ejecutarla: convencido Quijana de la razón de su locura, se decidió á hacer real lo que era un sueño, y cuando al oprimir los ijares del caballo emprendió su camino, llevaba en sí el germen de todos sus futuros hechos, el origen é impulso de todas sus venideras acciones; porque el plan es la expresión formal del proceso que ha hecho su evolución, es la idea adulta, la idea completa, es, en fin, la obra de un genio ó la manía de un loco.

No todas las clases de locura hermanan con el genio. ¿Cómo unir al genio las imbecilidades intelectuales, los delirios incoherentes, por ejemplo? Es la locura de los razonadores la que hermana, la locura de los «locos que no lo parecen», la locura de Don Quijote.

¡Don Quijote! ¡Cuántos no han visto en él más que

al mentecato, no han mirado más que sus locuras ó no le han considerado más que como el deforme y ridículo espejo destinado á afear las necedades de su época! Yo, á través del loco, veo en él al genio.

Es su locura de una forma grandiosa, verdaderamente genial. Y no ha de creerse por esto que es una afección rara ó imaginada por el autor para manejarla á su gusto; no, es un retrato fiel, tomado de la naturaleza; descripción más exacta no la haría el mejor alienista de los tiempos modernos.

Apoyado en una base falsa que le halaga por lo hermoso de su mentira, Don Quijote razona con lógica, y á la lógica y á la razón ajusta sus actos. No se encuentra incoherencia en su delirio; consecuente con él se muestra siempre en sus palabras y en sus obras. Cree que es su deber asistir al débil y protegerle contra el abuso de la fuerza; pues bien, no solamente sostiene esta opinión, sino que la practica, aunque las más de las veces el éxito no corone sus esfuerzos. Su plan exige que sea un fiel amante, y, consecuente con su plan, sacrifica en el ara de Dulcinea la dicha que le ofrece Maritornes, á quien por una ilusión sensorial ve convertida en embriagadora princesa. Del mismo modo, desdeña á la en apariencia enamorada Altisidora. Ha de alcanzar lauros con el vigor de su brazo, ha de conquistar inmarcesible y perdurable fama por su temerario valor, acometiendo altas empresas y espantables aventuras, y fijo

en ello el pensamiento, no cede jamás, de grado á la imposición de la fuerza, y en todos sus combates ataca siempre con brío al enemigo, aunque éste sea un descomunal gigante, capaz de lanzar por el aire á su caballo.

Debe ser cortés, galante, magnánimo, generoso.....; no se le verá una sola vez faltar á la conducta cuya norma trazó desde el principio.

Sabe discutir con cortesía y mantener con razones su opinión.

Las ilusiones sensoriales son en él numerosas, ya causadas por unos molinos de viento, objetos de existencia real y que ciertamente impresionan sus ojos, pero que mal percibidos por su cerebro, éste los trueca en gigantes tremebundos; ya son los rebaños transformados en ejércitos; ya la bacía convertida en yelmo; como, en fin, otras muchas que se producen en la función visual. El oído cambia en temeroso ruido de fantasmas el continuo rumor de los batanes, y encuentra notas de dulcísima voz en la grosera charla de una moza. Para su tacto es finísima holanda la más burda camisa. Para su olfato es ámbar el aliento nauseabundo que transciende á guisado trasnochado, y su paladar no ha de encontrar ordinaria como la de una venta la excelente comida de un castillo.

También las alucinaciones se forjan en su alterado espíritu; así, en el seno de la obscura cueva de

Montesinos ningún objeto puede hacerle ver tantas personas, ni ruido alguno puede fingirle allí tantas palabras, y, sin embargo, él cree haber visto y oído todo *aquello*.

En ciertas ocasiones manifiesta ideas melancólicas, como en su triste y ridícula penitencia en Sierra Morena; pero, siempre consecuente con su manía, trata de imitar á Amadís de Gaula cuando, llamándose Beltenebros, llora amargamente, en la Peña Pobre, el injusto desvío de su adorada Oriana.

Subordinado también á su principal delirio, se dibuja á veces el persecutivo; así, cierto encantador su enemigo, arrebata con artes mágicas el despacho y los libros de Don Quijote, convierte en molinos de viento á los gigantes para que la Fama haga enmudecer su trompeta, y cambia al vencido Caballero de los Espejos en el bachiller Sansón Carrasco para acibarar la gloria de victoria tan señalada. En muchas ocasiones le acecha y le maltrata con su encono. Y ha de ser un poderoso encantador el que tal hace, porque á tan alta persona como Don Quijote lo es, altas personas tienen que ser también las que la odien.

Por experiencia saben todos los alienistas cuántas molestias causan, con frecuencia, en los Ministerios los infelices atacados de esta forma de manía. Ora son grandes inventos los que presentan, ora planes seguros para la salvación de la Patria amenaza-

da. Don Quijote, cuando el cura y el barbero sus amigos, con hábiles razones tratan de comprobar si está curado de su triste dolencia, expresa convencido la idea de proponer al Rey, cite y reúna á todos los caballeros andantes españoles, pues, con esta medida, cree evitar á España las calamidades que se temen de la audacia del turco.

Dado este cuadro psíquico, ¿de qué afección se trata? Su carácter lo marca la manía de grandezas, sin que en ella se observe incoherencia alguna; es la megalomanía, la manía simple, el delirio ambicioso sistematizado.

Esto se ve con claridad; ¿cómo confundirlo con el primer período de la parálisis general progresiva de los enajenados? Es en ella el delirio incoherente, atropellado, vario; el que la sufre, exhibe su locura descarada y el vulgo lo señala como loco. Pero el maníaco simple, ¡cuántas veces, con su afección disimulada, impone á los demás su desvarío! No puede compararse el inflamado y obscuro cerebro del paralítico general con el encarrilado cerebro del maníaco simple, porque el maníaco sistemático, aunque esto sea paradójico, es un loco que conserva la razón. Al cabo, la manía sistematizada no es más que un silogismo con una falsa premisa.

Bastará que cite una opinión autorizada para apoyar este diagnóstico. Paul Regnar, en su obra *Las enfermedades epidémicas del espíritu*, después de

ocuparse en un breve párrafo de Don Quijote, cuya locura califica de manía simple, se expresa en estos ó parecidos términos: «Puede decirse que es á Cervantes á quien debemos la más admirable descripción de la monomanía vanidosa; el alienista más escrupuloso no la rechazaría.»

Pero Quijana albergaba en su alma altas pasiones y elevados sentimientos, por eso precisamente causaron en él tanta impresión los altos hechos. Los relatos de hazañas de bandidos podrán excitar vivamente los cerebros predispuestos al crimen, y los de vidas de santos afectarán al místico, porque cada cerebro se encariña con la idea apropiada á su sentir. Don Quijote quiso ser un genio porque amaba al genio, y lo amaba porque llevaba el germen en sí mismo.

Quien es capaz de dar los consejos que Don Quijote á Sancho, al partir éste para el gobierno de su ínsula, es un genio. El que lo ponga en duda, vuelva á leer con detenimiento el discurso sobre las Armas y las Letras. Su afición y su manía hacen á Quijana poner las armas por encima de toda otra ocupación humana; pero al defenderlas con tal pasión, ¡con qué razones las defiende! ¡con qué argumentos! ¿No es un genio el que pronuncia tal discurso? Cervantes dice á esta sazón: «en los que escuchado le habían, sobrevino nueva lástima, de ver que hombre que al parecer tenía buen discurso en todas las cosas que trata-

ban, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándose de su negra y pizmienta caballería».

La plática que Don Quijote sostiene con el Caballero del Verde Gabán y el análisis y la defensa que hace en ella de la poesía, sólo pueden atribuirse á un genio. ¡Qué talento muestra en todas sus palabras! Y cuando, aconsejando á su nuevo amigo sobre la educación del hijo de éste, le dice cómo debe juzgar sus escritos, su frase: «la pluma es lengua del alma», es verdaderamente genial. Tan alto entendimiento muestra, que produce honda admiración en el caballero que le escucha; y en prueba de ello basta recordar las siguientes líneas: «Admirado quedó el del Verde Gabán del razonamiento de Don Quijote, y tanto que fué perdiendo de la opinión que con él tenía de ser mentecato».

No es necesario insistir más en este punto; el que lea la incomparable obra de Cervantes, encontrará á cada paso en el protagonista rasgos de un genio extraordinario, nada común. Lo mismo que entre las espesas volutas de los revueltos humos de un combate se advierte el brillo de los fogonazos y á través de las grises y opacas nubes de la tormenta pasa victorioso el vivísimo fulgor del rayo, así tras de la falsa idea que constituye la locura de Don Quijote se dibuja con enérgicos rasgos la figura moral de un hombre de inteligencia superior.

Su locura fué demasiado graduada para permitir

á su genio hacer prosélitos. Si su idea fundamental no hubiese estado tan apartada de las usanzas y necesidades de su época, Don Quijote pudiera haber sido el fundador de una nueva costumbre, de una escuela, de un nuevo régimen.

No hay más que echar una ojeada sobre cualquier punto de la historia, para convencerse de que no es exagerada tal afirmación.

Desde los remotos tiempos cuyos confusos ecos apenas se perciben, desvanecidos en la lejanía de las edades, aparecen genios á los que su locura, ó bien causa la perdición, ó bien los eleva, los engrandece y empuja tras ellos á las contagiadas y convencidas masas.

Valmiki, el Homero de la India, ¿no fué un genio? Valmiki, el Homero de la India, ¿no fué un loco? ¡Qué imaginación tan viva y tan inspirada la suya! ¡Cuántas generaciones selló con su carácter! Pero al mismo tiempo, ¡qué fantasía delirante mostró en sus escritos! ¡cuántos absurdos é imposibles!

En los libros de aquella curiosa civilización, en el Rig-Veda, en el Ramayana, en el Mahabaratha, se abrazan estrechamente la locura y la poesía.

Más adelante, la gran figura de Buda se hunde en el caos de la enajenación, buscando el estado de Nirvana.

En Persia, Zoroastro, el presunto autor del Zend-Avesta, abandona su posición de Príncipe, aceptando

toda clase de privaciones impulsado por su manía, sin dejar de mostrar, á pesar de todo, un claro talento y un alma grandiosa.

Los delirios de Homero son sublimes, y sin embargo son delirios.

Anaximandro y Anaximeno, hombres cuyo talento superior produjo importantes adelantos científicos, adulteran lastimosamente, con sus dislates, las doctrinas filosóficas del maestro Thales de Mileto.

Pitágoras, á través de su sabiduría, deja traslucir el delirio ambicioso.

Á Sócrates se le atribuye la comunicación con un espíritu familiar que se suponía le inspiraba. Algunos niegan que el gran filósofo afirmase tal cosa; pero si tal afirmó, á pesar de su valer, era un hombre que sufría alucinaciones.

Platon, al lado de su gran ingenio, muestra tal desorden cerebral en la expresión de sus ideas filosóficas, que, aun después de un estudio detenido, no se sabe si es un sensualista ó un verdadero idealista. El examen de su proyecto de República, en el que junto al comunismo y á la promiscuidad más igualitarios, figuran las tres castas con mezcla de oro, plata y hierro, respectivamente, bastaría para calificarle. La necesaria brevedad de este trabajo impide detallar en una materia sobre la que podrían escribirse muchos tomos.

No dejaré, sin embargo, de citar á Antístenes,

fundador de la escuela de los cínicos, y á su dicípulo Diógenes. Respecto al estado mental de estos filósofos, no es menester detenerse á examinarlo. Ni olvidaré tampoco al enajenado genio de Epicuro, tan mal interpretado, en verdad, por sus discípulos, y con severidad tan excesiva juzgado por la Historia. Ni á Zenón de Citium, el fundador de la escuela de los estoicos. Bajo el Imperio romano, las escuelas de los eclécticos y de los neoplatónicos suministran también repetidos ejemplos.

Sin estudiar bajo este punto de vista á pensadores de tiempos más modernos, y pasando á otros órdenes de manifestaciones del genio humano, si al gran Alejandro de Macedonia le clasifico entre los locos, no seré yo el primero que lo haya hecho.

¿Quién, al ver en Julio César uno de los hombres más grandes de la Historia, no encuentra en él, al mismo tiempo, un degenerado y un imbécil moral?

La limitación impuesta á este trabajo me impide continuar añadiendo datos y revistar otros ramos de manifestaciones psíquicas; pero ¿será necesario, acaso, citar nombres de grandes artistas que han sido grandes locos?

El vulgo mismo, con su observadora penetración, ha considerado como un hecho frecuente la unión del genio y la locura. ¿Quién no le ha oído muchas veces calificar de *chiflados* á los sabios y á los artistas?

Pero cuando con mayor facilidad y abundancia se encuentran ejemplos es en los tiempos de grandes acontecimientos, de grandes crisis humanas, de grandes revueltas sociales.

Se comportan frecuentemente las civilizaciones con los cerebros de su tiempo, de análoga manera que los lagos y los mares con los objetos aprisionados en sus aguas. Si en éstas reina la calma, sólo materias leves sobrenadan, mientras que los objetos de más peso reposan en el fondo, pudiendo solamente ser conocidos por el examen atento de una penetrante mirada y á la luz de los vivos rayos de un claro sol. Pero cuando cubren el cielo densos vapores, el viento lanza sus vigorosas ráfagas y se desata la tormenta, entonces las agitadas y revueltas aguas alzan del removido fondo objetos más pesados, y éstos llegan á aparecer y á brillar en la alterada superficie.

¡Cuántas revoluciones han hecho grandes hombres y han inmortalizado á muchos que, sin ellas, hubieran pasado con sus existencias silenciosas, á través de la obscuridad de los ignorados! Y es que las revoluciones son los reactivos cerebrales de los pueblos.

No es, por cierto, moderna la opinión que considera próximos parientes á la locura y al genio. Ya entre los griegos, la palabra *manía* lo mismo expresaba la locura que la más viva inspiración.

Naciones existen hoy, en las que el respeto y la

veneración rodean á los locos, pues se les mira como á seres superiores, como á inspirados, como entes sagrados.

Nullum magnum ingenium sine mixtura demenciæ, ha dicho Aristóteles. Pero, ¡asusta pensarlo! ¡Tantos locos! ¿No es la tierra más que un manicomio ambulante que rueda en su loca marcha á través de los espacios?

Debo detenerme. ¿Á dónde me han conducido mis afirmaciones?

El que es un genio, es un loco, según se ha visto antes.

Cervantes, como literato, fué un genio; pues con su genio asombró al mundo.

Cervantes, moralista, fué un genio; sus obras lo revelan.

Lo fué como psicólogo; ningún psicólogo lo pondrá en duda.

....

Cervantes, bajo cualquier punto de vista que se le considere, fué un genio; esto nadie lo negará.

¡Luego Cervantes fué un loco!

Después de decir cuanto llevo dicho, no debo creer que he incurrido en paralogismo ó falacia; por consiguiente, conforme á la lógica, no tiene réplica el epikerema.

En fin, si Cervantes fué un loco, hay que pedirle á Dios que de tal locura toda la humanidad se vuelva loca.

Pero, sí; es sofístico el razonamiento antes expuesto. No todos los genios son locos, aunque muchos lo sean.

Fijando un momento la atención y pensando sin prejuicios, no es difícil alcanzar el *por qué* de la notable relación que existe entre el genio y la locura.

No hay, entre la razón y la manía, una barrera fija, un muro determinado que señale sus fronteras; entre sus campos no se alza siquiera la estatua del dios Término; es indefinido el límite, insensible el tránsito.

Por otra parte, el acabado tipo del hombre en el perfecto estado fisiológico, no existe. Únicamente la imaginación lo concibe y se lo representa. Lo mismo sucede con el sistema nervioso; lo mismo con el cerebro en particular: no hay un tipo perfecto de cerebro. Y esta idea se ha generalizado de tal modo, que son muchas las sentencias populares que la expresan; por ejemplo: «De poeta y loco, todos tenemos un poco.» «Si la locura fuese dolores, en cada casa habría voces.» *Si tous les fous portaient un bonet blanc, nous ressamblions à un troupeau d'oies.*

En varios idiomas y dialectos se encuentran refranes que sientan la misma afirmación, exagerada para darle relieve.

Mientras la discrepancia que se observa entre un determinado cerebro y los de la generalidad de los humanos no se manifieste muy graduada, no podrá

calificarse aquel cerebro de anómalo ó enfermo, del mismo modo que no se sale de los límites de la fisiología un temperamento sanguíneo ó nervioso, por ejemplo, ó una idiosincrasia hepática. Pero cuando la diferencia es más importante, cuando algo que hay en él, le separa mucho de los demás, como anómalo ó enfermo podrá considerársele. Las enfermedades no son únicamente producidas por defecto de una función, también pueden ser producidas por exceso.

Si se añade á lo dicho, que es frecuente encontrar cerebros que, anómalos por exceso de desarrollo en una región, lo son por defecto en otra, y que la hiperemia es origen de locura, y el abundante riego causa de actividad y de riqueza, ¿será preciso buscar más para encontrar la explicación?

Se ve, pues, que aunque hay muchos genios que son verdaderos locos, hay otros muchos cuya calificación de tales (como la de los demás hombres) depende del sitio en que se consideren colocadas las fronteras entre la locura y el juicio.

El insigne autor de *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, el incomparable creador del *Quijote*, no sólo se propuso en este libro castigar la perniciosa afición á los libros de Caballerías, afición que llegó á convertirse en una verdadera manía colectiva; Cervantes en su obra más grande se propuso y supo alcanzar muchos fines. Uno de ellos, y muy interesante por cierto, fué la representación simbólica del

consorcio del genio y la locura, importante fenómeno que tan transcendental ha sido en todas las civilizaciones, que tan profunda influencia ha mostrado en la evolución de la humanidad. Esto puso de relieve en Don Quijote, como supo hermanar en Sancho la ignorancia y la credulidad con la maliciosa perspicacia del vulgo.

Bajo variadísimos aspectos se ha analizado la principal obra de Cervantes; cada cual la ha estudiado especialmente bajo el punto de vista de su profesión ó de sus conocimientos, y aun siendo así examinada por peritos, siempre ha causado profunda admiración. Porque Cervantes fué un genio universal; porque Cervantes ha sido uno de los más grandes hombres que han pisado la tierra.

La incomparable popularidad de sus obras, traducidas á los idiomas de todas las naciones civilizadas y leídas con veneración por todos los hombres cultos del mundo; los infinitos elogios y alabanzas que de él se han hecho y la esplendorosa gloria que ha rodeado su inmortal figura, todavía son pálidas y leves recompensas á tan excelso mérito. Y es que no se pueden ni se podrán encontrar en el humano lenguaje medios suficientes, conceptos apropiados para alabar como fuera justo, para ensalzar cual lo mereció al príncipe de los escritores, al ingenio de los ingenios, al asombroso, al inmenso..... al *incalificable* Cervantes.

Memoria del Doctor Megía y Alfonso.

CONSIDERACIONES MÉDICAS

SOBRE LA CONDICIÓN Y EJERCICIO DEL FAMOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

PRÓLOGO

Rebuscando, en mi juventud, entre los libros de la biblioteca paterna, para dar con alguno, de carácter novelesco, que entretuviera mis ocios y descansara mi espíritu fatigado por la aridez de estudios escolásticos de cierto orden, á los que no sentía yo inclinación alguna, hallé uno, editado en Madrid el año 1847, titulado *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra.

Afrontábale una lámina con el busto de un hom bre de cara larga y estrecha, frente despejada, pelo crespo y entrecano, cejas bien arqueadas, mirada inteligente, nariz larga y recta, bigote y perilla marciales, cuya terminación puntiaguda, junto con una ligera depresión de sienes y carrillos, modificaban en el sentido indicado el aspecto fisonómico. Cerraba

este retrato ovalada orla, que remataba en la parte superior la figura de una ave Fénix, y en la inferior la inscripción «Cervantes».

Ilustraban la obra profusión de grabados, buenos para aquellos tiempos, de menor adelanto que al presente en el arte gráfico, con el sello de elegancia de la acreditada casa editorial Gaspar, Roig y Compañía; y era, en resumen, una novísima edición clásica del *Quijote*, ilustrada con notas históricas, gramaticales y críticas, según las de la Academia Española, sus individuos de número Pellicier, Arrieta y Clemencín, y además las de F. Sales A. M. y Luis Viardot, aumentada, anotada y corregida por Martínez del Romero.

Este libro divide en capítulos la obra que Cervantes escribió por partes; y el capítulo I, correspondiente á un fragmento de la primera parte, donde se da cuenta de la «Condición y ejercicio del famoso hidalgo Don Quijote de la Mancha», sirve de base al presente estudio para reflexionar acerca de las condiciones con que la prodigiosa inventiva de Cervantes dotó al principal personaje, al protagonista de su novela en *estado sano;* y si de ellas puede colegirse su intento de crear un tipo predispuesto á la locura, ó si esta enfermedad sobrevino, sin predisposición alguna, por el solo efecto del inmoderado afán de la lectura de libros de caballerías y vigilias prolongadas.

¿Creó Cervantes en su "Don Quijote,, un tipo predispuesto á la locura?

I

ANTECEDENTES

Muéstrase Cervantes muy parco de noticias de Don Quijote antes de que *secara su cerebro y le trastornara el juicio* la excesiva afición á la lectura de fantásticas y extravagantes historias de caballerías. Hidalgo, de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor, de escasa hacienda, viviendo en compañía de una ama que pasaba de los cuarenta, de una sobrina que no llegaba á los veinte y de un mozo de campo y plaza, que así ensillaba el rocín como tomaba la podadera, frisando en los cincuenta años, de complexión recia, seco de carnes y enjuto de rostro, gran madrugador, amigo de caza, y dedicando los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) á leer libros de caballerías, con tanta afición y gusto que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza y aun la administración de su hacienda. Así traza Cervantes la figura de su Don Quijote, tal como su mente la creara; y debe estudiarse, para dilucidar el tema propuesto, cuanto dice y calla de ella.

No buscó su tipo en la fastuosa Corte, ni en la

gente adinerada, ni le arrancó de las plebeyas turbas, sino de un medio superior á éstas é inferior de las otras, ennobleciéndole con el título de hidalguía, pero de tan escasa hacienda, que si le proporcionaba medios de vida, eximiéndole del trabajo corporal y largos ratos de ocio para dedicarlos al ejercicio de la caza y á la lectura, no le permitía lujo alguno en su servidumbre, en su vestir ni en su mesa, que casi corría parejas con el pesebre de su desventurado rocín, el primero de los rocines del mundo, con más cuartos que un real y más tachas que el caballo de Gonela, que *tantum pellis et osa fuit.*

Le domicilió en un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiere acordarse (¡hermosa preterición!); en la vida rural, adonde los ecos del mundanal ruido llegan muy apagados para despertar grandes ambiciones; en contacto íntimo con las galas que la Naturaleza brinda en la alborada y en la diversidad de paisajes é incidencias que la caza ofrece: ejercicio muy apropiado á su complexión, á su edad, á su fortuna, á sus gustos caballerescos y compatible con los escasos cuidados de su reducida familia.

De complexión recia, seco de carnes y enjuto de rostro, que parecen demostrar un temperamento nervioso; de fibra seca y fuerte, resistente á la fatiga; de gran energía física y moral, en el que afectos y pasiones arraigan con suma violencia.

Con instrucción suficiente para tener muchas ve-

ces competencia con el cura de su lugar, que era hombre docto y graduado en Sigüenza, y aun cuando este grado no acusara en el cura mucha doctrina, según Pellicier, y aún la tuviera menos maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, no cabe duda de que Cervantes colocó á Don Quijote en término honroso en la esfera de la intelectualidad de su lugar, y más si se tiene presente las condiciones de aquellos tiempos en que la incultura era bastante general (casi como ahora) en la población rural.

Su familia se reducía á una sobrina que no llegaba á los veinte años, y su servidumbre, á una ama que pasaba de los cuarenta y á un mozo de campo y plaza, que por sus múltiples servicios ahorraba otros servidores.

Estos son los datos positivos que Cervantes da de su Don Quijote, que en síntesis resulta un cincuentón, de temperamento nervioso y, por consiguiente, enérgico, de costumbres sanas, aficionado á la lectura de libros de caballerías, tan común en aquella época, y al saludable ejercicio de la caza, hidalgo de escasa hacienda y de muy limitada familia que él no había creado.

II

CAUSAS PREDISPONENTES

Don Quijote ¿era célibe?

¿Era enamoradizo?

¿Dominaba el sentido genésico honestamente, ó sucumbía á sus exigencias?

Juzgando por el silencio que Cervantes guarda, puede suponerse que Don Quijote era célibe, y que durante su juventud no prendió con gran fuerza el amor en su corazón, cuando Aldonza Lorenzo, de quien él un tiempo anduvo enamorado, jamás lo supo, ni se *dió cata* de ello. Y si después, cuando su juicio estaba ya trastornado, se enamoró de ella, llamándola Dulcinea del Toboso, obedeció su impulso, no á necesidades del corazón, sino á la impresión producida por la lectura de libros de caballerías; colocando en último término al amor, esto es, después de limpiar sus armas, hacer del morrión celada, poner nombre á su rocín, confirmándose á sí mismo, dándose á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse, porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma. Idea más apropiada á los caballeros no andantes, porque constituye una necesidad social, y de la cual andaba tan lejos Don Quijote cuando era cuerdo.

Dice Cervantes que Don Quijote tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza. ¿Por qué cita primeramente al ama, si en el orden afectivo y familiar la sobrina debe ser preferida en la cita, porque los lazos de ésta son los del

parentesco, y los de aquélla el trabajo retribuído? ¿Quería más al ama que á su sobrina? ¿Por qué? ¿Daba más importancia á la edad que al parentesco, como prefería la dignidad y la instrucción citando al cura de su lugar ántes que al barbero maese Nicolás? Preséntase muy obscuro Cervantes en este punto, y no es lícito traspasar los límites que su discreción tal vez se impusiera.

El celibato voluntario, no regulado por el sentimiento religioso, es, sin dudarlo, una de las causas más frecuentes de locura, y, en particular, de manía erótica; pero como Cervantes no se propuso describir un erotomaniaco, pues en este caso no hubiere puesto á su alcance los libros de caballerías, sino los de aventuras galantes, pasamos rápidamente sobre este punto.

Inúltilmente se inquirirá en la herencia, ni en enfermedades anteriores, esta predisposición; y al dotarle de complexión recia, casi puede contestarse negativamente, porque en el sentido en que los antiguos comprendían la complexión, como relacionada con el modo de ser especial de los humores que constituyen al hombre con una organización sana, robusta ó débil, la complexión recia es sinónima de robusta y dotada por consiguiente de ricos humores que favorecen las acciones fisiológicas del organismo.

Si sus progenitores adolecieran de vicios que im-

purificaran los humores, si la vida de Don Quijote se hubiera deslizado hasta los cincuenta años, acibarada por afectos morbosos que dejan fatal estigma en el organismo, con predisposición á la locura, no le hubiera favorecido Cervantes con la complexión recia, sino con la débil; porque á la ilustración de Cervantes no podía ocultarse que de mala semilla no puede esperarse buen fruto, y que no acusa gran fortaleza el organismo que se doblega fácilmente al azote de las enfermedades.

En esto le hizo más rico que en bienes de fortuna, creando un tipo varonil, á lo que ni la delgadez de carnes ni la tirantez del rostro se oponían en modo alguno.

Pero si en la complexión no se halla vestigio de predisposición, tal vez no pueda afirmarse lo mismo al temperamento, edad, aficiones, estado de imaginación, abuso de la lectura y vigilias prolongadas.

En los sujetos de temperamento nervioso, hay un predominio de la acción nerviosa, y con especialidad, del sistema encefálico, una exquisita sensibilidad, una grande impresionabilidad de toda la economía. Estas condiciones predisponen de un modo especial á las afecciones vaporosas é histéricas, las convulsiones, las perturbaciones de las sensaciones y de las facultades intelectuales; por cuyas razones ha sido conceptuado el temperamento nervioso como predisponente á la locura; y en él se fija Cervantes,

con preferencia al sanguíneo y linfático, porque no había de hallar en éstos, como en aquél, rico manantial para las locas aventuras de su personaje.

La edad viril y la vejez, son épocas en que con más preferencia se producen los trastornos intelectuales, porque en la juventud, por las condiciones que á esta edad caracterizan, las mismas causas obran menos profundamente y la energía orgánica reacciona con mayor ímpetu contra los afectos deprimentes. Y así se explica por qué Cervantes toma á Don Quijote en la edad que frisaba en los cincuenta años, en la decadencia de la virilidad y principios de la vejez, á donde llegan apenas vestigios y borrosos recuerdos de la juventud.

La relativa riqueza, que le permitía estar ocioso casi todo el año, mientras que el activo ejercicio de la caza contrarrestó los perniciosos efectos de la ociosidad, no constituyó causa especial predisponente; pero cuando desapareció este contrapeso y su imaginación no se distrajo con las impresiones campestres, sino que, por el contrario, la afición extrema da á la lectura, junto con las vigilias prolongadas, cambió sus hábitos activos en sedentarios, pudo muy bien convertirse en causa predisponente.

Á complexión recia, constitución fuerte y temperamento nervioso, cuadra bien la viveza de imaginación; y aun cuando esta facultad perceptiva se halla repartida con mucha desigualdad entre individuos de

un mismo temperamento, es tanto más excitable cuanto mayor es la actividad nerviosa; y por sí misma puede ser causa predisponente de locura.

En la imaginación, y sólo en la imaginación, es donde tienen su raíz y lo que se llama su asiento las enfermedades mentales, propiamente dichas. Si tuvieran su foco en el espíritu, serían errores ó vicios y no enfermedades; y si proviniesen del cuerpo, no serían *enfermedades del alma*. Para engendrar este triste azote de la humanidad, es necesario que el cuerpo y el alma se pongan en contacto; y este contacto no puede verificarse sino por medio de la imaginación. (Fenchtersleben.)

La imaginación es la facultad anímica menos estudiada y quizá la facultad que menos á fondo puede estudiarse, porque enlazada como está con todo el sistema, y sobre todo con los nervios y el cerebro, según lo demuestran tantas enfermedades singulares como vemos, parece ser, no sólo el vínculo y la base de todas las facultades superiores del alma, sino también el lazo que une el espíritu con el cuerpo. (Herder.)

Uno de los excitantes más poderosos de la imaginación es la lectura; y cuando ésta es inmoderada y recae sobre novelas y asuntos frívolos, y además se acompaña de prolongadas vigilias que enervan de una manera desmedida y congestionan el sistema cerebral, principia sus estragos produciendo excentri-

cidades de carácter y termina engendrando enfermedades mentales. (Euislain.)

La fidelidad con que asoció Cervantes en su *Don Quijote* estas condiciones predisponentes, se desprende de sus propias palabras, al decir: «que se enfrascó »tanto en su lectura (de las extravagantes obras de »caballerías), que se le pasaban las noches leyendo »de claro en claro y los días de turbio en turbio; y »así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el »celebro de manera que vino á perder el juicio.»

Sí; las vigilias prolongadas, junto con la excesiva afición de la lectura de obras de historias de caballerías, vicio dominante de aquella sociedad, que se propuso fustigar Cervantes, fueron la causa ocasional y determinante, que, asociada á las predisponentes enumeradas, obró sobre la imaginación, sobre el lazo de unión entre lo espiritual y material, para crear la enfermedad del alma que aquejaba á aquella sociedad, al igual que á la sociedad actual afligen otras enfermedades de idéntica índole y producidas por la misma perturbación de la imaginación en diversos órdenes de la vida. Por eso es imperecedera su obra, porque demuestra la predisposición humana á todos los errores, á todas las locuras, en todas épocas, si la sana instrucción y sólida cultura no inutilizan la acción de las causas determinantes dispuestas á obrar sobre la imaginación individual y colectiva.

Creó en su *Don Quijote* un tipo predispuesto á la locura. Es más, marcó con sin igual maestría la transmisión del estado sano al de perturbación mental, señalando al propio tiempo el sitio donde radica esta perturbación, tanto en el individuo como en las muchedumbres, que son con frecuencia víctimas de imaginaciones febriles, calenturientas, que las empujan locamente á las más descabelladas empresas en nombre de ideales que hieren vivamente la imaginación popular.

¡Gloria inmortal al prodigioso genio de Cervantes, que, elevándose sobre todas las inteligencias de su época, comprendió y fotografió, con singular maestría, una de las enfermedades que afectan más cruelmente á la naturaleza humana, porque hiere cuanto de más nobleza se encierra en ella!

Y gloria también á la por muchos conceptos ilustre ciudad de Alcalá de Henares, que, entre sus timbres más preciados, ostenta con legítimo orgullo el de ser patria de tan portentoso genio; y á la que se halla vinculado por el afecto.

Memoria del Dr. Rodríguez y Fernández.

ALGUNOS DATOS

ACERCA DE JUAN DE LA CUESTA, IMPRESOR DE LA PRIMERA EDICIÓN DEL «QUIJOTE», Y ALGUNAS PALABRAS ACERCA DE ESTE LIBRO

Es, en rigor, un acto de justicia extender el aplauso á los que coadyuvaron á la publicación del *Quijote;* y si hasta el edificio en que se hizo su primera edición, en la calle de Atocha, ha merecido una lápida, bueno es que ya que en ella no aparece, sino muy en pequeño, su recuerdo, se diga en honra y alabanza de las artes españolas algo acerca del laborioso y distinguido impresor Juan de la Cuesta, á quien cupo la especial suerte de imprimir la sin par obra de Cervantes.

Después de tan notables estudios, interpretaciones y comentarios tan bellos acerca del *Quijote*, como se han hecho, será este ligero trabajo la única prosa ó la tarea modesta del que reúne datos para componer hechos, así como la del impresor es reunir carac-

teres para componer palabras; si de esta labor del Juan de la Cuesta resultó el *Quijote*, de la mía habrá de resultar únicamente un sencillo intento biográfico de aquel impresor y una vulgar apreciación de su libro (1).

I

No es un hecho muy conocido en el mundo literario la relación que existe entre el impresor del *Quijote* y la historia de la imprenta de la ciudad de Segovia; y si todo pueblo que en algo ha contribuído á la publicación de tan singular libro, se muestra en estos días satisfecho, en este concierto de unánimes festejos al inmortal genio, algo también de esta satisfacción corresponde á Segovia, y bueno es que todo ello se conozca en obsequio del Cuesta y de nuestra antigua ciudad castellana.

Dícese generalmente de este impresor, que imprimió, vivió y murió en Madrid, empezando por colocarse de encargado y luego de impresor con la viuda del acreditado impresor y librero Pedro Madrigal, y que autorizado por ésta, por su buen comportamiento, para figurar al pie de los libros como impresor, dió á la prensa con su nombre al *Ingenioso Hidalgo*, cuya venta se anunciaba en la casa del acaudalado librero Francisco de Robles.

Ahora bien; Juan de la Cuesta, que no aparece en Madrid hasta el año 1599, no era á su llegada á

esta corte un desautorizado novel. Juan de la Cuesta era un verdadero y acreditado impresor, y Segovia fué la población primera donde como impresor aparece, y donde como tal hubo de residir y formarse durante once años, como después veremos.

Á probar este hecho, y á conocer en parte lo que hizo como impresor, antes de su estancia en Madrid, pueden contribuir los datos y cuestiones siguientes:

En el tomo XXV, vol. IV, año VI, núm. 106. 30 de Abril de 1880, de la *Revista Contemporánea*, publicó D. Vicente Barrantes, dedicados á D. Antonio Cánovas, unos apuntes acerca de la introducción del arte de la imprenta en España, y en la página 404 escribe: «*Cuesta (Juan de la)* Segovia. Parece el mismo que después se trasladó á Madrid, donde le esperaba la gloria inmarcesible de imprimir en 1605 la primera edición del *Quijote*, de Miguel de Cervantes; libro que por ser en todo príncipe, lo era de los raros en España, hasta hace poco tiempo, que han salido á venta pública tres ó cuatro ejemplares».

De dónde pudo proceder Juan de la Cuesta, y por qué utilizó en la portada del *Quijote* un escudo, en el que ninguna participación tuvo Cervantes, podrá rastrearse, en parte, de la naturaleza ó modo de ser del escudo mismo.

Consiste el escudo, en una orla con adornos, que remata en un pequeño mascarón; en el centro de éste se ve un león como dormido, y más arriba una mano

con guante, y en su dedo índice un azor con casquete. En la cinta de la orla, se halla escrita esta leyenda: *Spero lucem post tenebras*. Espero la luz después de las tinieblas. Procede tal escudo de los judíos de Lion, ó acaso más de Ginebra, y en él hacían constar que esperaban como león en apariencia dormido la luz ó Mesías, después de lo que llamaron tinieblas ó cristianismo, y este escudo se usó, según creo, en aquellas ciudades en algunas obras, entre otras una acerca de las guerras de Flandes.

Á esta interpretación, en cierto modo emblemática del escudo, puede añadirse otra más literal. El azor aparece con los ojos vendados y así le llevaban á la caza, hasta que en el momento de lanzarle al aire en busca de la presa, le quitaban la venda.

La importación de este escudo en España débese principalmente al librero flamenco Adrián Ghemart, el cual aparece desde 1551 establecido en Medina del Campo, costeando también libros con este escudo en Salamanca, imprimiendo también en Medina varias obras, usando con dos orlas diferentes el mismo escudo con igual leyenda, cambiando en uno la disposición de las palabras, omitiendo el león del pie, colocando en la parte inferior una cruz, como si fuese sustitución del signo judaico, y á cada uno de sus lados la A. y la G. como iniciales de su nombre y apellido, usando también el impresor de Medina Godínez de Millis alguna vez este mismo escudo.

Hay quien afirma que el león es propio de Pedro de Madrigal; yo le creo más antiguo.

De escudos de impresores, ya se ha escrito.

¿Conocería y tomaría de las imprentas de Medina el Juan de la Cuesta estos escudos empleados por el flamenco Ghemart?

¿Procedería el Juan de la Cuesta de Salamanca ó Medina? Lo ignoro, así como tampoco sé si empleó, y cuáles, en sus obras de Segovia, aunque sería más fácil que emplease en algunas, el de Covarrubias.

Mi tan erudito y querido amigo D. Cristóbal Pérez Pastor, en su *Historia de la imprenta en Medina*, de la cual tomé muchos datos acerca de libreros y libros al publicar mi *Historia* de esta villa, escribe en la pág. 493, Madrid, 1895: «Como se ve, el escudo del azor con la leyenda *Post tenebras spero lucem* se había usado desde 1550 por Adrián Ghemart, y continuó usándose, con algunas modificaciones en el dibujo, especialmente en la imprenta de Pedro de Madrigal en Madrid, utilizándose por fin en la llamada primera edición del *Quijote*, sin que Cervantes pensara idealizar tal emblema, como han supuesto algunos cervantistas.»

¿De dónde vino á Segovia y por quién fué llamado el impresor Juan de la Cuesta? Sospecho, por lo dicho, si pudo ser llamado de Medina; y por quién, nos lo aclara el tan erudito segoviano doctor D. Tomás Baeza, deán que fué de la catedral de esta mis-

ma ciudad, el cual, en su *Reseña histórica de la imprenta segoviana*, impresa en 1880 en Segovia, al ocuparse del segundo impresor del siglo XVI, escribe: «En 1588 encontramos á Juan de la Cuesta, que imprimió en esta ciudad el tratado *De la verdadera y falsa profecía*, y al siguiente los *Emblemas morales*, ambas producciones debidas á la ilustrada laboriosidad de D. Juan de Horozco y Covarrubias, arcediano de Cuéllar, de esta catedral, y sobrino del memorable D. Diego de Covarrubias, obispo de Segovia y presidente de Castilla. No encontrándose otros productos de la oficina de Cuesta, no será aventurado persuadirse á que éste vino llamado por Covarrubias, y máxime habiendo salido tres años después otra obra suya de otra imprenta de Segovia.» Sospecho, por el relato del Sr. Baeza, que no examinó ó vió muy á la ligera las citadas obras, ya por el laconismo de la noticia, ya por su silencio acerca de las portadas, y principalmente por la equivocación que creo existe en una de las fechas, á juzgar por lo que escribe Nicolás Antonio cuando á estas obras se refiere. Baeza no concede de permanencia en Segovia á Juan de la Cuesta más que dos años, puesto que señala el 1588 como fecha del primer libro, y el siguiente año como la del segundo.

Nicolás Antonio, en su *Bibliotheca hispana nova*, Matriti, 1783, tomo I, pág. 711, señala también la misma fecha al libro *De la verdadera y falsa profe-*

cia, Segoviæ, anno 1588, in 4, *apud Joannem de la Cuesta.* Mas del segundo libro escribe lo siguiente: *Emblemas morales, tribus libris, partim soluta, partim ligata oratione*, Segoviæ, 1591, in 4, *apud eumdem Cuesta*. Resulta, pues, del texto de Nicolás Antonio, más detallado, y al que me inclino á dar más crédito, que el Juan de la Cuesta imprimió y residió en Segovia por lo menos tres años, pasados los cuales nada de él se habla como impresor, hasta que aparece en Madrid, con la viuda de Pedro de Madrigal. No por esto ha de creerse que en ocho años más que vivió en Segovia no siguiese imprimiendo, sino que, ó no serían obras de importancia, ó, sencillamente, que no tengo de ellas noticia, que es lo que creo, pues el librero de esta Corte y mi erudito amigo don Gabriel Sánchez, afirma estar en la creencia de que imprimió más, y bien pudo ser también que arrendase su imprenta al siguiente y coetáneo impresor de Segovia, Marcos de Ortega.

El distinguido cervantista, mi ya citado amigo Sr. Pérez Pastor, en su tomo de *Documentos cervantinos*, correspondiente al año 1897, cita á Juan de la Cuesta en las páginas 145, 198, 289, 290, 292, 309, 390, 394, 396, 398 y 400, y escribe además en la página 384: «Pedro Madrigal, impresor de Madrid, fué natural de Negrilla (Salamanca), y se estableció en Madrid en 1586, en casas del camino de Atocha, más abajo de Antón Martín, lindantes, por un lado, calle

Nueva de los Reyes; por otro, Pedro Prado, y por detrás, Pedro López Cordonero (sitio hoy del hospital del Carmen), cuyas casas compró en 1588 el Pedro Madrigal, que murió en 1594. Su viuda, María Rodríguez Rivalde, que tuvo del Pedro un hijo que llevó el mismo nombre, se casó en 1595 con Juan Íñiguez de Lequerica, que poseía una buena imprenta en Alcalá. Murió Lequerica en 1599, y necesitando para sostener la imprenta de Madrid un buen regente, se llamó de Segovia en este año á Juan de la Cuesta, que tenía en esta ciudad su imprenta. El celo y buena dirección del Juan de la Cuesta serían parte para modificar el primitivo contrato de encargado ó regente, puesto que se le autorizó por la viuda para hacer compras, contratar y ajustar operarios, y poner su nombre como impresor en los libros ú obras de la casa, que indistintamente siguió llamándose de la viuda de Madrigal.»

Como tal impresor, y con cierta importancia, aparece el Cuesta en 1604, según el mismo señor Pérez Pastor, tomo de *Documentos cervantinos*, del año 1902, figurando como individuo de la cofradía de impresores de San Juan Evangelista, *Á la Porta latina*, de la cual era mayordomo otro Robles, distinto del librero Robles que vendía el *Quijote*, abonando una cuenta de 23 reales 18 maravedises, é imprimiendo este año, según se cita en la *Imprenta de Medina*, pág. 326 ya indicada, *El Romancero gene-*

ral; apareciendo de él otra cuenta de la misma cofradía en 1605.

Después de imprimir en Madrid muchos libros Juan de la Cuesta, y después de la muerte de Cervantes, se halla el recuerdo de que en 1617, y á costa de Juan de Villarroel, célebre comprador de comedias, que vivía en la Platería, imprimió el *Persiles*, para lo cual se concedió en 16 de Septiembre de 1616, desde El Escorial, privilegio por dos años á doña Catalina de Salazar, viuda de Cervantes.—*Efemérides cervantinas*, del Sr. Cotarelo, 1905 (2).

Otro hecho, perteneciente á los siglos XVI y XVII, que se relaciona con Juan de la Cuesta, y muy probablemente con la impresión del *Quijote*, es la existencia de la industria, también entonces segoviana, de la fabricación del papel, de que usaron por aquel tiempo las imprentas madrileñas.

Existía esta industria en el valle del Lozoya y monasterio llamado del Paular, la cual se ha continuado hasta 1885, en el que por motivos de conveniencia higiénica se cerró esta fábrica, en esta fecha, de los Sres. Iglesias.

El Sr. Baeza, ni en las notas al tomo II del Colmenares, Historia de Segovia, en que trata de la fundación del Paular, ni en su reseña histórica de la imprenta de Segovia, dice nada, según creo, acerca de esta industria, y, no obstante, en los siglos XVI y siguientes tuvo muy especial importancia, y hoy creo

puede afirmarse que el papel en que se imprimió la primera edición del *Quijote* procedía de esta fábrica.

Es lo cierto, que Juan de la Cuesta imprimió muchos de sus libros en este papel; y que se cruzaron cuentas entre él y el monasterio, por adquisición ó demanda de este material, bien lo prueba el siguiente documento, cuyo recuerdo conserva entre sus papeletas de protocolos el Sr. Pérez Pastor, escrito cuyo encabezamiento es como sigue: «Obligación de Juan de la Cuesta, como principal pagador, y Francisco López, su fiador, de pagar al monasterio del Paular de Segovia, ó al hermano Guillermo en su nombre, 1.250 reales por 100 resmas de papel, del que se labra en dicho monasterio. Madrid 7 de Enero de 1606.» Por corta fecha que tuviera la deuda, bien pudo ser este papel empleado el año que se imprimió el *Quijote*, y consta que se fabricó en este monasterio mucho, si bien abundó más el de mediana calidad que el de buena, por lo menos durante los dos citados siglos.

Por algunos otros datos biográficos del Juan de la Cuesta, en los que se consigna su casamiento con María de Quiñones, que tenía participación como heredera en la imprenta de Pedro Madrigal, y por algunos documentos más, pudiera deducirse que este impresor, ni fué hombre afortunado, ni rico, ni acaso supo aprovecharse de la fortuna, sin que esto rebaje en nada su mérito como impresor activo é inteligen-

te, y dejo esta senda para el que pudiera tener interés en seguirla.

Lo cierto es, que después de imprimir en Madrid, como llevo indicado, numerosas obras, y hacia la segunda decena del siglo XVII, se pierde su noticia, sin que se sepa dónde pudo dar con su persona ó con sus huesos.

D. Gabriel Sánchez, mi amigo y distinguido librero ya citado, cuyas noticias también de este impresor ha de publicar la *Sociedad Económica Matritense*, opina que debió morir en Madrid, y en la parroquia de San Sebastián. Para esclarecer esta sospecha, he registrado el archivo de esta parroquia, y hallo dos Juanas de la Cuesta, fallecidas en 1631 y 43, que no puedo considerar como parientas inmediatas del Juan, y únicamente al folio 135 vuelto del libro correspondiente al año 1626, encuentra un Juan de la Tuesta, de cuya naturaleza, profesión y familia no se dan noticias, pues falleció como pobre en el hospital; dudo que sea él, y tampoco creo que él fuese quien, según Nicolás Antonio, escribió en 1599 *El arte de leer y escribir con ortografía*, pues aparte de llamarse maestro, este Juan de la Cuesta publicó su obra en Alcalá.

Tal es, en suma, lo que he podido averiguar acerca de este distinguido impresor. Del incendio de los almacenes del Juan de la Cuesta, sitos en el convento del Espíritu Santo, donde hoy es el Congreso;

de las razones que pudieron influir como causa en lo breve del plazo, de una á otra edición del *Quijote*, que fué próximamente de cinco meses de la primera á la segunda; de si existieron, y cuáles, diferencias entre ambas; nada de esto pertenece á la biografía del Cuesta, y quédese para los cervantistas.

II

¡Algunas palabras acerca del *Quijote!*

Siendo algunas poco pueden decir, y mucho el libro se merece.

De ser muchas, ya en forma de elogio ó de juicio crítico, tras de esto hallarse ya hecho, exigiría más tiempo, saber y bríos literarios de los que cuento.

Caigo en la cuenta, sigo en mi prosa, y escribiendo breve y sencillo, á lo menos no resultaré molesto.

Es el *Quijote* una época histórica entera; para hacerla surgir Cervantes, tuvo, con su prodigioso talento, que dominar y relacionar toda la sociedad de su tiempo y hacer de ella unas veces la crítica total, en máximas y aforismos altamente morales y sintéticos, y la parcial otras, de sus instituciones, de sus personajes y de sus costumbres.

El *Quijote* es, pues, un acabado espejo que refleja perfectamente todo lo que fué la edad ó tiempo histórico de Cervantes. Es un grandioso escenario, en el que el héroe es el generalmente pundonoroso

pueblo español de su tiempo, todo en masa, todo en sí y entre sí, sin remotos antecedentes y consiguientes, porque Don Quijote aparece en escena sin abuela ni padres, y desaparece sin dejar hijos ni meterse á profeta. Y hacer un héroe de un pueblo caballeroso y picaresco; pintarle, al propio tiempo que con todas sus ideas y virtudes de cristiano viejo, con todas sus pasiones, sus errores, su vida íntima, su fanatismo caballeresco, encajado en algunos de sus disparatados libros; pintar á ese pueblo noble y digno, á la par que decaído, con todas sus realidades, sus ilusiones, sus defectos, sus vicios, sus grandezas, sus aspiraciones, todo en particular, todo en conjunto, y relacionando estrechamente las clases sociales, esto solamente pudo abarcarlo y comprenderlo Cervantes, y trasladarlo al papel Cervantes. De aquí el que se conceda al autor del *Quijote* especial competencia en muchos de los ramos del saber humano; que se le dé el primer rango entre los críticos, se le considere como eminente sociólogo, y por percibir en los hechos y en las cosas relaciones no percibidas por la generalidad, se le coloque por su modo de concebir entre los primeros genios, y por su modo de decir entre los inimitables ingenios.

No es fácil traducir en síntesis lo que fué Cervantes, ni concretar en un cuadro ó relato las bellezas del *Quijote*, cuyo libro tiene, aparte de tantas como encierra, el especialísimo mérito de haber llenado

su finalidad como muy pocos. Cervantes, que conoció lo mismo el corazón humano que la sociedad de su tiempo, se propuso en su libro corregir valientemente á los dos, y si la afición á las lecturas caballerescas y otros malos libros significaba una mala dirección en la literatura y algo alejamiento de la moral en la sociedad, supo con el ridículo y su recto y cristiano entender enderezar y dirigir á ambos.

Mas Cervantes, que es por lo mismo corrector de la sociedad, es al mismo tiempo una víctima de ella, que de ello se queja. Es un hábil moralista que la enseña, á la par que un desheredado de la sociedad, que sin dejar de respetarla, también valientemente de ella se ríe, y como hombre superior al común de los hombres, fué tan profundo en conocerla y dirigirla, como enérgico y sufrido en soportar todos sus daños y desdenes.

Yo no sé si el momento histórico nuestro, ó si la sociedad actual presiente, y de aquí el verdadero entusiasmo, la necesidad de que surja otro ú otros Cervantes, capaces de sobreponerse á la generalidad y encauzar algo nuestros derroteros actuales; porque si Cervantes corrigió lo absurdo ó extraviado del espíritu caballeresco de su época, hoy que se aprecia lo grande de su propósito en educar y relacionar entre sí las clases altas y las bajas, creo que también era preciso, entre caballeros y escuderos, entre Don Quijote y Sancho, ó sea, entre grandes y pequeños,

entablar coloquios y relaciones que, alejando ó limando locuras y corrigiendo rusticidades, hiciera posible el entendernos y celebrar el centenario del *Quijote*, intentando la aplicación del provecho que de él puede lograrse, en favor del adelantamiento y verdadero progreso de nuestra patria.

España, esto creo que siente y desea. El culto de admiración que hoy tributa al genio que tan perfectamente supo pintarnos, tendiendo á corregirnos, le considero como garantía de que, cayendo también en la cuenta de lo que necesitamos, demos batalla á los pequeños y malandrines egoísmos que ahogan los grandes sentimientos, y volvamos á ser como pueblo en el concierto universal lo que fuimos y aun lo que debemos ser; mas nunca la triste figura de una nación decrépita, como otros pueblos nos conciben ó pretenden retratarnos.

No ha de ser todo entusiasmo nacional, ruido vulgar ó hermosos estudios literarios; que alguna utilidad, moraleja y provecho práctico ha de lograrse de la celebración del Centenario de Cervantes, que más de lo que vulgarmente se cree significa y entraña (3).

NOTAS

(1) Queda aún acaso por dilucidar, después del hecho indiscutible de haber estado la imprenta del Juan de la Cuesta en las casas compradas por Pedro de Madrigal donde hoy es el hospital del Carmen, si fué sólo y únicamente en ella donde se compuso y tiró el *Quijote*. Pedro de Madrigal tuvo alquilada casa y portales, por bajo de Antón Martín, y á la calle de San Eugenio, casi al frente del dicho hospital del Carmen. y bueno séría aclarar si en estos portales ó talleres de Pedro de Madrigal, ó en las otras casas ó imprenta del Cuesta, situadas al frente, ó en ambas, fué donde desde el 1604 empezó á componerse el *Quijote*.

(2) Existen algunas razones para creer que aunque el *Persiles* llevó el nombre de Juan de la Cuesta, ya no dirigía este impresor en tal fecha la imprenta que llevara su nombre.

(3) Como en algo estas noticias se relacionan con Segovia, las destiné, en primer término, para la celebración del Centenario del *Quijote* en esta ciudad, y fueron leídas en 7 del actual en la sesión habida en el Instituto general y técnico Para este fin me pareció conveniente terminarlas, con algunas palabras sencillas y breves acerca del incomparable libro, y con ligeras variantes ha sido publicado todo ello, primero en forma de lujosa Memoria, y después en la de folleto, en la imprenta del *Diario de Avisos* de aquella ciudad por el Director general de Registros y Notariado, Ilmo. Sr. D. Gregorio Bernabé Pedrazuela. propietario de este periódico, Catedrático de dicho Instituto y entusiasta segoviano.

INDICE

Páginas.

